



YO MATÉ A REBECCA BLACKWOOD

UNA HISTORIA
DE FANTASMAS
DONDE NADA ES
LO QUE PARECE

ANA TRIGO

Yo maté
a
Rebecca Blackwood

Yo maté
a
Rebecca Blackwood

Ana Trigo

Yo maté a Rebecca Blackwood
© 2019 Ana María Trigo Alonso

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista en la Ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2019 Ana María Trigo Alonso
ASIN (versión ebook): B07WV4M4TT
ISBN (versión impresa): 978-168806641-0
Diseño de la portada: L. Austen Johnson

A Antonio L.
Por aquella noche en que me enseñaste a encontrar la Osa Mayor entre un
mar de constelaciones infinitas.

*Sucedió hace muchos, muchos años,
en un reino junto al mar.
Allí vivía una doncella conocida por el nombre de Annabel Lee;
y esa doncella no vivía con otro pensamiento
que el de amarme y ser amada por mí.
Edgard Allan Poe, “Annabel Lee”*

*Yo me detuve allí durante un instante, bajo el cielo sereno. Y siguiendo con los ojos
el vuelo de las libélulas entre las plantas silvestres y las campanillas, y oyendo el rumor
de la suave brisa entre la hierba, me admiré de que alguien pudiera atribuir tan
inquietos sueños a quienes descansaban en tan quietas tumbas.
Emily Brontë, “Cumbres Borrascosas”*

*¡Ah, la música! —dijo, limpiándose los ojos—. Una magia más allá de todo lo que
hacemos aquí.*

J.K. Rowling. Albus Dumbledore a Harry Potter en “La piedra filosofal”

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Prólogo

Rebecca Blackwood está muerta.

Me lo repito una y otra vez, cada noche, en un intento vano de convencerme a mí mismo.

Rebecca Blackwood está muerta, sí, aunque todo a mi alrededor me grite que no es cierto, que ella está aquí, ahora, más presente que nunca.

Es su perfume el que percibo en el aire, sutil y casi imperceptible, pero inconfundible.

Son sus pasos los que me parece escuchar en la alfombra, caminando en la noche. Y sus suaves susurros los que se hacen oír tras las cortinas de seda.

Es su sombra la que intuyo de soslayo, tan solo un leve instante, en todos los espejos de la casa, para desaparecer en cuanto fijo la vista en ellos.

¿Y qué puede ser, si no ella, lo que agita sutilmente los cristales de la araña, haciéndolos tintinear entre sí, cuando las ventanas permanecen cerradas?

Es ella quien me sopla en la nuca, con su frío aliento, despertándome en mitad de la noche y quien desordena los libros de la biblioteca, dejándolos luego en cualquier rincón de la casa.

La veo cada mañana, observándome desde su retrato sobre la chimenea, con una casi imperceptible sonrisa de desprecio en sus labios.

Rebecca: inteligente, brillante. Salvajemente hermosa.

Y su música. A veces es solo un acorde, otras, una estrofa, alguna vez un sencillo pizzicato. Pero cuando llego a la sala de música, el Stradivarius permanece en completo silencio, con el arco abandonado con descuido, exactamente como ella lo dejó. Como si su dueña pudiera aparecer de un momento a otro dispuesta a extraer de nuevo la belleza de sus notas.

Sí, Rebecca está aquí, reclamando cada rincón de su hogar, cada objeto que ella misma eligió con su maldito buen gusto.

Pero ya no importa.

Pronto, esta casa y todo lo que ella contiene será solo un recuerdo lejano para mí, la sombra de un futuro que nunca llegó a ser. La arrancaré con el tiempo de mi memoria, como el mar la arrancó a ella de este mundo.

Y, entonces, solo entonces, Rebecca Blackwood habrá dejado de existir.

Capítulo 1

El País, 31 de octubre de 2019

La investigación sobre la desaparición de Rebecca Blackwood a punto de cerrarse.

Han transcurrido tres meses desde la desaparición en extrañas circunstancias de la violonchelista de fama internacional, Rebecca Blackwood (31 años). Fuentes policiales afirman que la investigación policial está a punto de cerrarse por falta de indicios sin que se haya producido ningún avance.

La joven desapareció durante la madrugada del pasado sábado 28 de julio cuando navegaba en el velero de su propiedad por aguas de Menorca junto a su marido, el famoso actor Álvaro Tristán (36), y su asistente. Su ausencia no fue detectada hasta la mañana siguiente, cuando su desaparición fue comunicada a Salvamento Marítimo a primera hora.

Aunque inmediatamente se activaron las labores de búsqueda y esta se prolongó durante ocho días, no se encontró ningún rastro de la joven.

La hipótesis de la caída accidental es la más aceptada a día de hoy, teniendo en cuenta que la embarcación tuvo que hacer frente a una pequeña marejada durante la noche. No obstante, Lord Lawrence Blackwood, el abuelo de la violonchelista y popular héroe de la Segunda Guerra Mundial, ha rechazado tajantemente esta posibilidad. Según Lord Blackwood, la joven era una navegante experta, además de una excelente nadadora, y jamás habría cometido un error que pudiera ponerla en peligro a ella o a la embarcación, especialmente en una noche de tormenta.

La teoría del suicidio, apuntada en un principio por el marido de la desaparecida, no ha sido descartada, aunque ha causado la ira de Lord Blackwood, así como de miles de admiradores de la violonchelista en todo el mundo.

Según el entorno cercano de la desaparecida, Blackwood no solo no había manifestado ningún síntoma de depresión, sino que solo tres semanas después de su desaparición, iba a iniciar una nueva gira internacional después de un

año alejada de los escenarios y en solo un par de meses comenzaría la grabación de un nuevo disco.

No faltas de polémica han resultado las acusaciones de Lord Blackwood, señalando a su yerno como autor de la desaparición y posible muerte de su nieta. Como numerosos ecos de sociedad habían publicado días antes, la pareja estaba atravesando una profunda crisis matrimonial que habría llevado a Rebecca a iniciar los trámites de separación.

Según fuentes consultadas, cumplidos tres meses de la desaparición mediando circunstancias de desastre, podría proceder la declaración de fallecimiento *in absentia* de la joven, así como la apertura del procedimiento sucesorio, tal como ha solicitado el marido de la desaparecida.

Los bienes de la joven se encuentran actualmente bajo la custodia de Lord Blackwood por orden judicial, situación que se mantendrá solo mientras su *status* siga siendo el de “ausente” y que podría cambiar durante las próximas horas.

Lord Blackwood mantiene la recompensa ofrecida de un millón de euros a quien pueda ofrecer una pista válida que permita dar con el paradero de su nieta.

* * *

Álvaro Tristán abrió la terraza del ático con una taza de café humeante en la mano y dejó que el frío de aquella primera hora de la mañana le ayudara a despejarse. Había comenzado a amanecer y las vistas desde allí eran, sencillamente, magníficas. Se acercó a la gran cornisa donde, agazapada, una gárgola parecía contemplar la ciudad con gesto burlón. Ante ella, Madrid parecía rendirse a sus pies, ofreciéndole sus incontables cúpulas y tejados de pizarra.

Muy lejos, rasgando el horizonte, se adivinaban los cuatro inmensos rascacielos que se alzaban como férreos guardianes de la ciudad. Un mar de nubes en cientos de matices de grises se ceñía amenazadoramente sobre la urbe, aventurando la que los medios no habían dudado en bautizar como “la tormenta del siglo” que, en pocas horas, descargaría sobre Madrid.

“¡Es perfecto! ¿No te parece?” había anunciado Rebecca, en aquel mismo lugar, solo dos años atrás. Sus ojos grises brillantes de emoción, la larga melena oscura alborotada por el viento, el sol del atardecer arrancándole

reflejos rojizos.

Y lo era. ¡Vaya si lo era! Aún ahora, cuando ardía en deseos de marcharse de aquella casa maldita y dejar atrás el pasado y todo cuanto a él le recordara, no podía dejar de admirar la majestuosidad del sobrio rascacielos, uno de los primeros contruidos en Madrid, y de la belleza de las vistas de la ciudad desde aquella altura.

Se sentó en uno de los inmensos *chaise longues* de la terraza, y dejó que el aroma del café y el tacto caliente de la taza lo reconfortaran después de una larga noche de desvelos y pesadillas. El viento era húmedo, hacía un poco de frío y olía a lluvia, pero le gustaba estar allí mientras la luz del día hacía que los temores de la noche se desvanecieran en la nada.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo Silvia, a su espalda, rompiendo el encanto del momento. Se volvió hacia ella sin molestarse en disimular su contrariedad, habría preferido seguir a solas. Por toda respuesta, Álvaro se limitó a dar un sorbo a su café volviendo de nuevo la vista al horizonte. Pero ella, lejos de ofenderse, se sentó junto a él y se acurrucó abrazándose a su lado—. Sé que no has pasado una buena noche.

Álvaro se encogió de hombros, restándole importancia.

—No he podido dormir bien —respondió de mala gana. No le apetecía hablar de los sonidos extraños que le despertaban de madrugada ni de sus malditas pesadillas.

—Bueno, ya has oído al abogado. En solo unos días, la declararán muerta y el viejo no podrá hacer nada, por mucho que se oponga. ¡Todo habrá terminado!

—Lo sé, pero... Todo esto es muy injusto. ¿Has visto lo que dicen de mí en Internet? “Asesino” es lo más suave que me llaman.

Silvia le sonrió con ternura, como si fuera un niño pequeño que necesitara ser consolado tras una regañina.

—Sus fans son unos pesados, ya lo sabes. Pero es solo cuestión de tiempo, pronto se olvidarán y se buscarán otra distracción. La gente es así. Créeme, dentro de unos meses, ya nadie se acordará de todo esto.

Silvia no podía entenderlo. Él era actor, necesitaba la aprobación y la admiración de su público. Esos imbéciles con sus comentarios podrían arruinar su regreso a la gran pantalla. Y, teniendo en cuenta la catástrofe de taquilla que había sido su película anterior, no podía permitírsele, mucho

menos cuando estaba en juego su propio dinero. Un dinero del que, por otra parte, aún no disponía. No obstante, pronto estaría a su disposición. Como le había explicado Carlos, ya era solo cuestión de horas, probablemente al día siguiente todo estaría resuelto.

Lo primero que haría sería poner en venta el ático, por el que pediría una auténtica fortuna porque, sin duda, lo valía. Muy probablemente tardaría un tiempo en venderse, pero mientras tanto, podría ir tirando con lo que le pagaran por la subasta del chelo. Y, sobre todo, estaba el seguro de vida de Rebecca.... Sí, pronto todos sus problemas estarían solucionados. Solo unas horas más y no tendría que volver a preocuparse por el dinero jamás.

—¿Sabes qué? —volvió Silvia a romper el silencio—. ¡Voy a preparar un buen desayuno! Seguro que con unos huevos con bacon lo verás todo de una manera mucho más positiva.

Álvaro se volvió hacia ella, esta vez con interés. Le había cogido de su armario una de sus camisas blancas favoritas y le quedaba enorme, pero no llevaba nada debajo. La media melena rubia le caía despeinada sobre los hombros. ¡Era tan diferente de Rebecca! Quizás eso era lo que le había atraído de ella desde el principio.

—Y tostadas —le respondió finalmente, guiñándole un ojo.

—¡Por supuesto! —asintió ella, abriendo la puerta de la terraza y desapareciendo en el interior.

Álvaro se quedó unos segundos observando las nubes que parecían oscurecerse por momentos. Sí, sin duda Silvia tenía razón. ¿Cuántas veces lo había visto? Los programas de televisión cubrían horas y horas con el último crimen o la última desaparición, sin reparar en amarillismo ni en morbo. No podía culparles, al fin y al cabo, llenaban el hueco del vacío de millones de desgraciados que buscaban en esas historias la emoción que no eran capaces de encontrar en sus grises vidas. Pero pasado un tiempo se aburrían y buscaban un nuevo objetivo, siempre más oscuro y más sórdido que el anterior.

Tarde o temprano, también se cansarían de Rebecca y él podría continuar con su vida. Ahora lo importante era centrarse en lo inmediato. Le aguardaba un día ajetreado. Además, esa tarde recibiría la visita del experto de Sotheby's para valorar el chelo y fijar las condiciones para la subasta. Ahora que era solo cuestión de horas que pudiera disponer de la herencia, no había

razón para no dar los primeros pasos y conseguir algo de liquidez. ¡Dios, qué ganas tenía de librarse del maldito Stradivarius! ¡Y cómo iba a disfrutar con el disgusto del viejo cuando lo hiciera! Sí, todo iría bien. Y, para empezar, le aguardaba un buen desayuno para comenzar el día.

Ya estaba a punto de entrar en el ático cuando el sonido del móvil le hizo detenerse. Sorprendido por lo temprano de la hora, miró la pantalla con aprensión e inmediatamente supo que algo iba mal.

—Carlos, dime.

—Álvaro, ¿te has enterado?

Álvaro tomó asiento. Fuera lo que fuera lo que iba a comunicarle su abogado, no podía ser nada bueno si tenía que hacerlo al amanecer.

—No, ¿qué pasa?

El silencio al otro lado de la línea se prolongó un segundo más de lo necesario.

—Ha aparecido el cuerpo.

Capítulo 2

—No puede ser —musitó, sorprendiéndose a sí mismo. Sintió que su corazón comenzaba a latir más rápidamente y un repentino sudor frío le recorrió la espalda—. Pero, ¿cómo? ¿Cuándo?

—Esta madrugada, en las proximidades de Cala en Porter. La ha encontrado un pequeño barco pesquero que salía a faenar.

Un millón de pensamientos se agolparon de repente en la mente de Álvaro mientras todo parecía oscurecerse a su alrededor. Se mesó el cabello oscuro con la mano libre mientras se aferraba con la otra a su móvil, en un intento de asirse a algo real, mientras todo su mundo se desplomaba a su alrededor.

—Álvaro —le interpeló Carlos, al otro lado de la línea—, ¿estás bien?

Tuvo que hacer un esfuerzo considerable para reunir fuerzas y poder responderle. Tenía que mantener la calma y recuperar el control o todo se vendría abajo.

—Sí, estoy bien —acabó diciendo.

—La jueza ya ha procedido al levantamiento del cadáver. Van a practicarle las pruebas de ADN para identificarlo.

—¿Cómo? ¿Aún no se sabe si es ella? —se apresuró a preguntar, vislumbrando un hilo de esperanza. Quizás aún no estuviera todo perdido.

—El cadáver lleva tres meses en el mar. Pero es el de una mujer joven y no hay denunciada ninguna otra desaparición. Es casi seguro que se trata de ella.

—Comprendo —acertó a responder, sin poder controlar el tono de derrota.

—Bueno, Álvaro, siento tu pérdida, ya lo sabes. Pero, en realidad, esto nos beneficia. Ya nadie podrá poner en duda el fallecimiento de Rebecca. Dentro de la tragedia de su muerte, es lo mejor que nos podría pasar. Anula por completo los recursos que han interpuesto los abogados de Blackwood.

—Sí, sí, claro... —murmuró, obligándose de nuevo a tomar el control—. “No puede ser tan difícil, maldita sea. Soy un buen actor” se dijo a sí mismo, mientras notaba cómo todos sus sentidos se iban agudizando, como si estuviera

en una situación de máximo peligro—. Es solo que no me lo esperaba. De alguna forma, pensaba que ya nunca aparecería.

Carlos no le contestó inmediatamente, y su breve silencio no hizo más que confirmar sus temores. Tendría que esforzarse más de ahora en adelante. No podía permitirse sembrar ni una sombra de duda más.

—Oye, Álvaro. Tú me lo has contado todo, ¿verdad? No me estás ocultando nada. Porque si tienes algo que decirme, ahora es el momento.

—¡Vamos, Carlos! ¿Tú también, tío? ¿Cuántas veces voy a tener que repetirlo? ¡Todo fue tal y como te he contado! ¡No tengo ni idea de qué le ocurrió a Rebecca! ¡Cuando me desperté ya no estaba, era como si se hubiera esfumado del barco! —Al otro lado de la línea, su abogado respiró profundamente, en lo que él interpretó como una señal de alivio.

—¡Está bien, tranquilo! Escucha: la noticia se ha filtrado ya a la prensa. Tenemos que usar esto en nuestro favor. Hoy mismo voy a enviar un escrito a la jueza que lleva el tema de la declaración de fallecimiento para que se pronuncie cuanto antes. Lógicamente nos dirá que esperemos los resultados de las pruebas y lo que diga la autopsia, pero esto ya está hecho.

“Autopsia”. La mera palabra le produjo náuseas. Hacía que todo fuera dolorosamente real. Pero habían pasado tres meses... se concentró en respirar profundamente para mantener la calma.

—Lo dejo en tus manos, Carlos. ¿Y qué tengo que hacer yo?

—Nada. Mantente tranquilo. Eso sí, ten cuidado con lo que le dices a la prensa. Muéstrate compungido, ya sabes... E intenta no ver demasiado la televisión, al menos no hoy. No va a ser un día agradable.

—Eso está hecho.

—Bien. ¡Ah, Álvaro, casi lo olvido! Recuerda que hoy se pasará por tu casa el consultor del seguro de vida de Rebecca.

Álvaro se maldijo entre dientes. Lo había olvidado por completo y entrevistarse con aquel tipo era lo último que le apetecía hacer aquel día.

—¿No podemos cambiarlo? No quiero tener que volver a contar toda la historia de nuevo y revivirlo todo otra vez. No hoy.

—Podemos intentarlo si quieres, pero no te lo recomiendo. El tipo viene desde Londres solo para entrevistarse contigo y es un hueso duro de roer. Toda una estrella en lo suyo, al parecer. Si tienen que pagarte cincuenta millones de

euros no iban a escatimar en enviarte al mejor consultor de su plantilla. Ya sabes que entrevistarte con él para que haga su informe es un trámite obligatorio para que te paguen.

Cincuenta millones de euros. El seguro de vida de una estrella internacional como Rebecca, con una carrera brillante ante ella y solo treinta y un años. Nadie podía esperar su muerte. El tipo sería un hueso duro, pero él no tenía nada que esconder, tendrían que soltar la pasta, les gustara o no. Y necesitaba el dinero.

—Está bien, déjalo así. Lo despacharé rápido. Será un mero trámite.

—Ten cuidado, no te confíes. Recuerda que su trabajo es que no te paguen un céntimo de esos cincuenta millones y para eso vale con que siembre una duda razonable sobre la muerte de Rebecca. Tengo entendido que ha logrado dar el giro a más de una investigación policial.

—¿A qué llaman ellos una duda razonable?

—Cualquier prueba que demuestre las dos únicas cláusulas del contrato que impedirían que cobrases la indemnización: que Rebecca se suicidó o que el beneficiario del seguro, o sea tú, causó su muerte.

Álvaro se cerró los ojos, resignado.

—Maldita sea, Carlos... vaya idiotez lo mío del suicidio —. Nada más desaparecer Rebecca, con la policía considerándolo principal sospechoso, sometiéndole a una presión insoportable para que confesase, no se le había ocurrido otra cosa más que apuntar a un posible suicidio de Rebecca. Aquello le había dado un breve respiro y había suministrado suficiente carnaza a los periodistas como para rellenar cientos de páginas y decenas de horas de televisión. Pero en cuanto Carlos le habló de la cláusula del seguro de vida, no tardó en retractarse.

—Olvidalo —le respondió el abogado—. La policía no ha cerrado esa línea, pero tampoco la considera probable. Si el tipo intenta llevarte por ahí, ya sabes tu argumentación: no hay nota de suicidio, Rebecca no tenía depresión, estaba a punto de salir de gira...

—¡Está bien, está bien! No te preocupes. Pero, ¿y la otra cláusula?

De nuevo silencio al otro lado.

—Álvaro. Si tú no mataste a Rebecca, ningún consultor, por bueno que sea, podrá cambiar eso.

—Lo sé, lo sé... pero me preocupa. No sería la primera vez que se falsifican pruebas y se inculpa a alguien injustamente. No me fio del viejo, está dispuesto a todo para arruinarme. Tiene tiempo y dinero. Y todo un ejército de abogados el muy...

—Bueno, tú déjame eso a mí. Simplemente asegúrate de que no le das ningún motivo al consultor para abrir una nueva línea de investigación. Rebecca no se suicidó y tú no la mataste. Así que no les quedará más remedio que cumplir y pagar. ¿De acuerdo?

Álvaro se dejó tranquilizar. Tanto Carlos como Silvia confiaban en un futuro mucho más brillante que el que él era capaz de vislumbrar aquella mañana. Tendría que tener fe y aguardar. Ahora mismo solo deseaba que tiempo corriera deprisa, mucho más de lo que lo estaba haciendo en aquel momento.

—Vale. ¿Algo más? —le respondió, finalmente a su abogado.

—Nada. Ya te llamaré si surge algo. Voy a redactar el escrito para el juez. Tengo gente en Menorca que me irá informando. Seguro que hoy a última hora tenemos algo.

Colgó el teléfono con aire sombrío y entró en la casa, aún en penumbra, dejando atrás las luces de primera hora de la mañana. Cruzó el salón evitando mirar el retrato de Rebecca sobre la chimenea e ignorando las sombras del espejo. Encontró a Silvia en la cocina, charlando con su móvil, a pesar de lo temprano de la hora.

Tomó asiento, hasta entonces no se había dado cuenta de lo mareado que estaba. Tuvo que sujetarse la cabeza con ambas manos en un intento de que todo dejara de dar vueltas a su alrededor al mismo tiempo que escuchaba a la joven despedirse precipitadamente de quien quiera que fuese con quien estaba hablando y correr hacia a su lado.

—¡Álvaro! ¿Qué te ocurre? ¡Está pálido!

Durante unos segundos no fue capaz de articular ningún sonido, pero luego, poco a poco, la estancia fue dejando de girar en su cabeza y pudo reunir las fuerzas suficientes para responder.

—Rebecca ha aparecido.

Justo entonces el timbre de la casa sonó y, por segunda vez aquella mañana, Álvaro Tristán volvió a desear que el tiempo pasara muy, muy deprisa.

Capítulo 3

¡Dios, cómo odiaba a aquel tipo! Pero al menos, esta vez, venía a darle una mala noticia, una que le iba a amargar el día. Al fin y al cabo, la Fortuna solía favorecer a los tipos de su calaña... hasta que dejaba de hacerlo. Solo lamentaba que, muy probablemente, a esas alturas ya estaría al tanto y no podría ser ella quien se llevaría la satisfacción de provocar la caída de su falso temple.

Porque de que Álvaro Tristán había asesinado a su esposa, la inspectora de policía Esperanza Mayoral estaba tan segura como de que el sol se alzaba cada mañana en el horizonte. Solo que no había podido probarlo... hasta entonces.

El conserje del edificio la saludó llevándose la mano a la visera del uniforme y la dejó pasar sin que tuviera que mostrarle la placa. Como siempre que atravesaba la entrada del imponente rascacielos, intentó no dejarse impresionar por la suntuosidad de mármoles, cristales y bronces, combinándose entre sí en complicadas figuras geométricas. Ella no era uno de aquellos turistas con los que se había cruzado alguna vez que venían a admirar la magnífica decoración art decó de uno de los primeros rascacielos construidos en España, muy similar a otros que podían encontrarse en la Gran Manzana de Nueva York.

Y, sin embargo, no podía ignorar lo apropiado que resultaba todo aquello en la vida de Rebecca Blackwood. No solo el edificio, por supuesto, si no su elegante ático. Su hogar. La primera vez que había estado en él le había impactado. Todo era sencillamente perfecto, tan armonioso y sofisticado, como lo era la propia Rebecca.

Cada objeto parecía haber sido elegido con el mejor de los cuidados para encajar con todos los demás, y al mismo tiempo destacar por sí mismo. Desde los sobrios frisos de madera blanca que decoraban las paredes, al moderno mobiliario que contrastaba con algunas escogidas piezas de anticuario. Sí, todo era perfecto en la vida de Rebecca, excepto, claro estaba, su marido. El tipo que la había asesinado.

Pensó en él mientras el ascensor superaba rápidamente los treinta y tres pisos hasta la última planta, donde se ubicaba el ático del matrimonio.

Tenía que ser cauta y jugar bien sus cartas. O, mejor dicho, su única carta, a la que estaba a punto de apostar el trabajo de los tres últimos meses y, si la cosas salían mal, incluso su propio prestigio profesional.

No fue él, sin embargo, quien le abrió la puerta aquella mañana. Una chica rubia con el cabello revuelto y vestida solo con una camisa blanca de hombre la miraba con curiosidad desde el otro lado. Esperanza tuvo que contenerse para no poner los ojos en blanco: tan solo habían pasado tres meses y Tristán ya había metido a otra mujer en su cama.

—¿Sí?

—He venido a ver al señor Álvaro Tristán —respondió, con sequedad, mostrando su placa.

La chica se limitó a hacerse a un lado y ella se dirigió directamente hacia el salón, sin esperar a ser acompañada. Tristán nunca le había parecido un sujeto inteligente, pero se preocupaba de guardar las apariencias. Quizás estaba empezando a bajar la guardia y aquello era una excelente noticia. El día iba mejorando por momentos.

—¿Qué hace aquí? ¿Ha venido a darme la noticia? —la interpeló Tristán, a modo de saludo, nada más verla aparecer—. Llega tarde, ya la sé.

Esperanza tuvo que hacer un gran esfuerzo por controlar una sonrisa de triunfo: el tipo tenía realmente muy mala cara.

—No me sorprende, señor Tristán. Ya sabemos que su abogado tiene secuaces en los juzgados de Menorca... y en otros sitios. —Omitió añadir que no estaba allí en visita oficial, el cuerpo no había sido identificado aún y, por lo tanto, no tenía ninguna obligación de informarle de nada. Podría haber tenido un detalle de cortesía, por supuesto, pero aquel no era el caso—. En realidad, he venido a explicarle un detalle muy curioso que me ha comunicado personalmente el forense que va a realizar la autopsia. Estoy segura de que será de su interés.

Esperanza se apartó el cabello de la cara, en un intento de disimular un gesto de satisfacción al ver cómo el color se demudaba del rostro de Álvaro Tristán.

—Diga lo que tenga que decirme y márchese.

—Pues resulta... —comenzó. La chica rubia se había acercado a ellos y la escuchaba también atentamente—. Resulta que el cadáver de su esposa parece haber estado en aguas muy profundas, con muy poco oxígeno.

Se detuvo adrede para observar la reacción del tipo. Desde luego, era muy mal actor, no era de extrañar que su carrera estuviera de capa caída.

—¿Y..? —acertó a preguntar él, con más aprensión que curiosidad.

—Pues verá, es algo muy interesante, aunque un tanto desagradable. En esas zonas muy profundas donde existe menos oxígeno, los pequeños animales carroñeros como camarones, anfípodos y otras especies similares, no bajan a comer. Por lo tanto, los cuerpos que se encuentran a esa profundidad se conservan en mejor estado que los que se hayan en zonas menos recónditas. Curioso, ¿verdad? —Álvaro no le respondió, su rostro estaba tan lívido que parecía una máscara mortuoria—. Es decir, es muy probable que la autopsia nos pueda revelar muchos detalles de la muerte de su esposa, a pesar de que han transcurrido tres meses desde que ocurrió.

El tipo se volvió, intentando evitar su mirada. Tan solo unos segundos después, cuando se giró hacia ella, su rostro ya no transmitía nada, excepto frialdad. Quizás no fuera tan mal actor, después de todo.

—Inspectora Mayoral —arrancó, finalmente—. ¿De verdad ha venido aquí a primera hora de la mañana a informarme del estado de descomposición del cadáver de mi mujer? — le preguntó y su tono sonó dolido y compungido, pero firme.

—¡Eh! ¡Es una buena noticia! —ironizó ella. El tipo iba listo si pensaba que podía engañarla tan fácilmente—. Podremos averiguar cómo murió, qué le ocurrió realmente. Pensaba que se alegraría...

Álvaro Tristán encajó el golpe, pero no se amilanó. Se aproximó a ella unos pasos, con la barbilla ligeramente adelantada, toda su ira contenida en sus ojos verdes.

—Si no tiene nada más que decirme le agradecería que se marchara. Ahora.

Esperanza no dio un solo paso. Se mantuvo firme, con la mirada desafiante, las manos apoyadas en sus caderas, a solo unos centímetros de distancia de él.

—Sé que usted la mató —susurró, mirándole fijamente a los ojos.

Él le sostuvo la mirada, prolongando el silencio.

—¡Pruébelo! —le contestó finalmente—. Pero dese prisa. Se le agota el

tiempo.

Ella no le respondió. Le sostuvo la mirada unos segundos antes de girarse lentamente y dirigirse a la salida, mientras la chica rubia se apresuraba a abrirle la puerta, evitando que sus ojos se encontraran.

Una vez fuera, aguardó a que la pesada puerta se cerrara tras de sí y, ahora sí, dejó escapar una sonrisa de triunfo, sabiendo que la tormenta del siglo estallaría aquel día no solo en el cielo de Madrid, sino también en la mente del asesino.

Capítulo 4

—¡Eh, oye! —le susurró Silvia cariñosamente, acariciándole el rostro con cuidado—. Todo va a salir bien. Ya verás. Estaremos bien.

Nada más marcharse la inspectora Guzmán, Álvaro se había dejado caer en uno de los sofás del salón. No quería parecer abatido, pero aquella inspectora de policía lo sacaba de quicio. Había sido así desde el principio, era como si tuviera algo personal contra él y hubiera hecho de la desaparición de Rebecca su propia cruzada personal.

—Ya. Es más, estoy seguro de que se lo ha inventado todo. ¿Aguas profundas con poco oxígeno? No me creo ni una palabra.

Silvia lo miró divertida, como si hubiera dicho algo increíblemente gracioso.

—Estás de broma, ¿no? ¡Claro que hay aguas con menos oxígeno! En los lugares de más profundidad, todo el mundo lo sabe.

La miró, contrariado. Saber ese tipo de cosas no encajaba precisamente bien con la idea que tenía de ella.

—Vaya, ¿y tú cómo sabes eso? ¿Te lo han contado tus clientes del bar?

Silvia se preparaba para ser actriz, pero mientras le llegaba su oportunidad, trabajaba como camarera en un restaurante de moda en Chueca.

—¡Eh, no te pases! Soy rubia, pero no tonta —le contestó ella, entre risas, fingiendo indignación ante su tono despectivo.

Álvaro se puso en pie, ignorándola. Estaba harto de las mujeres que se creían más listas que él. Quizás Silvia no era tan diferente de Rebecca al fin y al cabo... Estaba a punto de responderle algo desagradable cuando el timbre de la puerta volvió a sonar.

—Debe ser otra vez la imbécil de la inspectora. Esta vez no pienso dejarla entrar —proclamó, dirigiéndose con ímpetu a la puerta.

Sin embargo, para su sorpresa, no era Esperanza Mayoral quien le esperaba al otro lado. Era casi peor.

—Señor Tristán. Buenos días. Venimos a realizar la comprobación del inventario.

Tristán exhaló con incredulidad. Solo le faltaba eso aquel día. Una de las medidas cautelares que había autorizado el juez a instancias de los abogados de Lord Blackwood era la comprobación semanal del inventario de los bienes de Rebecca que se encontraban aún en el domicilio familiar: joyas, obras de arte, el Stradivarius... Y para cumplir con ella, cada semana, Laura Scott, la asistente de Rebecca se presentaba en el ático con un notario para proceder a una minuciosa inspección de cada objeto y asegurarse de que todo estaba en su lugar y de que nada había desaparecido.

Miró al hombre, que tenía un aspecto tan gris como el traje que vestía y a Laura, tan bajita y diminuta que cada vez que la veía le recordaba a un pequeño ratoncillo inquieto. Como en cada visita, si las miradas pudieran matar, la de aquella mujer lo habría fulminado en el momento.

—¿Por qué demonios se presentan hoy? Hoy no es lunes. ¡Y no son ni las nueve de la mañana, por el amor de Dios!

El notario se aclaró la garganta antes de proceder a responderle.

—Verá, a raíz de las noticias que han surgido esta mañana, de las que supongo que estará ya al tanto... hemos querido comprobar que todo se mantiene según lo estipulado.

Álvaro negó con la cabeza en un gesto mezcla de indignación e incredulidad.

—¿De verdad piensan que me iba a escapar con las joyas de Rebecca porque ha aparecido su cadáver? —les desafió, tan enfadado como poco sorprendido. Aquello no era nada nuevo: esa era la opinión que él le merecía al viejo y a todo el entorno de Rebecca. Pero quien reía el último reía mejor.

—Podemos marcharnos y volver el lunes —aclaró el notario—. Pero me veré obligado a hacerlo constar en mi acta.

Tristán reconsideró su postura. Lo último que quería era que algún estúpido roce obstaculizara la declaración de fallecimiento de Rebecca y prolongara más aún aquella agonía.

—¡Está bien, pasen! Está todo como siempre.

“Aunque no por mucho tiempo” se dijo.

Como fieles guardianes de un tesoro suntuoso, Scott y el notario se

adentraron en la vivienda con la firme intención de cumplir su cometido. Él los observó perderse en dirección al dormitorio, dispuesto a ignorarlos, cuando el notario se volvió hacia él, extrañado:

—Señor Tristán —le llamó—. ¿No va a acompañarnos?

Lo cierto es que no pensaba hacerlo. Verlos realizar la tediosa comprobación del inventario, objeto por objeto, le parecía en aquel momento la peor de las torturas. Además, se moría por otro café y entre una sorpresa y otra, aún no había dado cuenta del desayuno que aguardaba en la cocina.

—No tengo interés, francamente.

—Sin duda recordará que es imprescindible que esté usted presente para poder levantar el acta.

Miró a Silvia, que se limitó a encogerse de hombros.

—Ve con ellos. Te llevaré un café.

Álvaro suspiró, resignado, acompañando al notario de mala gana hasta el dormitorio donde Laura aguardaba para comenzar el registro. Y realmente parecía que la asistente lo hacía con la peor de las intenciones porque aquella mañana el recuento se hizo más largo y tedioso que nunca. No obstante, aguantó estoicamente mientras la mujer enumeraba cada pendiente, cada pulsera, incluso cada vestido... todo ello evitando cuidadosamente dirigirse a él en ningún momento.

De hecho, no le había vuelto a hablar desde el día de la desaparición. Recordaba aquella mañana en el barco, los gritos de Laura, desesperada, buscando a Rebecca por cada rincón de la goleta. Su horror al comprender que no estaba a bordo. Estaba en shock cuando llegó la patrulla de salvamento marítimo, y continuó así hasta que apareció el viejo y se abalanzó hacia él en un mar de lágrimas. Luego supo que había pasado por un severo shock post traumático, y que estaba recibiendo ayuda psicológica para superar lo ocurrido.

Pero allí estaba ahora, fuerte y firme, casi como Rebecca dirigiendo las velas del *Libertas*. Moviéndose con soltura entre las cosas de las que había estado a cargo durante los últimos cinco años. Porque nadie mejor que Laura Scott conocía todas las pertenencias de su señora. Se preguntó qué sería de ella en unas horas, cuando todo aquello pasara. ¿El viejo la mantendría como personal a su servicio o la despediría con una simple indemnización?

—Hemos terminado en el dormitorio —concluyó, por fin, el notario,

interrumpiendo los pensamientos de Tristán.

No sin cierto alivio los acompañó al salón y a la sala de música, donde afortunadamente para él, un vistazo rápido fue suficiente para comprobar que, efectivamente, no faltaba nada en ningún rincón de la casa. Con todas las propiedades inventariadas comprobadas, el notario le entregó una copia del acta mientras se aproximaba a la salida, junto con Laura, coincidiendo al mismo tiempo con Silvia.

—¿Ya te vas? —le preguntó él extrañado, al verla salir con tanta prisa.

—Sí, me han pedido que sustituya a una compañera que se ha puesto enferma. ¡Entro en un par de horas! —le respondió, dándole un beso rápido en la mejilla y apresurándose para salir con el notario y la asistente.

—¡Eh! ¡Me prometiste un café!

—¡Lo sé, lo siento, me olvidé! Llámame luego, ¿vale?

Álvaro ni siquiera tuvo tiempo de responderle, se quedó allí, sintiendo su rápido beso en la cara, mientras la observaba marcharse con los otros.

La puerta se cerró tras ellos, abandonándole a la soledad y al silencio de la casa.

De repente, la tranquilidad le parecía abrumadora y casi insoportable. Y entonces, vaporizándose de la nada, pudo percibirlo claramente: “Allure” de Chanel. El perfume de Rebecca. Se volvió rápidamente, sabiendo, no obstante, que no encontraría a nadie tras él. No era la primera vez que pasaba, por supuesto, le ocurría a menudo en aquella casa desde que ella no estaba, siempre cuando se encontraba a solas y siempre solo durante un momento tan breve que tenía que dudar de sí mismo y de sus propios sentidos. Súbitamente, hacía frío en la casa. Aunque la calefacción estaba encendida, aunque las ventanas permanecían cerradas.

Dio unos pasos hacia el salón donde destacaba el gran espejo que Rebecca había elegido en un anticuario francés uno de los días que pasaron en París. El cristal le devolvió su imagen, pero prefirió ignorar sus ojeras y su piel demacrada por la falta de sueño. Lejos, al fondo, en algún lugar, ahí estaba aquello que esperaba encontrar: la sombra.

—Sé que eres tú —la invocó, en voz alta—. Sé que estás ahí.

Silencio.

—¡No puedes hacerme nada, Becca! ¿Me oyes? ¡Ni tú ni el viejo podéis

hacerme nada! —se oyó a sí mismo gritando.

¿Era un acorde ese sonido que procedía de la sala de música?

La temperatura parecía seguir cayendo y un ligero escalofrío le hizo temblar ligeramente. Aún así, no se amedrentó.

—He ganado yo, Becca. Lo sabes. Y ya no puedes cambiar las cosas.

Comprobó con regocijo, que como por arte de una antigua magia, la sombra en el espejo se había desvanecido en la nada a la que, sin duda, pertenecía. Esbozó una sonrisa de triunfo y se giró encaminándose al dormitorio, regocijándose en su pequeña victoria sobre aquello, fuera lo que fuera.

Atravesó el salón pisando con descuido la alfombra, pasó ante la sala de música, ignorando el Bartok Azul y dejó atrás la biblioteca con los libros revueltos. Cuando por fin llegó a la habitación de invitados, donde dormía desde hacía meses, se dirigió al baño, dispuesto a dejar que el agua caliente le ayudara a disipar los malos presagios que tan ferozmente le habían acosado desde aquel amanecer.

Álvaro Tristán no pudo escucharlo, lejos como se encontraba, bajo el agua de la ducha. Pero en el salón los pequeños cristales de roca chocaron casi imperceptiblemente, tintineando entre sí, reflejando la luz del día en un sinfín de destellos imposibles sobre las sombras del espejo.

Capítulo 5

—¿Cómo ha ido? —le preguntó el anciano, tan pronto el mayordomo cerró las puertas del gran salón de la Casa Blackwood, dejándolos a solas.

—Incluso mejor de lo que esperábamos —le respondió la inspectora, con una gran sonrisa iluminando su rostro—. Tenía una cara de perros y pinta de no haber dormido en toda la noche.

Lawrence Blackwood, asintió complacido desde su silla de ruedas. Había intentado evitarla tanto tiempo como le había sido posible, pero finalmente, desde hacía un mes, había tenido que sucumbir y sentarse en ella. La enfermedad avanzaba a un ritmo galopante, y él lo sabía, pero aún tenía fuerzas para hacer lo que tenía que hacer. Lo que necesitaba era tiempo, y este se agotaba. Aquella era la razón de que se lo jugaran todo aquella noche a una única y arriesgada carta.

—¿Lo tiene todo preparado? —quiso asegurarse ella.

—Todo está listo. La trampa está puesta, ahora hay que esperar a pique el cebo. Y lo hará. Vaya si lo hará. Conozco muy bien a los de su calaña.

Esperanza no tenía ninguna duda de que el anciano sabía perfectamente de lo que hablaba. Su expediente de servicio era impresionante, durante su tiempo activo al servicio del gobierno británico había salvado miles de vidas.

Cuando había contactado con ella, el plan le había parecido absolutamente descabellado, pero después de pensarlo detenidamente, se había preguntado a sí misma: ¿por qué no? Cualquier cosa sería mejor que pasar el resto de su vida sabiendo que aquel desgraciado de Álvaro Tristán se había salido con la suya, como ya lo hizo el novio de su hermana, tantos años atrás.

La imagen de Elisa, la más pequeña de las tres, se abrió paso en su pensamiento a través de algún complicado mecanismo. Congelada en el tiempo a sus 19 años, la edad a la que su asesino la había ahogado en el lago del pueblo donde pasaban los veranos. Apartó la imagen de su hermana, volviendo a concentrarse en el asunto que les ocupaba.

—Ya sabe que no debe llamarme a no ser que haya algo realmente

importante —insistió la inspectora—. Cualquier relación que pudiera establecerse en una investigación podría echarlo todo al traste.

—Descuide —la tranquilizó él, con aquel marcado acento inglés que nunca había sido capaz de borrar, a pesar de los cuarenta años que llevaba viviendo en España. Como si hubiera olvidado algo, añadió—: ¡Casi lo olvido! Disculpe inspectora, aguarde aquí un momento, por favor. —Y salió del salón en dirección a la sala contigua, maniobrando hábilmente con su silla.

Un poco sorprendida, la inspectora asintió, esperando que el anciano no se demorara demasiado. Quería llegar a la comisaría cuanto antes. Se entretuvo paseando la mirada por el salón. Mirase donde mirase, todo parecía clásico y elegante: las pinturas en las paredes, los muebles antiguos, las alfombras persas, el gran escritorio de roble en una esquina de la estancia... incluso los marcos de las fotos, en plata repujada. Se acercó a ellos. No le sorprendió que en casi todas las fotografías apareciera Rebecca. Pero no la Rebecca sofisticada de los conciertos que todos conocían.

No, la que le sonreía desde aquellos marcos era solo una niña. En uno de ellos, no debía tener más de seis o siete años. Tocaba un chelo para niños, ante la mirada benévola de una cohorte de muñecos y peluches dispuesta en círculos a su alrededor. Tras ella, una mujer de unos cuarenta años, la observaba sonriendo y la inspectora se sorprendió a sí misma imitando su gesto. Se preguntó quién sería. Llevaba un vestido sobrio, aunque de buena calidad. No parecía un familiar, pero tampoco alguien del servicio.

Pasó a la foto de al lado. Rebecca, con doce o trece años, aún una niña, pero que ya despuntaba como la belleza en que estaba a punto de convertirse. Sentada en la cubierta de un barco, abrazándose las piernas, junto a un chico rubio que miraba a la cámara tímidamente. Aunque era Rebecca quien acaparaba toda la atención, con la piel bronceada por el sol, el cabello oscuro ondeando levemente al viento, vestida con una sencilla camiseta marinera y un pantalón corto blanco. Su mirada destacaba por encima de todo lo demás: aquellos ojos grises y brillantes que parecían contemplar el mundo como si ya conociera todos sus secretos.

—¡Inspectora! —la llamó el anciano detrás de ella, acercándose tras despedir al mayordomo—. Tome esto. Es un móvil de tarjeta prepago. Si ocurre algo, la llamaré aquí, así nadie podrá relacionarla con nosotros si las cosas salen mal.

Esperanza suspiró, incómoda. La posibilidad de que el plan no funcionara

era demasiado real y difícil de afrontar, prefirió apartarla de su mente.

—Confiemos en que no sea necesario.

—Llévelo con usted. Si las cosas no van según lo planeado, deshágase de él. De todos nosotros, es usted quien más se juega esta noche.

La inspectora asintió, guardándose el móvil en el bolso y disponiéndose a marcharse. Estaba a punto de salir cuando escuchó a Lord Blackwood:

—Quiero que sepa que, si todo esto sale bien, la recompensa será para usted.

Ella se giró hacia él, ya habían hablado de aquello antes.

—Sabe que no lo hago por el dinero.

—Lo sé, pero estoy seguro de que sabrá emplearlo de la mejor manera.

Limitándose a asentir levemente, la inspectora cruzó las puertas del salón hacia a la majestuosa entrada del palacete. Fuera, la aguardaba Melquíades, el mayordomo, con su pose siempre distante y profesional, para acompañarla a la salida.

Mientras, el cielo de Madrid seguía cubriéndose de siniestras nubes negras, como si se preparara para librar una gran batalla contra la ciudad.

Capítulo 6

La tarde había ido cayendo sobre la casa como un suave velo, difuminando contornos y matizando luces, cuando Álvaro regresó después de todo el día fuera. Abajo, la prensa se había abalanzado sobre él con un sinfín de preguntas que, sin duda, podría usar para demandarlos a todos. ¿Es que aquella gente no había oído hablar de la presunción de inocencia? Había logrado esquivarlos, haciendo gala de sus dotes de actor para mostrarse como el marido dolido y compungido, pero ardía en deseos de partirles la cara a todos.

“Pronto acabará esto” se obligó a repetirse una vez más, en un esfuerzo por mantener la calma. “Es solo cuestión de horas.”

Se apresuró a servirse una copa que le templara los nervios, pero justo cuando estaba abriendo la botella de ginebra recibió una llamada del conserje, anunciándole la llegada del experto de la casa de subastas.

Durante un segundo se dejó tentar por la posibilidad de no recibirle. El día había sido una locura y necesitaba estar solo y ordenar las ideas, asimilar lo que había ocurrido y lo que estaba a punto de ocurrir: el comienzo de su nueva vida sin deudas ni limitaciones de ningún tipo.

Si se hubiera tratado de cualquier otro de los expertos de Sotheby's con los que había estado en contacto para vender las joyas y las obras de arte, quizás habría cedido a la tentación de despedirlo con cualquier excusa. Pero el tipo que aguardaba abajo era el especialista en instrumentos de cuerda antiguos de la casa, toda una eminencia en Stradivarius y en los demás grandes luthiers cremoneses del siglo XVIII.

Y aquello era diferente.

Porque, por encima de cuanto había poseído, aquel viejo violonchelo era el gran tesoro de Rebecca Blackwood. Sí, Becca lo adoraba más que a todo. Más que a aquel ático, más incluso que al espectacular velero a bordo del cual había desaparecido.

“Solo con él me siento libre”, le había confesado ella, en incontables ocasiones. “Es como si me permitiera ser quien de verdad soy, solo que en

forma de música”. Él nunca había entendido aquel galimatías. ¿Acaso no se sentía libre al timón del *Libertas*, con el viento empujando sus velas, saltando por encima de olas imposibles?

Sí, Rebecca adoraba aquel violonchelo. Y ese era solo un motivo por el que él ardía en deseos de deshacerse de él.

—Hágalo subir —ordenó, secamente.

A su espalda, la televisión se encendió de repente. Terminó de servirse la copa, manteniendo la calma sin demasiado esfuerzo. Estaba acostumbrado a aquellos trucos o lo que quiera que fuesen. No le sorprendió que la noticia que estaban retransmitiendo justo en ese instante tratara sobre la aparición del cadáver de Rebecca, llevaban todo el día alimentando el morbo con aquello.

Al parecer, algunos detalles burocráticos habían retrasado la realización de la autopsia, aunque el equipo de laboratorio estaba trabajando a toda prisa en el análisis del ADN para la identificación del cuerpo. Entre bandas amarillas y señales de “No pasar” unos reporteros de varias cadenas nacionales entrevistaban, micro en mano, al capitán del pequeño pesquero que había encontrado el cuerpo.

Enfadado, maldijo a Carlos por no haberle llamado con la noticia del retraso, al fin y al cabo, le pagaba un dineral por hacer su trabajo. Estaba a punto de marcar su número cuando sonó el timbre de la puerta. Suspiró, resignado, Carlos tendría que esperar. Apagó la televisión y corrió a abrir la puerta con la copa en la mano, dispuesto a recibir al especialista con la mejor disposición posible.

—Señor Tristán, buenas tardes. Soy Beltrán Aguirre, el experto de Sotheby’s de instrumentos de cuerda.

Álvaro no se molestó en disimular su sorpresa. El desconocido debía tener su edad aproximadamente y distaba mucho de ser el anciano vestido con traje de tweed que se había imaginado.

—Vaya. Esperaba a alguien mucho mayor que usted. Pase —le dijo, a modo de saludo, abriéndole paso.

—Me pasa muy a menudo —admitió el experto, con una amigable sonrisa, mientras se ajustaba la pajarita de colores.

—Bueno, supongo que no importa. Imagino que querrá ver el Stradivarius, ¿no? Sus compañeros ya le echaron un vistazo cuando estuvieron viendo las joyas y las antigüedades.

—Por favor, será un honor inspeccionar un instrumento así —hizo una breve pausa—, también quería aprovechar para darle las gracias por recibirme en un día tan... aciago para usted. Siento mucho la muerte de su esposa. Debo decirle que yo era un gran admirador, adoraba su música. Creo que hasta hoy todos teníamos la esperanza de que de alguna forma todo esto fuera un gran error y pudiéramos volver a disfrutar de ella.

Álvaro dio un trago antes de responder. Justo lo que necesitaba. Otro maldito fan de Rebecca. Prefería ir directamente al grano, pero, al parecer, el tipo era de los que cuidaban los modales, además de un sentimental.

—Está siendo un día muy duro —terminó diciendo—. Pero estoy seguro de que Rebecca habría querido que siguiera adelante con todo.

—Comprendo —asintió gravemente, con cara de circunstancias, dejándose guiar por Álvaro hacia el interior de la casa.

—Venga conmigo. El violonchelo está en la sala de música.

Aguirre dio unos pasos en la dirección que le indicaba, pero se detuvo de repente ante el gran retrato de Rebecca que se alzaba sobre la chimenea de mármol. Una fotografía de gran tamaño en blanco y negro de Mario Testino cuyo original había aparecido en la portada de la revista Vanity Fair. Había sido un regalo del fotógrafo, junto con un enorme ramo de rosas blancas, las favoritas de la chelista, por posar para él.

Rebecca aparecía con un vestido largo de seda negro palabra de honor, descalza, sosteniendo el chelo entre sus piernas desnudas.

—Su esposa era muy hermosa —comentó Aguirre, con sincera admiración.

Álvaro asintió en silencio, concediéndole unos instantes para que pudiera contemplarlo. A la gente solía impresionarle aquella fotografía. Él no era un experto en arte, desde luego, pero tenía que reconocer que se trataba de un retrato soberbio.

Testino había disparado justo un segundo antes de que ella comenzara a tocar. Rebecca se inclinaba ligeramente sobre el Stradivarius, con el arco preparado en una mano, apenas rozando las cuerdas, y sujetando el mástil con la otra. La mirada gris concentrada en la importancia de aquel instante congelado en el tiempo para siempre, la larga melena oscura cayendo con descuido sobre uno de sus hombros. Sí, Testino había captado la belleza física de Rebecca: los brazos esbeltos y bien torneados, las piernas fuertes y delgadas, la estrecha cintura marcada por el talle del vestido.

Pero él sabía que lo verdaderamente impactante de aquella fotografía, el motivo que hacía que la gente se detuviera ante ella para admirarla, era que también, de alguna manera, había logrado capturar su aura: una mezcla de fortaleza, talento y sensibilidad que la hacía parecer poderosa y frágil al mismo tiempo, como una peligrosa pantera oscura que se asoma al borde de un abismo.

—Sígame —le indicó finalmente, arrancando a Aguirre del hechizo.

La sala de música, donde Rebecca pasaba cada día largas horas ensayando, se encontraba al final del salón. Se trataba de una estancia insonorizada, absolutamente minimalista, diseñada para evitar a toda costa cualquier posible distracción. Los altos frisos de madera gris clara constituían la única decoración de las paredes y la banqueta tapizada en terciopelo verde era la única concesión al color.

En el medio de la sala, expuesto en su soporte junto a un pequeño atril con partituras, destacaba el magnífico violonchelo Stradivarius de Rebecca Blackwood: el famoso Bartok Azul.

A pesar de su nombre, en realidad el instrumento poseía un bello tono de madera levemente rojizo, como la mayoría de los instrumentos salidos del taller del gran maestro de Cremona. Solamente al incidir la luz directamente sobre él, se podía apreciar un sutil y, en realidad, casi imperceptible reflejo azulado, extraordinariamente raro. Allí, en la sobria quietud de la sala, con la última luz de aquel atardecer cayendo sobre él, ofrecía un aspecto misterioso e irreal, casi fantasmagórico.

—Es... extraordinario —susurró el experto, contemplando el instrumento, sin poder ocultar su admiración—. ¿Puedo...? —preguntó, volviéndose hacia Álvaro, haciendo ademán de acercarse al violonchelo.

—¡Adelante, todo suyo! —accedió, acompañando la invitación con un gesto de la mano.

Beltrán Aguirre no se hizo de rogar. Con manos expertas pasó los dedos suavemente por la faja del instrumento y luego por el gran mástil.

—Es realmente un instrumento magnífico —musitó, más para sí mismo que para Álvaro—. Los golpes de gubia son inconfundibles. Fíjese aquí, en las escotaduras, ¿las ve? Y en la voluta... Sí, es la mano del maestro, sin duda. Inconfundible.

Álvaro suspiró, resignado, sabiendo lo que vendría a continuación. No le

quedaría otra que escuchar una vez más lo raro e increíblemente único que era aquel dichoso chelo. Al menos, esta vez lo usaría en su favor: cuanto más entusiasmado estuviera el tipo aquel, más alto sería el precio de salida en subasta.

—Eso tengo entendido —admitió finalmente, de mala gana.

—Bueno, es un Stradivarius auténtico —continuó el experto—, eso está claro, solo eso ya hace que sea un instrumento impresionante. Pero es que, además, es un violonchelo. Verá, hoy en día se conservan unos cuatrocientos cincuenta violines Stradivarius en todo el mundo, pero solo han llegado hasta nosotros sesenta y cuatro violonchelos, contando este. Y no solo eso: no somos pocos los que afirmamos que, por muy alta que fuera la calidad de los violines del maestro, aún mejores eran sus violonchelos.

—Bien...

—Pero es que, además—continuó, con el mismo entusiasmo—, este pertenece a la serie realizada entre 1710 y 1720, la mejor época del maestro, lo que hace que sea aún más valioso. Tenemos perfectamente documentada casi toda su historia, su procedencia, los dueños que ha tenido... Pero sobre todo está el tono azulado... eso lo diferencia de todos los chelos del maestro, ningún otro lo posee. No hay nada igual en todo el mundo. Y, bueno, luego está el asunto de *la leyenda*.

Álvaro dio un trago a su copa. A aquel ritmo, iba a necesitar otra si tenía que seguir aguantando a aquel friki divagando sobre el Stradivarius durante horas.

—Oiga, estoy pensando que en algún lugar debo tener los informes que se hicieron sobre el barniz para intentar averiguar lo de la mancha. Si me espera aquí...

—¡Oh, no, no se preocupe...! Estará bien aportarlos como documentación para la venta, por supuesto, pero no los necesito ahora. Todo el mundo conoce la historia...

Sí, todo el mundo la conocía, aunque él no tenía ni idea de que el dichoso instrumento existiera antes de conocer a Rebecca. Pero, al parecer, todo el planeta excepto él, sabía que el Bartok Azul había sido adquirido en una subasta en Christie's por Lord Blackwood para su nieta como regalo al cumplir los dieciséis años. Ya entonces ella era una niña prodigio que daba conciertos por todo el mundo y el viejo era un apasionado aficionado que

vivía por y para la música que ella creaba. Y, por supuesto, la fortuna que había pagado por él no había sido ningún inconveniente para la vieja fortuna familiar.

Al poco tiempo de adquirirlo, el viejo accedió a una petición del Smithsonian para analizar el violonchelo e intentar averiguar su verdadera antigüedad y el motivo del extraño reflejo azul. Las pruebas se realizaron en los laboratorios más sofisticados de Estados Unidos, en medio de espectaculares medidas de seguridad y levantando una gran expectación avivada por la prensa y por el propio Lord Blackwood, que siempre había sabido jugar bien sus cartas.

La conclusión sobre la datación realizada mediante dendrocronología fue clara y no dejaba lugar a dudas: el chelo había sido realizado en algún momento entre 1715 y 1716. Sin embargo, ninguno de los análisis de pigmentación, radiografía ni reflectología pudo aportar ningún dato que explicara la tonalidad azulada del instrumento, cuyo origen hasta la fecha, seguía siendo todo un misterio.

—Y, dígame —continuó el experto, inclinando con cuidado el chelo hacia uno de los lados—, ¿es cierto, existen realmente, las famosas marcas de Napoleón?

Álvaro frunció el ceño.

—Sí, ahí están, justo aquí —le indicó, señalando abajo, en los laterales, casi en la base de instrumento.

—¡Ah, ya las veo! Casi no se notan, hay que fijarse muy bien... pero aún sí... ¡aquí están y las hizo nada menos que Napoleón!

Tristán se encogió de hombros, indiferente. Como bien había adelantado Aguirre, casi toda la historia del violonchelo se encontraba perfectamente documentada y contrastada. El Bartok Azul había sido encargado a Stradivarius por un relevante médico de la corte austriaca aficionado a la música. Tras pasar por diferentes manos, de alguna forma, acabó siendo confiscado décadas después por el mariscal Soutl durante su campaña en Austria. Y así fue como, durante una visita estratégica de Napoleón, después de una copiosa cena y un agradable concierto de cámara, éste se habría empeñado en intentar tocarlo, asiéndolo con tal torpeza que lo había marcado para siempre con las espuelas de sus botas.

Fuera cierto o no, a todo el mundo le entusiasmaba aquella historia, incluso

a la propia Rebecca. A él, francamente, le traía sin cuidado si las muescas eran de Napoleón o las había hecho Frank Sinatra, pero si ello aumentaba el valor del Stradivarius, perfecto.

—No le importa que lo toque, ¿verdad? No es que sea necesario, claro. Pero no todos los días surge la oportunidad de tocar un chelo de Stradivarius. ¡Y este chelo, además!

En aquel momento, Aguirre parecía más un niño a punto de abrir sus regalos de Navidad que el reputado experto de una de las más importantes casas de subastas del mundo. Así que Álvaro se limitó a responderle con un “Adelante” y a reclinarsse contra la pared, dispuesto a escuchar aquel instrumento por última vez.

—Por cierto, ¿y qué me dice de *la leyenda*? —preguntó, de forma casual, mientras enceraba el arco con un poco de resina—. Ya sabe, ¿han visto fantasmas alguna vez?

La antigua leyenda que acompañaba al Bartok Azul decía que, al ser tocado de una determinada forma especial, en determinado día y ante determinadas personas, tenía la capacidad de traer a los espíritus del Más Allá, haciendo que pudieran superar la frontera que separa a ambos mundos para llegar al nuestro. El origen de la curiosa leyenda, nadie lo conocía exactamente, pero incluso el propio Bartok, uno de los más ilustres y sesudos propietarios que había poseído el instrumento y que, de hecho, le daba nombre, había afirmado que era rigurosamente cierta. Y eso que Bèla Bartok era un recio compositor difícil de imaginar dando crédito a semejantes historias.

Por supuesto, Álvaro Tristán jamás lo había creído. Le parecía una tontería más relacionada con Antoni Stradivari y sus instrumentos, pero en los últimos meses las cosas habían cambiado mucho, y él también. A aquellas alturas no le importaba admitir, aunque solo fuera ante sí mismo, que esa era la principal razón de querer librarse del violonchelo cuanto antes y de una vez por todas. Pero eso era una cosa y otra muy distinta era compartirlo con el experto.

—¡Qué estupidez, por supuesto que no! ¿Fantasmas? ¿Está de broma? —le replicó, queriendo zanjar la cuestión.

Aguirre soltó una risa forzada, apresurándose a cambiar de tema, mientras iba acercando el arco a cada cuerda para comprobar las notas.

—Ya veo que lo mantiene perfectamente afinado —aprobó con satisfacción, recuperando la compostura—. Excelente. Vayamos allá, pues.

Cómo era posible que el instrumento estuviera afinado cuando nadie lo había tocado desde tres meses atrás, era algo que se le escapaba por completo a Tristán. Solamente la mujer de la limpieza podía entrar en aquella sala y estaba convencido de que no sabría cómo hacerlo. Él mismo no tenía ni idea.

Pero inmediatamente, las primeras notas de la suite número 1 de Bach sonaron, elevándose en la sala. Aunque él no sabía nada de música, conocía de sobra la pieza porque era una de los grandes temas de Rebecca. Una de las piezas más hermosas y famosas compuestas para violonchelo, y una de las favoritas de sus seguidores en todo el mundo. Raro era el concierto en que no la interpretaba, recibiendo siempre una gran ovación como premio al finalizarla.

Que el experto no era capaz de tocar con la maestría de la propietaria del chelo era algo obvio, incluso para él. Las notas de Rebecca sonaban mucho más fuertes, más vibrantes, más rápidas y dramáticas. Pero aún así, en manos de Aguirre, el chelo sonó profundo, aterciopelado y, de alguna manera.... extrañamente oscuro.

Aguirre no se dio cuenta, abstraído como estaba, con los ojos cerrados concentrado en el bellissimo sonido del instrumento, pero durante un breve instante, el casi imperceptible reflejo azulado de la madera se hizo más intenso, como si un rayo de luz inexistente se derramara sobre él. Y justo entonces, como si de un extraño conjuro se tratara, en el exterior, el viento comenzó a soplar con más fuerza, la lluvia comenzó a golpear los grandes ventanales. Dentro, la temperatura descendió drásticamente.

Tristán se giró hacia el experto, que continuaba tocando, ajeno a la extraña combinación de elementos que acababa de tener lugar. Incluso la música sonaba ahora más grave, más solemne, pero también más viva; como el himno que se entona antes de afrontar una batalla decisiva. O como las campanas medievales que alertaban de un ataque inminente. Y de repente, como un relámpago fugaz, un extraño presentimiento se cernió sobre él, uno que no le era ajeno y que le llevó de regreso a una noche de invierno muchos años atrás, cuando era solo un niño asustado, a solas en una casa extraña.

—Señor Tristán, ¿se encuentra bien? —el rostro del experto mostraba una sincera preocupación. Había dejado de tocar y lo contemplaba con el arco suspendido en el aire, la mirada expectante. ¿Cuánto tiempo había estado así, sumido en aquel recuerdo?

—Sí, sí... por supuesto. Es solo que —titubeó, sin saber bien qué decir.

Creía haber enterrado aquello en su memoria, pero ahí estaba, por algún motivo—, bueno, la música, me ha recordado algo.

Aguirre, por segunda vez aquella tarde, volvió a poner cara de circunstancias.

—Lo entiendo. Esta pieza le ha recordado a su esposa, nadie es capaz de interpretarla como ella. Quizás no ha sido una buena elección por mi parte, yo... lo siento, no quería...

—No se preocupe, está bien —le interrumpió tajantemente. No le apetecía escuchar a aquel tipo poniéndose sensible otra vez—. Tengo que acostumbrarme. Si le parece, podemos proceder con los trámites.

—Sí, además así no le molesto más. ¡Vaya como ha empeorado el tiempo! Espero llegar a casa antes de que arranque esa dichosa tormenta del siglo —comentó, volviendo a colocar el chelo con cuidado en su soporte—. Y, además, de repente hace bastante frío, ¿no le parece?

Álvaro lo miró, sorprendido. Era la primera vez que alguien, aparte de él, notaba un cambio drástico de temperatura en la casa; ni Silvia, ni la mujer de la limpieza lo percibían nunca cuando ocurría.

—He traído conmigo el contrato de consigna —continuó Aguirre—. Se lo dejaré para que lo lea tranquilamente. El chelo Stradivarius más caro que se ha vendido hasta el momento fue el *Paganini - Countess of Stanlein*, que alcanzó los seis millones de dólares en 2012. Pero, créame, no tendremos problema en superar esa cifra con creces. No debería decírselo, pero ya tenemos ofertas privadas que superan los siete millones... y eso que aún ni siquiera tenemos un acuerdo con usted.

Álvaro Tristán habría firmado el contrato de buen grado si con ello el experto se hubiera llevado consigo aquel instrumento del diablo en aquel mismo instante. Ahora que caía la tarde y después de lo que acababa de presenciar lo sentía aún más siniestro que antes, amenazador, incluso y, aunque jamás lo admitiría, no le hacía ninguna gracia tener que quedarse con él a solas en la casa. Pero claro estaba, tenía que guardar las formas.

—Mañana lo leeré con mi abogado y creo que podremos cerrar el asunto cuanto antes —concluyó Tristán, tomando el contrato y acompañando al experto hacia la salida.

No le sorprendió que el rostro de Aguirre fuera todo satisfacción y sonrisas.

—Excelente, excelente... la subasta será en diciembre, un momento sublime para ofrecer una pieza de este calibre —y se detuvo, frunciendo el ceño—, siempre y cuando no tenga problema... con el litigio de Lord Blackwood, por supuesto.

Álvaro se detuvo en seco. Aquella observación le había parecido tan inesperada y fuera de lugar que tuvo que hacer un esfuerzo por mantener el tono educado que había presentado hasta entonces.

—Deje eso de mi parte —sentenció con frialdad—. Está todo bajo control.

Esta vez no fue él, sino el experto quien se esforzó en fingir una sonrisa, o al menos, esa impresión tuvo Álvaro, mientras se daban la mano en señal de despedida. Lo contempló unos instantes mientras se dirigía al ascensor y, por fin, cerró la puerta tras él, respirando aliviado de quedarse por fin a solas. Solo que aquella extraña aprensión se había agarrado a su pecho y, por mucho que lo intentaba, no era capaz de hacerla desaparecer.

La noche se había ido cerniendo suavemente sobre Madrid y las luces del salón se habían encendido automáticamente, gracias al sofisticado sistema de domótica de la casa. Cerró los ojos, pero esta vez no le abrumó el silencio, sino el rugir de la lluvia golpeando con más fuerza aún los cristales del ático. Sin duda, la tormenta del siglo estaba a punto de estallar sobre la ciudad.

Entonces, al otro lado de la puerta, el timbre de la casa volvió a sonar inesperadamente.

Capítulo 7

Lo último que le apetecía hacer en la vida era abrir de nuevo la puerta a aquel estirado de Aguirre. Había tenido que hacer acopio de una gran parte de su paciencia para no montar en ira en el último instante y no estaba seguro de poder seguir manteniendo las formas ni un segundo más. Además, necesitaba una copa y quizás, también, encender la chimenea y tirarse en el sofá a relajarse.

Pero se obligó a recordar los millones que estaban en juego con la venta del Stradivarius Azul y eso le dio la motivación suficiente para volver a abrir, aunque fuera con la peor de las disposiciones posibles, al maldito experto de la casa de subastas.

Y una vez más aquel día, el destino se empeñó en demostrarle lo equivocado que podía estar al hacer suposiciones, porque el hombre que le contemplaba desde el otro lado de la puerta distaba mucho de ser el tipo enclenque y bajito que acababa de marcharse.

—¿Álvaro Tristán? —inquirió el extraño en un perfecto español con un casi imperceptible acento extranjero que no fue capaz de identificar. Sus ojos eran de un azul tan profundo que se sorprendió pensando en las aguas de un vasto océano abriéndose ante él. No había nada altivo ni prepotente en su porte pero, sin embargo, Álvaro no pudo evitar sentirse terriblemente pequeño y vulnerable, como si de repente hubiera encogido y se encontrara solo e indefenso a merced de un cazador en busca de una presa fácil. ¿Quién demonios era aquel tipo? Y, entonces, lanzando un resoplido, cayó en la cuenta, maldiciendo su mala memoria.

—Sí. Y ahora caigo en que usted debe ser el consultor del seguro de vida de Rebecca, casi lo había olvidado. ¡Pase, ya no lo esperaba!

El rugiente sonido de un trueno estalló en el cielo justo en el instante en que el desconocido cruzaba el umbral de la casa, desvelando su nombre.

—Julius Lovelace —anunció, con una voz profunda y seca que Álvaro juraría haber oído alguna vez, en algún lugar—.

—¡Vaya, comparte apellido con el escritor! —le respondió en tono jovial, intentando romper el hielo—. Mi abogado me dijo que vendría, solo que no me avisó de que lo haría tan tarde. Pensaba que era el tipo de la casa de subastas. Ha debido cruzarse con él en el vestíbulo, acaba de salir no hace ni un minuto.

Si le había oído, Julius Lovelace no dio señales de ello. Se había quedado de pie en la entrada del salón, observándolo más que contemplándolo, con mirada curiosa y expectante.

—Lo siento, lo cierto es que no me he cruzado con nadie —le respondió finalmente, quitándose la gabardina negra que llevaba puesta y dejando ver un traje azul oscuro, impecablemente cortado—. Mi vuelo ha tardado en aterrizar; al parecer, las condiciones meteorológicas no eran las mejores.

Como si los elementos se hubieran confabulado para darle la razón, un rayo rasgó el cielo iluminando fugazmente la terraza del ático; solo unos instantes después el trueno cayó retumbando como un alud de rocas en el silencio de gran una montaña.

—No es el mejor día para viajar, eso desde luego —le dio la razón Álvaro, mientras comprobaba su móvil. Maldijo entre dientes cuando se dio cuenta de que se había vuelto a apagar. Al encenderlo, vio que Carlos le había llamado dos veces mientras el móvil estaba desconectado. Seguramente querría avisarle de la llegada del consultor—. Póngase cómodo, ¿le apetece una copa?

—No bebo, gracias.

—¿No le importa que me sirva yo una? Siempre me tomo una copa a esta hora, antes de la cena.

Lovelace le hizo un gesto de aprobación que, por supuesto, él no necesitaba. Aprovechó para encender la chimenea de gas y se quedó unos segundos aguardando a que el fuego prendiera. Hacía un frío invernal, propio de una noche tan desapacible como aquella.

—Tiene una casa muy elegante —comentó Lovelace a su espalda en tono casual, mientras Álvaro se servía una ginebra seca.

—Gracias. La decoró Rebecca, tenía muy buen gusto. —Y era cierto. Al menos le concedería eso. Dejó que el primer trago le reconfortara y templara sus nervios. El tal Julius continuaba su inspección paseando lentamente, observando cada objeto con detenimiento. No le pareció, sin embargo, que fuera un entendido en arte. Había conocido a varios en las últimas semanas,

los enviados de la casa de subastas, y Lovelace no encajaba en la imagen que se había ido formando de ellos. Aunque quizás él también solo estaba interpretando un papel.

Lovelace se entretuvo un instante, abriendo una caja india de madera de sándalo, con incrustaciones de plata y su interior forrado de terciopelo negro. Álvaro recordó que Becca la había comprado en una tiendecita en el Rastro de Madrid y que a ella le encantaba. El inspector continuó su recorrido, deteniéndose ante el gran retrato de Rebecca sobre la chimenea.

—¿Su esposa, supongo? —se había girado hacia él, como si lo que realmente le importara de la pregunta que había formulado fuera su expresión al responderla.

Aquello sí que no se lo esperaba Tristán. Todas las visitas se detenían ante el retrato, por supuesto, pero nadie había preguntado nunca si esa era Rebecca Blackwood.

—Evidentemente —afirmó, con cautela.

—Discúlpeme. Sé que su esposa era una violonchelista famosa, pero yo no soy nada aficionado a la música.

Álvaro dio un nuevo y esta vez largo trago a su copa. Sin duda el tipo seguía algún tipo de estrategia, porque él no se creía que no hubiera buscado alguna foto de Rebecca en Internet antes de presentarse allí. Ya Carlos le había insistido en que fuera cuidadoso; a saber por dónde querría salir.

Como respuesta, le obsequió con su sonrisa más cordial, la que solo usaba con otros hombres en señal de complicidad con ellos. Si quería jugar, él estaba dispuesto a hacerlo.

—¡Entonces ya somos dos! O, mejor dicho, no lo era, hasta que me casé con Rebecca. Tampoco es que ahora me interese mucho más, la verdad.

Lovelace no hizo amago de devolverle la sonrisa y, de alguna forma, aquello le hizo sentir como un imbécil.

—En tal caso, debe haber sido duro —afirmó Lovelace, dando unos pasos hacia él.

—¿A qué se refiere?

—A estar casado con alguien que ama algo que a usted no le interesa.

Lo había dicho en un tono seco y frío, tan inesperado como un puñetazo lanzado a traición. Tristán tuvo que hacer un esfuerzo para quedarse donde

estaba sin retroceder, sosteniendo la mirada a Lovelace. Se sentía como un soldado sorprendido por un oficial cometiendo una falta inadmisibles.

—Yo no he dicho eso —se defendió—. Nunca me gustó la música, pero siempre hice un esfuerzo por entender de qué iba todo aquello. No era cierto, en realidad. Siempre había detestado todo lo relacionado con aquel pequeño círculo que a él se le antojaba snob y pretencioso, en el que nunca había logrado encajar lo más mínimo. Pero sabía que aquello era lo que tenía que decir en aquel momento si quería representar bien su papel.

—Al parecer, no fue suficiente. Tengo entendido que su esposa había iniciado los trámites de separación cuando desapareció.

—Teníamos nuestros problemas, como todas las parejas. Pero yo la quería y estábamos dispuestos a arreglar las cosas.

—No es eso lo que dice Lord Lawrence Blackwood —replicó Lovelace.

—¿Y a quién le importa? ¡Ese viejo chochea! —le replicó, dejando traslucir su enfado y, ahora sí, apartándose de Lovelace, como si su argumento careciera de valor—. ¡Deberían encerrarlo en una residencia! Va por ahí lanzando todo tipo de acusaciones sin fundamento sobre mí, destrozando mi imagen pública. ¡Y todo el mundo le ríe la gracia!

La frialdad de los ojos de Lovelace no había disminuido en absoluto por mucho que se había apartado de él.

—Señor Tristán, su esposa había iniciado los trámites de separación de usted cuando desapareció en extrañas circunstancias dejándole como único heredero de una considerable fortuna. A mí no me parecen simples acusaciones sin fundamento las que ha lanzado Lord Blackwood contra usted.

Tristán sintió que la sangre le subía de golpe a la cara. La habitación se había caldeado por fin con el fuego de la chimenea, pero fuera la lluvia seguía arreiciando con fuerza.

—Me traen sin cuidado lo que le parezcan a usted —le retó, resolviendo sobre la marcha que, si aquel tipo quería un enfrentamiento a pesar de su tono cordial, lo tendría—. Lo que cuenta es que la policía las ha descartado, así que si su estrategia para no pagarme los cincuenta millones que me debe su compañía es acusarme de asesinato, ya puede ir preparando mi cheque.

—Y, sin embargo —le rebatió Lovelace—, la investigación aún no se ha cerrado...

—¡Se cerrará hoy! La aparición del cuerpo prueba que estoy en lo cierto.

—En realidad, ya que lo menciona, la aparición del cuerpo puede probar muchas cosas...

—Rebecca no se suicidó si es a eso a lo que se refiere —se apresuró a responder Tristán, recordando las dos cláusulas de las que le había hablado su abogado aquella misma mañana.

—No fue eso lo que usted dijo en un primer momento.

—¡Me equivoqué! ¿Cuántas veces voy a tener que repetirlo?

Ignorándolo, Lovelace tomó asiento junto a la chimenea.

—En realidad, señor Tristán, hay una tercera opción que no está contemplando...

Álvaro lo miró divertido, aquello sí que era nuevo.

—¿En serio? ¡Sorpréndame!

—Puede que esté viva.

Si la situación no hubiera sido tan tensa, Álvaro habría estallado en una estridente carcajada. En lugar de eso, se limitó a observar a Lovelace con cara de incredulidad. Si realmente aquel tipo era el mejor que tenían en la compañía de seguros, tenían un serio problema.

—Debe estar bromeando.

—En absoluto. Me gustaría recordarle que el cuerpo encontrado hoy aún no ha sido identificado. Podría no ser el de su esposa.

Álvaro exhaló con exasperación. Aquello le parecía tan absurdo que no entendía por qué tenía que perder el tiempo considerándolo.

—Desapareció del barco a cuatro kilómetros de la costa, en plena noche, con un viento de 15 nudos —argumentó, con desgana.

—Pero era una excelente nadadora. Todo el mundo coincide en ese dato. Pudo haber alcanzado la costa a pesar de esas condiciones. O podría haberse mantenido a flote hasta ser rescatada por otro barco.

—Ya, claro. ¿Y dónde está? Estuvieron batiendo la zona durante una semana. Ni rastro de ella. Y si alguien la tuviera retenida ya se habrían puesto en contacto con la familia, ¿no cree? ¡Hay una recompensa de un millón de euros, por el amor de Dios!

Lovelace no le contestó inmediatamente, una vez más le sostuvo la mirada,

como si tuviera que interpretar lo que tenía ante sí, solo que esta vez parecía tener claro su dictamen.

—Hay algo que me sorprende, señor Tristán. Hace años que trabajo en esto, con casos muy parecidos al suyo. Desapariciones que tienen lugar en escenarios donde la supervivencia es muy remota. Escaladores cuya pista se pierde durante una tormenta de nieve, exploradores de los que nunca se vuelve a saber nada tras subirse a un desvencijado avión en los límites de una selva ignota, voluntarios que no vuelven a contactar con sus bases durante una ola de violencia de guerrillas.

La lista es larga. Pero en todos esos casos, absolutamente en todos, existe algo en común: la esperanza de los familiares. Da igual lo remota que pueda ser la posibilidad de que los desaparecidos sigan con vida, sus seres queridos se aferran a ella como a un hierro ardiendo, obviando todas las evidencias. Pasan semanas y meses, a veces incluso años, construyendo todo tipo de teorías que poseen la misma solidez que un castillo de naipes, pero que justifican que, en algún lugar, de alguna extraña forma, por algún designio inescrutable, hayan sobrevivido.

Y, sin embargo, señor Tristán, aquí está usted. Absolutamente convencido de que su esposa está muerta desde el primer momento. —Hizo una breve pausa que Tristán no fue capaz de romper—. Dígame: ¿por qué está tan seguro? ¿Sabe algo que yo no sepa?

El silencio era casi absoluto. Solo se escuchaba el crepitar de las llamas de la chimenea, el viento y la lluvia golpeado los cristales.

Tristán tragó saliva, decidido a contestarle cuando, de repente, la oscuridad se hizo en la casa, dejando el fuego como única luz en toda la estancia.

—Deben haber sido los malditos plomos —concluyó Tristán, agradeciendo tener una excusa para dejar de afrontar aquellos ojos azules que parecían poder penetrar en sus propios pensamientos—. Espere aquí, no me llevará más de un minuto.

Se alejó hacia la cocina donde se encontraba la instalación, sintiendo la mirada del consultor en su nuca. ¡Dios, es que aquel día no iba a terminar nunca!

No era la primera vez que la luz se iba en mitad de una tormenta, ya había ocurrido en otras ocasiones, para desconcierto de Becca y mortificación suya. A pesar de que el ático había costado una fortuna, había sido completamente

remodelado y contaba con todos los avances tecnológicos del momento, no dejaba de encontrarse en un rascacielos construido en los años treinta del siglo pasado y eso implicaba que, a pesar de todo, podían quedarse sin luz, como en la casa de cualquier hijo de vecino.

Se adentró en la gran cocina, usando la linterna de su móvil, moviéndose en la penumbra con movimientos rápidos y precisos. No tardó en localizar el cuadro eléctrico y rápidamente volvió a dar el contacto, girándose al mismo tiempo.

Y fue entonces cuando lo vio, justo en esa milésima de segundo que transcurre entre la oscuridad y la luz, una figura oscura y perversa, solo a unos centímetros de su rostro, que se desvaneció en la nada tan pronto pudo enfocar la vista.

Sintió un frío oscuro y siniestro calándole los huesos al mismo tiempo que su corazón se desbocaba. Necesitó apoyarse en la encimera de la isla para intentar recuperar la calma y que su pulso volviera a un ritmo normal.

Sintiéndose cada segundo un poco más seguro, se atrevió a mirar a su alrededor: la cocina recogida y perfectamente inmaculada, la imagen pura de la cotidianidad, ni rastro de la figura perversa.

Esta vez no se permitió la más mínima duda, sabía perfectamente lo que había presenciado, no importaba que hubiera sido tan solo un instante, ni siquiera un segundo. Sabía perfectamente lo que había visto porque no era la primera vez que lo hacía. Y también sabía que aquello no era Becca.

El espejo del salón le devolvió su imagen, tan pálida como si hubiera visto un fantasma, aunque Lovelace, si se percató de algo inusual, no dio señales de ello. Se había sentado en uno de los sofás junto al fuego y parecía perdido en sus propios pensamientos. De repente, ahora le parecía más joven y menos amenazador.

—Señor Tristán —comenzó el consultor, en un tono mucho más conciliador—. Creo que no hemos empezado bien. Le diré lo que podemos hacer.

—Diga lo que quiera, pero le doy un máximo de dos horas para que haga esa maldita entrevista obligatoria y salga de mi casa—le replicó Álvaro, sin creerse en absoluto aquel nuevo registro del tipo aquel.

—Con ese tiempo tenemos más que suficiente. Lo único que necesito es rellenar algunos huecos que no terminan de encajar en su versión de los hechos. Si, como insiste en afirmar, todo está en orden, no habrá ningún

problema en que lo dejemos todo listo hoy mismo y podamos proceder a concluir este caso.

Álvaro se limitó a asentir. Sabía que tenía cada detalle de la historia perfectamente estudiado y ensayado, así que eso de los huecos era, claramente, un farol. No obstante, se apresuró a la camarera donde guardaban las bebidas, definitivamente necesitaba algo más que una simple ginebra para aguantar una hora más al maldito consultor.

—Como prefiera. Pero a las diez le quiero fuera de mi casa.

Julius Lovelace le lanzó una mirada de desaprobación, pero no dijo nada, se limitó a sacar una vieja pluma y una moleskine de tapas negras del bolsillo de su traje y se preparó para tomar notas.

—Bien, comencemos por el principio.

Tristán se sirvió una generosa copa de bourbon antes de proceder a contestarle. Le había tenido que contar tantas veces a la policía lo que había ocurrido el día de la desaparición, que ya ni siquiera tenía que recordarlo; las palabras surgían mecánicamente como si fuera un autómata expuesto a cientos de visitantes curiosos. Aún así, deseó con todas sus fuerzas que aquella fuera realmente la última vez que tuviera que hacerlo.

—Aquella mañana se me habían pegado las sábanas— comenzó, en un tono monótono—. Me desperté con los golpes de Laura, la asistente de Rebecca, aporreando la puerta de mi camarote como si le fuera la vida en ello, mientras gritaba como una histérica. Entonces yo...

—¡No, no, no...! —le interrumpió Lovelace—. Me refiero al auténtico principio: quiero saber cómo conoció a Rebecca Blackwood.

Capítulo 8

—No veo qué tiene eso que ver con la desaparición.

—El diablo está en los detalles, señor Tristán. No me diga que no lo sabe.

—Le he dicho que lo quiero fuera de mi casa a las diez.

—Es tiempo más que suficiente si comenzamos ya.

Tristán tomó asiento frente a él, sorprendido por aquel nuevo enfoque del consultor. Muchas veces le habían hecho aquella pregunta y a él siempre le sorprendía porque, en realidad, su primer encuentro con Rebecca había tenido lugar ante las cámaras y millones de personas habían asistido a él. Aún hoy se podía encontrar en YouTube. Si hubiera querido inventarse una historia para que resultara más dramático, más interesante o más romántico, no habría podido sin que los millones de fans de Rebecca lo acusaran de mentiroso.

Parecía que había transcurrido una eternidad desde aquella primera noche y, sin embargo, solo había pasado algo más de dos años. Dos años que habían cambiado su vida por completo.

—Fue en la gala de entrega de los premios Goya. Rebecca asistía por primera vez porque había colaborado con un tema en la banda sonora de una de las películas favoritas. Y yo estaba nominado como mejor actor protagonista de una película que había sido todo un éxito de taquilla y de crítica: “Nosotros en la lluvia”. ¿Le suena? Es la adaptación de la novela de un escritor con el que comparte nombre, Andrew J. Lovelace.

Aquella noche, llegué en una limusina con parte del resto del equipo de la película. Iba vestido con un magnífico esmoquin hecho a medida y unos zapatos italianos que costaban lo mismo que un mes de alquiler en esta zona. Mientras los flashes de los paparazis me deslumbraban al salir del coche, me dije a mí mismo que aquella iba a ser una gran noche.

Y nada más pisar la alfombra roja, la vi a ella.

En una pasarela repleta de mujeres preciosas vestidas con sus mejores galas, ella destacaba por encima de todas.

Probablemente no era la más guapa, ni la más alta, ni la más elegante, pero en conjunto, las superaba a todas. Rebecca era así, siempre sobresalía por encima de todos los que la rodeaban allá donde estuviera, fuera cual fuera la situación.

Iba vestida con un vestido largo verde de seda plisada que me recordó a las esculturas griegas que había visto en los libros de arte. La tela era tan liviana que, al moverse, parecía quedarse tras ella, flotando en el aire y el efecto era que parecía volar, más que caminar. Yo nunca había visto nada igual. Luego supe que el vestido era un “Delfos” de Fortuny y que tenía casi cien años; a Becca le gustaban mucho las cosas así.

Lo cierto es que no sabía quién era, pero tenía claro que no podía ser actriz o yo la habría reconocido. Sin embargo, no dejaba de firmar autógrafos y hacerse selfis con los numerosos fans que no cabían en sí de gozo al poder estar con ella unos minutos, aunque solo fuera al otro lado del cordón. Un grupo de periodistas hacía cola para poder entrevistarla mientras una bandada de paparazis le lanzaba fogonazos de flashes desde todos los ángulos.

—¡Álvaro! Vamos, tenemos que hacernos las fotos con el equipo —me reclamó Boris Acosta, mi director, tirando de mí y arrancándome del hechizo ante el que parecía haber sucumbido al verla.

—¿Quién es? —le pregunté, señalándola discretamente.

—¡Venga ya! ¿En serio no la conoces? —se sorprendió, divertido.

—¿Debería?

—Sí, si no vives en la luna. ¡Es Rebecca Blackwood, la chelista!

Rebecca Blackwood. Aquella era la primera vez que oía aquel nombre.

Pero, por algún motivo, no dejó de sonar en mi mente durante toda la ceremonia, en la que, por cierto, yo no conseguí el galardón.

Sin embargo, la película para la que ella había interpretado el tema, sí que logró el Goya a mejor película. No había forma de que lo supiera entonces, pero eso fue un auténtico vaticinio de lo que sería luego mi vida con Rebecca.

Fue en la fiesta después de la gala cuando por fin pude acercarme a ella.

—Hola Rebecca —la saludé ofreciéndole una copa de champagne—. No nos conocemos, pero ahora mismo solo hay una cosa que quiero hacer en esta vida y es salir de aquí para escuchar tu música por primera vez.

Ella me miró divertida, aceptando la copa. Yo sabía que con mujeres así,

no puedes postrarte a sus pies como un admirador más si quieres que no te descarten al primer vistazo. Así que opté por la verdad, por confesar que no tenía ni idea de su música, pero que me encantaría saberlo todo de ella. Y era totalmente cierto. Aquella noche lo era.

—¿De verdad no me has oído tocar nunca? —me preguntó.

Asentí con un mohín de culpabilidad casi imperceptible, pero que a ella le hizo soltar una carcajada abierta, limpia y cristalina.

—Yo en cambio sí he visto tu película, “Álvaro” —me confesó, al tiempo que le daba un pequeño sorbo a su copa.

¿Qué puedo decirle? Mentiría si no admitiera lo tremendamente halagado que me sentí. Rebecca Blackwood no solo había visto mi película, sino que conocía mi nombre. ¡Y se reía con mis bromas!

Curiosamente, como le he comentado, las cámaras de televisión captaron aquel momento y también cuando un par de horas después, abandonamos la fiesta juntos.

Al día siguiente ya aparecíamos en todos los portales del corazón como la nueva gran pareja de moda. Casi inmediatamente comenzaron a llamarme para asistir a programas de todo tipo y mi agente no daba abasto con la cantidad de ofertas para castings que le llegaban.

Yo quería pensar que no era solo por la notoriedad que me otorgaba estar saliendo con ella, sino también y, sobre todo, por mi gran actuación en “Nosotros en la lluvia”. Al fin y al cabo, aunque yo no hubiera logrado el Goya, la película había sido todo un éxito de taquilla. Pero me engañaba a mí mismo.

Mi popularidad iba creciendo en función de nuestras apariciones públicas. No solo cuando íbamos juntos a algún concierto o a alguna fiesta, también si, simplemente, dábamos un paseo por el parque o bajábamos juntos a desayunar al día siguiente. A mí no me importaba demasiado, para mí la fama era aún algo reciente y estaba aprendiendo a disfrutar de ella. Pero Rebecca, que había sido foco de atención desde los catorce años, siempre lo llevó mal.

Por mi parte, cuanto más tiempo pasaba con ella, más me dejaba fascinar. Al principio, todo su mundo me parecía absolutamente inalcanzable. Ya entonces vivía en un apartamento en el Barrio de Salamanca, decorado con antigüedades y obras de arte que su abuelo le había cedido. Su asistente, Laura Scott, se encargaba de todo, desde organizar su agenda hasta tener lista toda su

ropa, pasando por que siguiera una dieta sana y variada. Ella solo vivía para su música.

Cuando no estaba de gira o preparando un disco, pasaba unas diez horas ensayando cada día, de lunes a sábado. Todo su día giraba en torno a eso. Tenía que cumplir un riguroso programa de entrenamiento físico para no sufrir lesiones por estar tanto tiempo forzando la postura sentada ante el chelo, y seguía una dieta estricta porque tenía numerosos contratos con firmas de moda por lucir sus vestidos en los conciertos y en sus apariciones públicas.

Yo la escuchaba hablar con su agente sobre conciertos pasados y futuros en lugares como el Bolshoi en Moscú, el Carnegie Hall de Nueva York, en la ópera de Tokio o, el favorito de Rebecca, La Fenice, en Venecia.

Y luego, estaban, por supuesto, sus amigos. La mayoría, una panda de esnobs insufribles, por supuesto. Casi todos, gente del mundo del negocio de la música clásica: otros músicos, directores de orquesta, agentes, compositores... Pero también directores de cine y de teatro, gente que yo sabía que podría abrirme muchas puertas con solo desearlo.

Casi sin darme cuenta, me fui acostumbrando a los viajes en primera clase, a las cenas en los mejores restaurantes, a los hoteles de cinco estrellas. No me interprete mal, no es que no hubiera disfrutado antes de todo esto, por supuesto que sí. Desde que comencé a despuntar como actor pude permitirme más de un capricho, pero para Rebecca, aquello era lo habitual desde niña. Ella no conocía nada fuera de aquel mundo cerrado de música, éxito y comodidades. Y en aquel momento, yo quería pertenecer a su mundo, por encima de todo.

Solo habían pasado algo más de tres meses desde aquel primer encuentro cuando le propuse que nos casáramos. Todavía la recuerdo aquella noche, en uno de sus restaurantes favoritos, “La esquina del Real”, un sitio pequeño y acogedor con una deliciosa cocina francesa, a solo unos metros del Teatro Real.

Ella estaba radiante de sorpresa y felicidad, con el anillo de diamantes recién sacado de su pequeño estuche de terciopelo brillando en su dedo. Sí, recuerdo el vino, la atmósfera cálida y dorada del lugar y esa sensación embriagadora de cuando crees que no puede existir nada en el mundo capaz de enturbiar tu futuro.

Me puso, no obstante, dos condiciones: la primera que conociera a su abuelo, Lord Lawrence Blackwood. La segunda que saliera a navegar con ella,

algo que no habíamos hecho hasta entonces.

Y precisamente aquel instante fue el momento exacto en el que todo comenzó a ir mal, terriblemente mal.

Capítulo 9

—¿Qué comenzó a ir mal? —inquirió Lovelace, la luz del fuego relampagueando en sus fríos ojos azules.

—¿Cómo dice?

—Acaba de decir que fue entonces cuando todo comenzó a ir mal, ¿qué fue mal?

Álvaro Tristán tardó unos segundos en reaccionar. Se había quedado abstraído contemplando las llamas, casi hipnotizado por su movimiento y por los recuerdos de aquellos primeros días con Rebecca y había perdido por completo la noción del tiempo. ¿Cuánto tiempo llevaba en silencio? ¿Segundos, minutos... horas, quizás? Miró el reloj de soslayo, eran las ocho y media. ¿Solo habían pasado treinta minutos del tiempo que le había concedido a Lovelace?

Como el personaje de un cuento que despierta de un largo sueño encantado, Tristán tardó unos segundos en hacerse a la realidad del momento. Sacudió la cabeza, intentando despejarse y ordenar sus ideas.

¿Por qué demonios le estaba contando su vida al tipo aquel? Se aclaró la garganta e hizo un gesto de cansancio, cerrando con fuerza los ojos y llevándose los dedos a la sien.

—Disculpe —continuó—. Estoy muy cansado. Solo quiero terminar con esto.

—Ya casi estamos —le aseguró el consultor—. Unos detalles más y podré marcharme. Me estaba contando que todo había empezado a ir mal desde que Rebecca y usted se comprometieron.

Álvaro supo casi antes de que Lovelace finalizara sus palabras que le estaba mintiendo. Aquel tipo no pensaba marcharse hasta que no le hubiera pillado de alguna retorcida manera. Pero él no se lo iba a poner fácil y no iba a concederle ni un segundo más del tiempo que habían pactado.

—Sí, eso es —dijo finalmente—. Todo empezó a ir mal desde que le propuse matrimonio a Rebecca. En cuanto nos comprometimos, no tardó en

mostrar su verdadera cara.

—¿Y cuál era esa cara? —continuó preguntando Lovelace, con un tono tan frío que podría haber helado el espacio de distancia entre ellos.

Tristán se encogió de hombros, restándole importancia, como si su respuesta fuera tan obvia que no mereciera la pena verbalizarla.

—No es ningún secreto. Su fama de diva no era innecesaria. Rebecca era caprichosa, malcriada, rencorosa y vengativa. Todo el mundo lo sabe, aunque desde su desaparición la prensa se ha empeñado en convertirla en la Madre Teresa de Calcuta. No estaba preparada para la responsabilidad que implica el matrimonio.

—¿Y usted sí? —le replicó Lovelace.

—Yo le llevaba algunos años y, al contrario que ella, sí he tenido que esforzarme mucho para llegar a donde estoy.

—¿Y ella no?

Tristán guardó silencio un instante, sopesando si caer en la provocación de su adversario.

—Lo que quiero decir, señor Lovelace, es que yo conozco el precio de las cosas porque hubo un tiempo en que apenas tuve nada. Mis orígenes son muy humildes, mis padres tenían dificultades para llegar a fin de mes y no siempre lo lograban. Eso es algo que Rebecca jamás entendió.

—Comprendo —asintió el consultor en un tono que, en realidad, solo dejaba traslucir todo lo contrario—. No obstante, coincidirá conmigo en que, para seguir enamorado de su mujer, no habla muy bien de ella.

Tristán frunció el ceño, molesto consigo mismo por haber caído de nuevo en la trampa. Bajó el tono, intentando reconducir la conversación.

—Solo digo que no era perfecta. Eso es todo. Nadie lo es. Pregúntele a cualquiera que realmente la conociera. Le hablará de lo tremendamente orgullosa y egoísta que podía llegar a ser. Si quería algo era implacable, no se detenía ante nada ni ante nadie con tal de conseguirlo.

—Ahora que lo menciona —le respondió Lovelace, sacando de nuevo la libreta de tapas negras de su chaqueta—, sí que he hablado con gente que realmente la conocía.

Tristán se encogió de hombros, sin contener una sonrisa burlona.

—¿En serio? Pensaba que había venido a Madrid sin investigar nada.

—En ningún momento he dicho nada parecido, señor Tristán. Diría muy poco de mi profesionalidad el presentarme aquí sin haber recabado información sobre la persona desaparecida, ¿no cree?

—Pero antes me dijo... el retrato...usted no supo... —Hizo una pausa, reconsiderando si merecía la pena abrir de nuevo una discusión inútil. Concluyó que no—. Está bien, no importa, continúe.

Lovelace había abierto su libreta y la había dejado con despreocupación en su regazo.

—Hace unos días tuve ocasión de entrevistarme con la señora Dolores Cardán. ¿Le suena el nombre?

—¡Cómo no! El ama de llaves de los Blackwood. Pensaba que había fallecido. ¡Dios, debe tener como un millón de años! ¿Sigue al servicio del viejo?

—Ha estado al frente de la casa durante los últimos cuarenta años — continuó Lovelace, ignorando la pregunta de Álvaro—, así que pensé que nadie mejor que ella para hablarme de su esposa.

Tristán soltó una carcajada demasiado forzada que resonó en el silencio de la casa.

—¿Está de broma? Esa mujer crio a Rebecca desde pequeña. Se adoraban mutuamente. Dudo mucho que haya sido objetiva.

—Y, sin embargo, aportó datos muy interesantes. Creo que debería conocer su declaración.

—No veo qué tiene esto que ver con la muerte de Rebecca. Ni con el seguro.

—Escuche y lo sabrá.

Durante un instante, Álvaro Tristán se debatió entre la urgencia de echar a aquel tipo impertinente a patadas de la casa y la necesidad de terminar aquella pantomima cuanto antes. La mirada desafiante de Lovelace le llevó a decantarse por lo segundo. “Quien ríe el último ríe mejor”, se dijo.

—Usted verá. Pero el tiempo sigue corriendo —le recordó, dando el último trago a su copa y levantándose para servirse otra.

Se concentró en el sonido del cristal al colocar una copa sobre la mesa y en permitir que el aroma del whisky de malta le templara los nervios. Mientras, a su espalda, Lovelace comenzaba a leer, con una voz profunda y susurrante,

como una cadencia del Stradivarius de Rebecca.

Capítulo 10

Declaración de la señora Dolores Cardán, ama de llaves de la familia Blackwood.

La muerte del hijo de Lord Blackwood fue para nosotros como un tsunami. Arrasó los débiles cimientos sobre los que habíamos construido una rutina basada en negar su existencia y, como supervivientes, nos sacudió con violencia, recordándonos el privilegio que supone respirar cada bocanada de aire.

Cuando ocurrió, Lord Blackwood y su hijo, James, no se hablaban.

Él era un joven brillante. Licenciado en Derecho, Económicas y Ciencias políticas, hablaba cinco idiomas perfectamente y había sido el número dos de su promoción en las oposiciones al Cuerpo Diplomático. ¡No se imagina lo orgulloso que Lord Blackwood estaba de él!

Se había comprometido con la hija menor de una familia grande de España y la boda se celebraría en pocos meses, en cuanto él volviera del primer destino que le había sido asignado, en un complicado consulado en Palestina. Sin embargo, todo eso se derrumbó cuando, durante aquel primer destino, James conoció a Salma, la madre de Rebecca.

A las pocas semanas rompió su compromiso con la chica española para casarse con ella. Aquello fue todo un escándalo, imagínese. Lord Blackwood hizo todo lo que pudo para evitar aquel desenlace que, según él, solo podía traer vergüenza y deshonra a la familia, además de torcer un futuro que se prometía tan prometedor para su hijo. Lo amenazó con desheredarle, con hacer cuanto estuviera en su mano para hundir su carrera, con retirarle la palabra para siempre.

Pero todo fue en vano. De nada sirvieron los gritos y los insultos, sino para hacer que James se afanzara más aún en su decisión.

El día de la boda, Lord Blackwood reunió a todo el servicio. Sin más miramientos nos informó de que, desde aquel momento en adelante, debíamos considerar que James Blackwood había muerto para nosotros a todos los

efectos y nos prohibió recibir ninguna llamada ni ninguna carta de su hijo, so pena de despido *ipso facto* al incauto que se atreviera a incumplir sus órdenes.

Desde entonces, dejó de asistir a reuniones y actos de todo tipo y comenzó a pasar los días encerrado en la biblioteca y dando largos paseos por el jardín. Con el tiempo, las visitas de viejos amigos se fueron espaciando más y más y llegó un momento en que ya no las esperábamos. Cerramos habitaciones que ya no se usaban, se cortó el agua de las fuentes y se redujo al mínimo el cuidado del jardín.

Poco a poco, la naturaleza fue tomando posesión de lo que le pertenecía por derecho propio y la maleza y las malas hierbas fueron difuminando los caminos y los parterres tan cuidadosamente trazados por nuestro jardinero. La hiedra y el musgo se enredaron en las estatuas, las cancelas y los merenderos. Al mismo tiempo, la figura de Lord Blackwood comenzó a encorvarse, su rostro a llenarse de arrugas prematuras y su carácter a volverse cada vez más adusto y amargo. Nadie que se cruzara con él sin conocer su nombre podría intuir que se encontraba ante un héroe de guerra que había salvado la vida de miles de hombres.

Él fingía que no le importaba nada referente a la vida de su hijo, pero yo sabía que, desde la distancia, seguía todos sus pasos incluyendo sus lentos avances en la carrera diplomática.

Lo peor tenía lugar siempre el 11 de marzo, el día del cumpleaños de Eleanor, su mujer. Aunque ella había fallecido hacía muchos años, su disputa con James parecía haber reavivado el dolor de su pérdida. O, quizás era que se sentía culpable porque ella no habría aprobado que echara a James de su vida de aquella manera. No lo sé, el caso es que ese día se bebía él solo una botella entera de Cardhú y gritaba y lloraba como un loco, algo que hasta entonces jamás habíamos presenciado y que, como comprenderá, nos asustaba mucho a todos, hasta tal punto que acabamos llamando al señor Osorio, el médico de la familia.

Al día siguiente todo volvía a la normalidad y la vida en la casa continuaba a su nuevo ritmo, marcado por la amargura y los remordimientos de un viejo solitario.

La música era la única concesión permitida a la alegría en aquel hogar. Lord Blackwood siempre había sido un gran aficionado, pero ahora aquel parecía ser su único refugio. Sonaba durante horas en su estudio, en la biblioteca y, hasta bien entrada la noche, en sus habitaciones.

Y así fueron pasando los primeros meses que pronto se convirtieron en años.

Y un día, la terrible noticia cayó sobre nosotros.

Llegaron a primera hora de la mañana, vestidos de negro, como pájaros de mal agüero y con un semblante tan sombrío que no pude evitar un estremecimiento. Cuando se identificaron como oficiales del Ministerio de Exteriores, enseguida me preparé para la peor de las noticias.

Mecánicamente di las órdenes para que avisaran a Lord Blackwood, que bajó enseguida, y me dispuse a aguardar en el gran salón, en un discreto segundo plano. Tan discreto como para pasar desapercibida, pero lo suficientemente visible como para que Lord Blackwood supiera que estaba allí si me necesitaba.

Vi a aquel hombre de casi dos metros y muchas batallas ganadas en la guerra, derrumbarse al conocer la noticia. Se dejó caer en el sofá, con la cabeza entre las manos y todo el peso del mundo sobre sus hombros. Apenas recuerdo mucho más, si le soy sincera... Solo palabras sueltas: Yemen, accidente de coche, carreteras en mal estado... muerte.

Yo hacía un esfuerzo sobrehumano para no derrumbarme y mantenerme firme, como la profesional que siempre fui y que el señor ahora necesitaba. Pero, entiéndame. James era un tímido adolescente que aún llevaba pantalón corto cuando llegué a la casa. Yo lo vi convertirse en un hombrecito, salir con sus primeras novias, marcharse a la universidad. Aquel muchacho era lo más parecido a un hijo que he llegado a tener. Saber que ya no estaba y que jamás lo volvería a ver me destrozó el corazón, y solo mi deber con Lord Blackwood pudo darme fuerzas para mantenerme serena y en pie en aquellos durísimos momentos.

Como si la pena por la muerte del joven Blackwood no fuera suficiente, los enviados explicaron que en aquel maldito accidente también había fallecido Salma, su esposa, a la que ya nunca llegaríamos a conocer. Y justo cuando me preguntaba si algún día nos repondríamos de aquella terrible desgracia, supe de la existencia de Rebecca.

Habían pasado seis años de la boda de James y Salma y durante aquel tiempo habían tenido una hija, una niña que no iba con ellos en el coche y que en aquel momento tenía tan solo cuatro añitos. Ahora se encontraba en el consulado, al cuidado de una funcionaria, pero los enviados del Ministerio

querían saber si Lord Blackwood se haría cargo de la niña o, por el contrario, debían informar a asuntos sociales.

Lord Blackwood no lo dudó ni un segundo. “¡Por supuesto que me haré cargo de mi nieta! ¿Qué clase de monstruo se creen que soy?” les replicó con brusquedad.

El hecho de que hubiera una criatura indefensa sola en un lugar tan recóndito lo cambiaba todo. Había un viaje que organizar, papeles que arreglar, dudas que solventar. No había tiempo aún para rendirse al duelo.

En solo unas horas, Lord Blackwood, el abogado de la familia, Sebastián Escudero y yo volábamos rumbo a Yemen en un avión privado militar del Ministerio de Exterior.

Por supuesto, no me extrañó que contara conmigo. “¡Es una niña de cuatro años! ¡No tengo ni idea de qué hay que hacer con una niña de cuatro años!” me dijo, dejando claro que era imprescindible que yo fuera con ellos.

Le confesaré algo: jamás en mi vida he pasado tanto miedo como durante las siete horas que duró aquel vuelo. No porque nos pudiera pasar nada, qué va, si no porque... ¿qué iba yo a decirle a aquella criatura que acababa de perder a sus padres con cuatro añitos? ¿Qué iba a pensar de aquel viejo gruñón que no era más que un desconocido para ella? ¿Y de mi, una completa extraña que a partir de ahora iba a encargarse de cuidarla?

Pero, por supuesto, yo no había llegado a convertirme en la gobernanta de una de las casas más nobles de Madrid dudando de mí misma ni desvelando mis inseguridades. Lord Blackwood me llevaba con él para que cuidara de una niña, y como la hermana mayor de ocho hermanos que soy, eso sí que era capaz de hacerlo. ¡Vaya si lo era!

Así que me escudé tras mi férrea imagen profesional y disimulé como pude mis nervios intentando leer una novela de Corín Tellado. Mientras, aquel avión nos acercaba al lugar que se había cobrado las vidas de James y Salma y que, en mi imaginación, era algo así como una selva tropical plagada de peligros indescifrables.

Pero, sin embargo, Sana'a, la capital de Yemen, no podía ser más diferente a una selva. Nada más descender del avión, una bofetada de calor seco salió a recibirnos en un aeropuerto que era poco más que una pista de aterrizaje y un desvencijado edificio casi en ruinas. Afortunadamente, un grupo de funcionarios había sido enviado para recogernos y escoltarnos hasta el

consulado

Supe entonces que, solo dos años atrás, el país había vivido una terrorífica guerra civil que había finalizado con la unificación de Yemen y que en aquel momento la situación política era terriblemente delicada. Por todas partes vimos hombres armados, miradas temerosas, suciedad y miseria. La violencia estaba allí, muy presente, como una amenaza invisible aguardando en la sombra.

No pude evitar pensar en James y en su trabajo, intentando llevar la paz a aquel lugar tan diferente de su propio hogar. En sus noches de dudas sobre si aquel inhóspito punto en el planeta era un lugar seguro para su familia.

Respiré aliviada cuando el coche se detuvo por fin ante el edificio que hacía las veces de consulado. Había sido bombardeado durante la guerra y la reconstrucción se había llevado a cabo solo a medias. Me escandalicé de que el cuerpo diplomático pudiera trabajar en semejante lugar y rogué por que Rebecca estuviera protegida en un sitio más seguro.

Nada más llegar, el secretario del consulado se apresuró a recibirnos. Su rostro era todo consternación y dolor. Lo recuerdo murmurando algunas palabras rápidas de condolencias y unas breves explicaciones sobre el accidente. Nos aseguró que él mismo se encargaría de todos los trámites para repatriar los cuerpos a España. ¿Querría que Salma también fuera a Madrid? Ni James ni Salma habían dejado por escrito sus últimas voluntades ni testamento. Escuchaba la conversación entre Lord Blackwood y el abogado, absorto ahora en solucionar aquellos asuntos tan dolorosos y tan prosaicos y, sin embargo, una distracción tan necesaria del duelo. Pero yo solo podía pensar en la niña. ¿Estaría allí, en alguna sala cercana?

—Señor del Toro. Nos preocupa especialmente mi nieta. ¿Dónde está la niña? ¿Se encuentra bien? —escuché por fin preguntar a Lord Blackwood. Y yo sentí mi corazón encogerse.

—Por supuesto —le respondió el secretario, marcando un número rápidamente en el teléfono—. Les ruego que disculpen mi torpeza. Estaba tan absorto con los trámites que... bueno, este es un consulado complicado, las cosas están más difíciles que nunca. La muerte de James ha sido un gran golpe para todos.

No había aún terminado de hablar cuando la puerta del despacho se abrió por fin. Fue entonces cuando vi a Rebecca por primera vez.

Iba de la mano de la joven y bueno, qué le puedo decir. Era la niña más bonita que yo había visto jamás. Tenía aquellos preciosos ojos grises, tan grandes que parecía que se le iban a salir de la carita. Parece que la estoy viendo. Con el cabello oscuro recogido con un lazo verde y un vestido de tirantes con topitos. Se aferraba a un osito de peluche blanco y a la mano de la muchacha, pero nos miraba abiertamente y con curiosidad.

—¡Mira Rebecca! —la animó la joven, acercándola a Lord Blackwood y soltándole la mano con delicadeza—. ¡Ya han venido a por ti! ¡Te vas a tu nueva casa! ¡A Madrid!

Lord Blackwood se aproximó a la niña, agachándose para colocarse a su altura.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó, con más miedo que curiosidad.

La niña asintió, abrazando a su osito con más fuerza, antes de responder:

—Eres mi abuelo.

Vi a Lord Blackwood tragar saliva. Casi se podía escuchar nuestra respiración.

—¿Y sabes qué les ha pasado a tus padres?

Rebecca frunció el ceño asintiendo y supe que estaba a punto de echarse a llorar.

—¡No! —la detuvo Lord Blackwood en seco— ¡No debes llorar! Tú eres la nieta de un soldado. Y las niñas de los soldados nunca lloran.

Yo miré al viejo, escandalizada ante semejante falta de tacto. Pero Rebecca se le había quedado mirando, pensativa. La vi haciendo un esfuerzo enorme por contener sus lágrimas. Y lo logró.

—Eso está bien —aprobó Lord Blackwood observándola atentamente—. Eres una niña muy valiente. Y muy lista.

Por toda respuesta, Rebecca, soltó al osito y se abrazó a su abuelo, en un gesto que pilló al viejo completamente desprevenido. Y a todos nosotros.

Más adelante aquel patrón se repetiría constantemente en la vida de Rebecca. El viejo impondría sus normas y ella siempre las cumpliría, pero, al mismo tiempo, encontraría la forma de conseguir lo que quería a través del corazón de Lord Blackwood.

A mí no tuvo que abrazarme Rebecca, fui yo quien me arrojé a sus brazos. Todavía recuerdo la tibieza de su cuerpecito y ese olor a limpio y a flores que

tienen los niños a esa edad. Estaba tan aliviada de que hablara español y de saber que podría comunicarme con ella que de buena gana me habría echado a llorar si nadie hubiera estado mirando.

Desde aquel mismo momento supe que mi vida tenía un nuevo propósito: cuidar de aquella criatura como si fuera mía. Dios no me había dado hijos, pero ponía en mi camino a aquella niña preciosa para que la guiara hasta convertirse en la mujer que estaba destinada a ser.

Tuvimos que hacer noche en Yemen, a pesar de que era lo último que deseábamos. La sensación de peligro e inseguridad era continua. Recuerdo a los hombres yemeníes, vestidos con aquella indumentaria que a mí me pareció tan extraña, con túnica blanca y americana, mascando *qat* y mirándonos con una mezcla de burla y desprecio.

Cuando nuestro coche se detuvo ante el hotel, Lord Blackwood tomó a Rebecca en brazos, protegiéndola con su cuerpo. Me pareció que había rejuvenecido diez años de repente porque ya no caminaba encorvado y su mirada volvía a ser firme y decidida, como lo había sido tiempo atrás.

Me encargué de bañar a Rebecca y acostarla, entreteniéndola hablándole sobre la casa tan bonita que nos aguardaba en Madrid, pero estaba tan cansada que se quedó dormida enseguida.

Aquella noche, ni Lord Blackwood ni yo dormimos. Estuvimos hablando durante horas de los cambios que habría que hacer y de los planes que tendríamos que trazar.

“Habrá que preparar la casa, por supuesto”, me decía él. “Ahora mismo no es en absoluto adecuada para una niña tan pequeña. Encárguese de eso, Dolores. No escatime en gastos. También habrá que contratar una buena niñera que la cuide, no una cualquiera, por supuesto, una que haya recibido una buena formación y que tenga excelentes credenciales. En breve iré al colegio, habrá que ir buscándole plaza en los mejores. Esos sitios tienen listas de espera interminables, cuando antes empecemos, mejor”.

Yo lo escuchaba, tomando nota mental de todas las tareas que tendría que realizar y aportando mi granito de arena: habría que comprarle ropa, el invierno se aproximaba y en la pequeña maleta de la niña solo había ropa de verano. Había que buscar un buen pediatra. Había que establecer un horario de rutinas con horas fijas para las comidas, paseos y tiempo de juego.

De cuando en cuando, me dirigía al dormitorio para comprobar que se

encontraba bien y me quedaba allí, mirándola dormir, escuchando su respiración tranquila y profunda, contemplando su carita durante el sueño. Parecía un ángel precioso que Dios nos había enviado del Cielo.

Me preguntaba a mí misma cómo era posible querer tan rápido a una criatura de cuya existencia no sabía nada tan solo cuarenta y ocho horas atrás.

Al día siguiente, tomamos el vuelo que nos llevaría de regreso a Madrid poco después del amanecer. Mientras yo jugaba con la niña, escuchaba atentamente la conversación de Lord Blackwood con el abogado. Había estado haciendo averiguaciones la tarde anterior con ayuda del consulado. Al parecer, no habría ningún problema para que el abuelo pudiera solicitar la patria potestad de la niña. Salma había sido repudiada por su propia familia al casarse con James, por lo que era muy improbable que la familia de ella la reclamase.

Aunque aquello me hizo sentir pena por la soledad en que James y Salma habían vivido aquellos años, no pude dejar de sentirme aliviada. ¡Estaba tan ilusionada con la llegada de aquella criatura que ya no podía ni imaginar lo duro que sería que nos la arrebataran!

Cuando por fin llegamos a Madrid, sanos y salvos, casi me eché a llorar de la alegría.

Inmediatamente, comenzamos todos los preparativos para la nueva vida que se abría ante nosotros.

Destinamos para Rebecca la habitación más bonita, luminosa y alegre de la casa, la segunda más grande después de la de Lord Blackwood. Contratamos a una decoradora que la convirtió en una habitación de cuento de hadas con la que habría soñado cualquier niña de su edad.

Se contrataron nuevos criados, se abrieron todas las habitaciones que se habían cerrado en los últimos años, se retiraron las sábanas que cubrían las obras de arte y las antigüedades, se pintaron las paredes y se abillantaron los suelos. Se descorrieron las cortinas y la luz volvió a entrar a raudales en toda la casa.

Le devolvimos el agua a la gran fuente del jardín y un ejército de jardineros se encargó de retirar toda la maleza y de recuperar el diseño romántico original que se había perdido tras años de abandono. Limpiamos el musgo de las estatuas, pero, por mucho que lo intentamos, no pudimos eliminarlo por completo. Unas sombras se quedaron para siempre en los rincones en que la

planta se había asentado.

Son casi imperceptibles para quienes las contemplan por primera vez, pero para quienes las vimos aparecer, ahí permanecen, siempre visibles, como una marca imborrable de los años oscuros de la casa.

Lord Blackwood fue llamando uno a uno a sus viejos amigos y, poco a poco, volvimos a recibir visitas en la casa. Convencido de la importancia de recuperar a sus contactos y amistades por el bien del futuro de Rebecca, el viejo héroe de guerra se dedicó a ello en cuerpo y alma. No le costó demasiado, Madrid entero bullía de curiosidad y sorpresa ante aquel inesperado giro de acontecimientos.

Por mi parte, me lucí sobradamente como la buena gobernanta que era. Coordinaba y supervisaba personalmente todos los cambios y reformas que se llevaban a cabo, además de seleccionar y formar al nuevo personal de la casa. Pero, sobre todo, siempre sacaba tiempo para ocuparme de Rebecca. Aunque una niñera había sido contratada casi inmediatamente, yo siempre estaba presente a la hora de su cena y de meterla en la cama. Y fui yo quien me encargué de llevarla conmigo para comprarle la ropita nueva. ¡Cómo disfruté aquellos días! Recuerdo a las dependientas de las tiendas encantadas con una niña tan bonita y graciosa mientras yo seleccionaba para ella los vestidos más caros, los abrigos del mejor cachemir y los zapatitos más lustrosos. ¡Hasta la ropa de diario era todo un primor!

Sin embargo, era su abuelo el que se la llevaba para comprarle juguetes y cuentos. Se iba con ella a primera hora de la tarde, y volvían para cenar, cargados de muñecas, peluches y libros con preciosas ilustraciones. Rebecca charlando con aquella vocecita y concentración propias de las niñas de su edad, su abuelo escuchándola, como si cada palabra que ella dijera fuera de vital importancia.

La primera niñera fue despedida sin miramientos al cabo de pocas semanas. La encontré una mañana leyendo una revista mientras Rebecca jugaba sola en su habitación, cuando tenía que haber estado vigilando a la niña y hablándole en francés para que no perdiera la lengua con la que hablaba con su madre.

La segunda también. Era tan estricta que insistía en que Rebecca durmiera con la luz apagada, a pesar de las protestas de la criatura. No entendía que a la niña le daba miedo estar sola en una habitación tan grande, en una casa que aún extrañaba. ¡Aún necesitaba tiempo para adaptarse!

Yo sabía, por supuesto, que la estábamos malcriando un poco y que quizás aquella no era la mejor forma de educarla.

Pero, ¿a quién le importaba? La pobrecilla había perdido a sus padres y el viejo a su único hijo. Por fin, tras años de desesperanza, se escuchaban risas y juegos en la casa, cuando ya solo se esperaba de ella que el polvo y la humedad fueran socavándola poco a poco, hasta alcanzar sus mismísimos cimientos.

Casi desde el primer día, Lord Blackwood no escatimó en esfuerzos para involucrar a la niña en su gran pasión: la música. La llevaba con él a conciertos para niños que organizaban los domingos en el Auditorio Nacional y contrató a un profesor de piano para que le diera lecciones en la sala de música de la casa. Para nuestra sorpresa, a pesar de que aún no había cumplido los cinco años, Rebecca tenía un oído excelente y aprendía sorprendentemente rápido. Con solo un par de meses de clases, ya era capaz de tocar algunos acordes y melodías sencillas de canciones infantiles.

Sin embargo, todo cambió después de asistir a un concierto de música de cámara en una sesión especial para los patrocinadores del Teatro Real. Yo pensaba que una niña tan pequeña se iba a aburrir en un concierto así, pero no podía estar más equivocada. Lord Blackwood me contó que, al finalizar, fueron invitados a visitar el escenario y charlar con los músicos y allí fue cuando comenzó la fascinación de Rebecca con el chelo.

Quizás fue porque la violonchelista era una chica joven con larga melena rubia, justo el tipo de mujer que tanto llama la atención a las niñas pequeñas. O quizás porque, de cerca, le sorprendiera el tamaño y la forma del instrumento o la gravedad de su sonido. Quién sabe. El caso es que la joven le cedió el arco a Rebecca, enseñándola a sostenerlo y le permitió que rozara con él sus cuerdas, arrancando su sonido por primera vez.

Lord Blackwood me habló años más tarde de la mirada de ilusión de Rebecca aquella primera vez. Y de su charla incontenible durante el camino de regreso a casa. Pero, sobre todo, por primera vez, en los meses que llevaba viviendo con nosotros, le pidió algo a su abuelo: aprender a tocar el chelo.

¡Y no tuvo que hacerlo dos veces! Rápidamente, con el mismo entusiasmo de su nieta, el viejo adquirió un chelo para niños, que aún así, era enorme para Rebecca. Las clases de piano fueron suspendidas y, en su lugar, una reputada violonchelista ya retirada afincada en Madrid, Madame Joly, comenzó a venir a la casa para enseñar a la niña.

¡Aquello era digno de verse! Si con el piano había avanzado rápidamente, con el chelo iba a pasos agigantados. Incluso a alguien tan estirado y pagado de sí mismo como era aquella mujer, le sorprendía el talento natural de Rebecca con aquel instrumento. A mí encantaba verlas: la niña muy seria y concentrada, tan atenta a las instrucciones de la francesa como solo una criatura de esa edad lo puede estar. La mujer, siempre fría y estricta, pero corrigiéndola suavemente con gestos elegantes y casi imperceptibles.

Aún así, me mortificaba que entre ellas hablaban en francés y yo no podía entenderlas. Casi me daba un poco de envidia la complicidad que se generaba entre las dos, un vínculo creado por su devoción a su arte que yo no podía compartir.

Después de marcharse la profesora, Rebecca practicaba durante horas, sin asomo de cansancio ni aburrimiento. Ponía a sus muñecos y sus peluches alrededor de ella y comenzaba a tocar, como si fuera una gran solista tocando para un distinguido auditorio. ¡Era lo más gracioso del mundo, tendría que haberla visto!

Al atardecer, el viejo Blackwood venía a verla y ella le contaba entusiasmada cualquier avance que hubiera realizado durante el día, tocando para él. Al viejo, como imaginará, se le caía la baba.

Tal como pasó con el piano, en solo un par de meses, Rebecca ya era capaz de interpretar melodías sencillas. En menos de un año, cuando estaba comenzando a aprender a leer en el colegio, ya sabía leer partituras. A los siete años podía improvisar versiones de casi cualquier canción sin necesidad de leer las notas.

Para Lord Blackwood y para mí estaba ya claro cuál sería el futuro de Rebecca. No podíamos concebir algo distinto a que se convirtiera en una chelista consumada. “Aún es muy pequeña” nos decía, no obstante, Madame Joly, cuando le revelábamos nuestros sueños para la niña. “Pueden pasar muchas cosas, la vida guarda sorpresas para todos”.

Pero qué sabría ella. Al fin y al cabo, se marchaba cada día al finalizar su lección. No podía ver las horas de dedicación de la niña ni la fiebre que se apoderaba de ella al tocar en soledad, ese momento en que solo parecían existir ella y su música, por mucho que el mundo tuviera que ofrecerle.

Solamente otra pasión podía competir con la música en el corazón de Rebecca: el mar. Aquel maldito mar que ha acabado llevándosela.

Cuando Rebecca cumplió seis años, Lord Blackwood decidió que sería bueno para ella pasar los veranos en la costa. Así que decidió recuperar una mansión que poseía en Ibiza y que, durante años había tenido alquilada a un famoso rockero americano.

La casa de Ibiza es una magnífica construcción enclavada en la ladera de Cala Salada con vistas al mar. Se encuentra perfectamente resguardada de los vientos y del frío por su orientación y fue diseñada de forma que todas sus habitaciones dan a la costa.

Desde allí, las vistas son impresionantes. La casa contaba, además, con un pequeño embarcadero donde reposaba el Eleanor II, el velero de la familia Blackwood que, junto con la casa, había sido cedido al rockero para que pudiera usarlo, más que nada, porque así se encargaba de su mantenimiento.

Desde el primer momento, Rebecca adoró la isla, la casa y el mar. Disfrutaba a bordo del velero, con su abuelo al mando del timón, con el viento revoloteando su pelo y el sol y el viento acariciándole la piel. Era una delicia verla, tan libre y despreocupada, riendo y corriendo por la cubierta.

Ni siquiera los primeros días, cuando apenas sabía nadar, tuvo miedo de lanzarse al mar. Siempre fue increíblemente valiente, no recuerdo haberla visto nunca temiendo a nada ni a nadie.

A veces me preguntaba cómo y cuánto la influyó aquel primer encuentro con Lord Blackwood, cuando él le dejó claro que no quería una niña miedosa ni llorona. ¿Habría sido tan arrojada, tan valiente, de haber sabido que su abuelo la habría querido igual? Yo creo que, muy probablemente, no.

De la misma forma que él la había enseñado a ser fuerte, la había enseñado a amar la música y el mar. Pero, ¿habrían sido esas sus pasiones también de no haber sentido la necesidad de agradar a su abuelo, de encajar en aquella nueva y extraña familia que conformábamos ellos y los sirvientes de la casa? Me he formulado a mí misma estas mismas preguntas tantas veces... ya no sé qué pensar. Dónde comenzaba Rebecca y dónde terminaba Rebecca Blackwood y si realmente alguna vez fueron la misma persona.

Quiero pensar que sí.

Pero, discúlpame, me voy por las ramas. Sí, cada verano desde que Rebecca cumplió seis años hasta que ingresó en la Julliard School de Nueva York, lo pasamos en Ibiza.

Cerrábamos la casa de Madrid a principios de junio, en cuanto los niños

terminaban el colegio, dejando solo a un pequeño grupo de servicio para el mantenimiento, y nos marchábamos Lord Blackwood, Rebecca y yo, así como el jardinero y su hijo, un niño poco mayor que Rebecca, y el cocinero. El personal de limpieza era fácil de contratar en la isla cada verano.

¡Oh, aquellos fueron días tan felices! Los desayunos en la gran terraza con el aire fresco de la mañana y el olor a sal y espuma que traía la brisa. Las cenas al fresco al anochecer. Lord Blackwood enseñando a los niños a orientarse en la noche identificando las estrellas en el cielo, observando los planetas con el telescopio o contemplando las lluvias de estrellas. Sí, ya lo creo que fueron días felices.

Y cada verano, Rebecca era un poco más alta, un poco más espigada, un poco más atrevida. Iba por toda la isla, siempre acompañada de aquel niño tímido y desgarbado, que la seguía allá donde ella quisiera que fueran.

Había aprendido a navegar con su abuelo y con quince o dieciséis años ya era perfectamente capaz de manejar ella sola el velamen del Eleanor II. Sabía leer las cartas de navegación y era capaz de orientarse sin necesidad de usar la electrónica del barco si había buena visibilidad. Aún así, Lord Blackwood nunca la dejaba salir a navegar sola, más por mis ruegos que porque él no confiara en ella. Solo si iba acompañada podía salir. “¡Ya veréis cuando yo tenga mi propio barco! Entonces saldré a navegar sola y nadie podrá detenerme” solía decir, enfurruñada.

Y así fueron pasando los años. Aunque Madame Joly nunca dejó de darle clases, pronto comenzó a asistir en el conservatorio y a recibir lecciones de otros reputados chelistas. Con solo catorce años, el talento de Rebecca estaba muy por encima del de casi cualquier otro músico de su edad y muy pocos la superaban. Fue entonces cuando comenzó a dar sus primeros conciertos como solista, con un gran éxito de crítica y público. A los quince años grabó su primer disco.

Por supuesto, los contactos e influencias de Lord Blackwood tuvieron su peso en aquellos primeros éxitos, pero también es cierto que, desde el principio, el público la adoró. “Una niña prodigio del violonchelo”, “La gran esperanza de la música de cuerda” decían de ella. La comparaban con las grandes como Jacqueline du Pré o Natalia Gutman. Adoraban su espontaneidad, su belleza, su fuerza en el escenario.

Como regalo al cumplir los dieciséis años, su abuelo le regaló el Bartok Azul. Costó una pequeña fortuna, por supuesto, pero para Lord Blackwood

nada era demasiado caro para su nieta. Y, además, la riqueza de la familia bien podía permitírselo.

Desde entonces, la calidad de su música se disparó. Como ella misma decía, aquel instrumento sacaba lo mejor de sí misma, la hacía entregarse al máximo, plegarse ante él y él, a cambio, le regalaba unas notas de una belleza sublime.

Cuando a los dieciocho años se marchó a Nueva York para entrar en la Julliard School, pensé que no podría soportarlo. ¿Es que no podía continuar formándose en Madrid, con pequeñas estancias en Austria, Praga o donde hiciera falta, como había hecho hasta ahora?

Tampoco Rebecca quería marcharse. Después de lo que ocurrió aquel último verano, su corazón estaba destrozado. Pero no podía renunciar a su sueño, había hecho una promesa. En Julliard habían estudiado los mejores músicos de los últimos años, le darían clase los mejores maestros del mundo y, sobre todo, haber sido seleccionada entre los cientos de miles de aspirantes que lo intentan cada año, era ya un gran paso en su carrera.

Así que se marchó y la casa, por primera vez en aquellos catorce años desde que Rebecca había llegado a nuestras vidas, se quedó vacía.

Lord Blackwood y yo íbamos a visitarla cada tres meses. En realidad, si por nosotros hubiese sido, nos habríamos instalado allí, pero Lord Blackwood insistió en que era importante que estuviera sola. Jamás entendí por qué lo decía.

Rebecca era tan resuelta, tan decidida y tenía tanta seguridad en sí misma a pesar de su edad, que nunca pensé que fuera necesario para ella ese pequeño rito de paso tan importante para otros jóvenes. Pero así eran las cosas en aquel mundo al que ella había decidido pertenecer.

Casi desde el primer día que comenzó en Julliard, su carrera despegó. A pesar de que solo era una estudiante de primer curso, sus primeras audiciones levantaron un gran revuelo. Enseguida llegaron los contratos de publicidad con marcas de moda.

Solamente con lo que le pagó Chanel por prestar su imagen, pagó ella sola todos los gastos de la carrera y su estancia en Nueva York aquellos tres años.

Su técnica era tan brillante como solo puede ser la de un músico que ha comenzado a tocar con cinco años y que ha recibido lecciones de los mejores maestros del mundo. En el segundo año comenzó de nuevo a aceptar

conciertos como solista, aunque por sus obligaciones en Julliard tuvo que rechazar la mayoría. Cuando por fin finalizó sus estudios tenía su agenda de actuaciones completa para los próximos tres años. París, Venecia, Londres, Milán, Hong Kong... era el sueño de cualquier músico hecho realidad y aún no había cumplido los 25 años.

Pero, sin embargo, Rebecca nunca volvió a ser la misma desde aquel verano antes de entrar en Julliard.

Una sombra oscura, una tristeza hostil se había enredado en su ceño y ya nunca desapareció. Nadie se daba cuenta de ello, por supuesto. Para el resto del mundo continuaba siendo abierta, decidida y brillante.

Pero, como aquella veladura en las estatuas del jardín que solo podíamos ver los que conocíamos su historia, el cambio en Rebecca lo percibíamos solo nosotros.

“Pasará”, decía su abuelo, cuando compartía con él mi preocupación. “El tiempo lo cura todo”. Pero tanto él como yo sabíamos demasiado bien, por nuestra propia experiencia, que no era cierto.

Rebecca vivía entonces a caballo entre Londres y Nueva York, pero, en realidad, siempre estaba viajando por sus conciertos. Llegó un momento en que apenas la veíamos. Yo la llamaba casi a diario y seguía todos sus pasos en Internet. ¡Hasta me abrí una cuenta en Instagram para no perderme nada, imagínate! ¡Pero la echaba tanto de menos!

Cada verano, Lord Blackwood y yo nos trasladábamos a Ibiza, siempre con la esperanza de que Rebecca viniera a pasar unos días con nosotros, por pocos que fueran. Pero verano tras verano cerrábamos la casa en septiembre con el peso de su ausencia. “No podemos forzarla. Tiene que ser ella quien lo supere, Dolores” decía su abuelo. Pero el saber que, año tras año, su corazón seguía sufriendo destrozaba el mío.

Por eso, cuando por fin un mes de mayo Rebecca nos dijo que tenía unos días libres y que le gustaría ir con nosotros a navegar, fue una fiesta para nosotros.

Estábamos en Madrid, pero rápidamente nos trasladamos a Ibiza para preparar la casa y el barco y que estuviera todo listo para su llegada. “Voy con alguien especial que quiero que conozcáis” me dijo. Y yo casi me puse a dar saltos de la alegría. ¿Sería posible? ¿Sería posible que nuestra niña hubiera encontrado a alguien que la hiciera recuperar la alegría de nuevo?

Yo ya sabía, porque lo había leído en Internet, que había estado saliendo con varios hombres. Bueno, eso era lo normal en alguien de su edad hoy en día, al fin y al cabo, pero nunca nos habló de ninguno de ellos, lo que nos dejaba claro que no eran importantes. Pero esta vez, esta vez sí que tenía que serlo. “Alguien especial”.

Como siempre que la veía, el corazón me dio un vuelco al contemplar aquella preciosa mujer en que Rebecca se había convertido. Alta, delgada, elegante... aunque para mí siempre sería aquella niña que se quedaba dormida mientras yo le leía cuentos por la noche. La abracé con fuerza, bueno, con la fuerza que pude, porque yo ya no era ninguna jovencita y mi corazón había comenzado a darme algún problemilla.

Y justo al separarme de ella, lo vi.

Y, desde aquel primer momento, no me gustó.

Podía vislumbrar lo que Rebecca había visto en él, por supuesto. Era alto y apuesto, con sus ojos verdes y el cabello oscuro. Un hombre guapo, a la antigua usanza. Pero había algo en él, en sus labios, en su forma de mirar a Rebecca... algo que solo puedo describir como desprecio y cobardía. Era, y lo supe desde aquel primer instante, el tipo de persona que para brillar necesita apagar a los demás, costara lo que costase. Y, a su lado, Rebecca resplandecía. Llámeme agorera, pero al verlo, sentí un escalofrío de miedo por primera vez en mi vida.

Nada más mirar al viejo Lord Blackwood supe que compartía mis pensamientos. Pero, ¿qué podíamos hacer? Ella lo había elegido.

Por qué Rebecca, con sus millones de fans y admiradores, lo eligió precisamente a él para compartir su vida, un actor de segunda categoría, será siempre un misterio para mí. Solo sé que, a partir de aquel primer encuentro, cada vez que volvíamos a verla, ella estaba un poco más delgada, un poco más ausente, un poco más apagada.

Yo sabía que algo iba mal. ¡Que tenía que hacer lo que fuera para ayudar a mi niña! “Hija, ¿qué te pasa?” le preguntaba, con el corazón en un puño. “Todo tiene solución en esta vida, tu abuelo y yo estamos aquí y siempre lo estaremos”. Pero ella se reía, esquivaba mi mirada y seguía adelante.

Pocas cosas hay tan terribles en la vida como ver apagarse a la persona que más amas.

Desde el día del casamiento, Rebecca pasó de ser una mujer fuerte,

decidida y libre a una muchacha cada vez más retraída que incluso llegaba dudaba de sí misma. Cómo un ser tan mediocre podía lograr ese efecto en mi niña, era algo que escapaba por completo de mi entendimiento. No te voy a engañar, mi dolor y mi frustración pronto comenzaron a hacer mella en mi salud.

Así que cuando Rebecca nos contó que iba a separarse, bueno. Yo no sé qué me entró, una alegría que casi me mata. Lord Blackwood llamó a sus abogados y rápidamente comenzaron a trabajar para que el divorcio fuera lo más rápido posible y que aquel, aquel... desgraciado, porque no se le puede llamar de otra manera, no se llevara ni un céntimo de la fortuna que Rebecca había logrado amasar con su talento y su esfuerzo.

Y, justo cuando habíamos recuperado la esperanza, la desgracia cayó sobre nosotros aquella fatídica mañana: Rebecca había desaparecido durante la noche mientras navegaba en su velero, en compañía de ese canalla.

Y entonces sí que ya no pude resistirlo porque rápidamente mi instinto supo lo que había ocurrido. ¿Desaparición? ¿Cómo iba Rebecca a desaparecer del barco? ¿Cómo iba a caerse por accidente? ¡Estaba acostumbrada a correr por cubierta desde que tenía seis años! Y aunque se hubiera caído, era una nadadora experta y estaban cerca de la costa. ¡Podría haberla alcanzado a nado fácilmente! ¡Un poco de lluvia y de tormenta no habrían sido nada para ella!

No, no, claro que no desapareció. ¡Fue él! ¡Él la mató! Disculpa, perdona mis lágrimas. Dame unos segundos, solo unos segundos. Es que me pueden la rabia y la impotencia.

¡Ayúdame! ¡Ayúdame a que ese desgraciado pague por lo que le hizo a Rebecca! ¡Que pague por haber matado a nuestra niña!

Capítulo 11

Como la lápida de una sepultura, el silencio cayó sobre ambos hombres, haciendo que el eco de las palabras de Dolores Cardán retumbara en la distancia que los separaba.

Tristán miraba fijamente a Lovelace, aferrado a su copa casi intacta. Solo entonces se dio cuenta de que, durante todo el relato de Dolores Cardán, no había bebido un solo trago, en realidad, casi ni había pestañeado.

—¿Y bien? —acabó diciendo—. Ya se lo he dicho. El entorno de Rebecca me odia. Están todos convencidos de que yo la maté. Eso no es nada nuevo.

Y, sin embargo, él sabía que algo había cambiado, aunque no era capaz de definir qué. De repente, había algo pesado en el aire, algo que hacía que aquella noche le resultara aún más oscura y desconcertante.

Al contrario que el viejo Blackwood, Dolores Cardán jamás había tenido un mal gesto con él, nunca le había castigado con una mirada de desprecio ni con un silencio incómodo. Era cierto que no había caído bajo el hechizo de su encanto, como sí que le ocurría a la mayoría de las mujeres de su edad, que veían en él a un galán de cine al estilo de los de su época. Pero nada en todo aquel tiempo le había hecho sospechar que lo rechazara tan tajantemente desde aquel primer encuentro en Ibiza.

Y era eso, quizás, lo que realmente le dolía: cómo aquella criada que había pasado toda su vida cuidando a gente que ni siquiera era su propia familia, había sido capaz de engañarle con tanta facilidad.

—¿Qué le hizo a Rebecca para que se “apagase”, señor Tristán? —le desafió Lovelace, ignorando su comentario, recalcando la palabra “apagarse” que había utilizado Dolores en su testimonio.

Tristán sintió que la calma comenzaba a abandonarle lentamente.

—¡Esa vieja mente! Nunca vi a Rebecca triste, ni insegura ni, mucho menos, dudando de sí misma. Ella no era así.

—Y, sin embargo, a los pocos meses de su matrimonio, canceló numerosos conciertos, su agenda se redujo drásticamente.

Tristán se encogió de hombros.

—Decía que estaba cansada, que llevaba trabajando sin descanso desde los quince años. Que quería parar un tiempo, eso es todo.

—¿Y por qué iba a parar justo entonces, en la cima de su carrera? ¿Cómo es que anuló conciertos en los principales teatros del mundo?

—Usted no entiende nada. Nada de eso significaba nada para ella. Rebecca siempre hizo lo que le dio la gana. Y, además, se confunde al darle importancia al testimonio de esa mujer. Al fin y al cabo, si nuestro matrimonio fue mal, fue todo culpa del viejo. Fue él quien lo estropeó todo. Desde aquella vez que Rebecca insistió en que saliéramos a navegar, aunque no me encontraba bien... sí, fue justo ese día cuando todo cambió. Fue como cuando un espejo se rompe en mil pedazos. Puedes comprar otro espejo, incluso uno mejor, pero sabes que el que se hizo añicos está destruido para siempre. Pero es igual, usted no lo entendería y, además, está claro que no le interesa — finalizó, apartando su mirada hacia el fuego, como negándose a jugar una partida que sabía perdida de antemano.

Sin embargo, Lovelace le miraba ahora con una expresión que parecía sincera curiosidad, como si hubiera dicho algo que hubiera suscitado su interés.

—Es curioso. Hasta ahora, todas las personas con quienes me he entrevistado describen a un Lord Blackwood intachable. Un caballero inglés de los de antes, un héroe de guerra, todo un ejemplo a seguir.

—Ya, claro.

Lovelace dejó su libreta negra a un lado. Se había quitado la chaqueta y remangado la camisa, dejando ver unos antebrazos fuertes y bronceados.

—¿Va a contarme qué ocurrió aquel día que lo cambió todo entre usted y su esposa, señor Tristán? ¿Qué fue eso tan terrible que hizo que su relación se rompiera como un espejo golpeado por un puño de hierro?

Álvaro tardó unos segundos en reaccionar, los que necesitó para interpretar las emociones que se agolpaban en alguna parte de su interior. Para su sorpresa, se encontró a sí mismo deseando desvelar aquella historia que jamás había compartido con nadie. La historia que descubría quién era realmente Rebecca Blackwood.

Capítulo 12

Fue el segundo verano que pasamos en Ibiza. Habían transcurrido unos meses desde nuestra boda y todo iba bien, a pesar de que apenas nos veíamos por nuestros compromisos profesionales. Yo estaba entonces rodando mi segunda película y ella estaba inmersa en una nueva gira.

Cuando por fin pudimos hacer coincidir unos días libres para estar juntos, quiso que fuéramos a Ibiza. Yo habría preferido escaparnos a algún sitio recóndito donde nadie pudiera encontrarnos, pero accedí.

Rebecca me había estado dando algunas lecciones básicas sobre navegación y, aunque yo lo encontraba todo mortíferamente aburrido, fingí que tenía algo de interés.

Era un día de principios de julio verdaderamente espléndido. Habíamos salido temprano y habíamos estado recorriendo diferentes calas antes de fondear en San Vincent para bañarnos y comer algo. El chef de los Blackwood nos había preparado un picnic con sándwiches, ensaladas y pasteles de frutas y en la nevera aguardaban un par de botellas de Krug que el viejo había querido traer para la ocasión, aunque yo tenía el estómago tan revuelto que malditas las ganas que tenía de probar bocado. Con nosotros venía también Laura Scott, la asistente de Rebecca que, como yo, se limitaba a tomar el sol contemplando como los Blackwood maniobraban con el velamen mientras el Eleanor II avanzaba limpiamente cortando las olas con su proa.

Cuando dicen que Rebecca era una nadadora experta es cierto. Se movía en el agua con la misma seguridad que una bailarina en un escenario; tenía fuerza, resistencia y era capaz de dejarse llevar por las olas, sumergirse bajo ellas durante uno o dos minutos y emerger de repente con la facilidad con que lo haría una sirena de cuento.

También el viejo, a pesar de sus años, se defendía bien en el agua. Y eso que era un viejo lobo de mar. De niño, un viejo pescador me contó una vez que los marineros no quieren aprender a nadar, porque temen a la muerte mientras intentan dar brazadas en caso de naufragio, condenados a morir lentamente, exhaustos, en vez de hundirse y morir de la manera más rápida. Una filosofía

que siempre me llamó la atención, por eso que el viejo se defendiese tan bien en el agua me pareció como si viese al hombre, pero no al ilustre y laureado marino que se suponía que era.

Yo, sin embargo, odiaba todo aquello. De pequeño estuve a punto de ahogarme en el mar durante un despiste de mis padres. Me desorienté bajo el agua y no sabía dónde estaba la tierra y dónde la superficie. Bajo el agua, di una infinidad de torpes brazadas intentando salir a flote, aunque solo fuera por puro azar. En algún momento tragué agua salada y, al intentar expulsarla, me entró por la nariz. Me hundía y me hundía mientras luchaba desesperadamente por poder llevar una bocanada de aire a los pulmones.

En algún momento estuve a punto de sucumbir al impulso de respirar, aunque sabía que hacerlo sería mi final. Y justo entonces, cuando pensaba que no podría resistir ni un solo instante más, sentí cómo un brazo fuerte me asía por el cuello y, por fin, me sacaba a la superficie.

Le debo la vida a aquel socorrista que logró nadar conmigo remolcándome hasta la orilla, donde tosí, escupí y vomité hasta que me abandonaron las pocas fuerzas que aún me quedaban. Finalmente, perdí el conocimiento.

Desde entonces, veo el mar como lo que verdaderamente es: una amenaza inmensa que puede arrebatarnos la vida en cuestión de tres minutos escasos, de una forma tan agónica y despiadada que solo pensarlo me produce escalofríos.

Así que no podía dejar de contemplar a los Blackwood con una mezcla de envidia y desconcierto, mientras se bañaban y reían despreocupadamente. Incluso Laura, a quien tampoco le gustaba bañarse en el mar, se había unido a ellos aquel día, dejando aún más en evidencia, si cabía, mi desagrado por todo aquello.

—¡Vamos, salta! —me gritaba Rebecca, desde el agua—¡Te arrepentirás si no lo haces, el agua está estupenda!

Y verdaderamente, así lo parecía. Habíamos fondeado y el viento hizo que quedásemos proa a la costa, evitando la posidonia, tan abundante en toda la isla. Justo donde se encontraba el velero, el mar se veía de un perfecto azul turquesa, tan nítido y transparente que no era difícil divisar el fondo de rocas e incluso vislumbrar algunos bancos de peces que parecían evitar a posta a los bañistas.

Sin embargo, me limité a tumbarme en la cubierta, deseando que aquella

excursión terminara cuanto antes, prometiéndome a mí mismo no ceder tan fácilmente la próxima vez que Rebecca quisiera salir a navegar.

Cuando por fin subieron a bordo, sentí la mirada interrogante de Rebecca sobre mí.

—¿Qué ocurre, te encuentras mal? —me preguntó, con aire preocupado.

Entonces cometí el primer error del día. Le dije la verdad.

—Estoy mareado, eso es todo.

La carcajada de Lord Blackwood a mi espalda, fue más que suficiente para saber que me arrepentiría de aquel comentario el resto de mis días.

—¡Venga ya! —le escuché burlarse, tras de mí, aunque no le di la satisfacción de volverme hacia él—. ¿Dónde se ha visto que un hombre hecho y derecho, como tú, se maree en un velero?, sería la primera vez que veo a alguien mareado a bordo de un barco parado, sin mar de fondo y sin vaivenes —bramó riéndose.

Miré a Rebecca, esperando que me defendiera ante semejante insulto, pero para mi sorpresa, ella me observaba con la misma expresión de burla que su abuelo.

—¿En serio te mareas aquí? ¡Pero si no se mueve nada!

No voy a negarlo, sentí cómo me hervía la sangre. Yo había accedido a aquellas malditas vacaciones en Ibiza por ella y me lo pagaba haciendo piña con el viejo, los dos contra mí. De todas formas, no necesité pronunciar una palabra, la sombra de duda que vi posándose en la mirada de Rebecca fue más que suficiente para que me apartara de ella.

—No te preocupes, ya te acostumbrarás —concluyó con sequedad, finalmente. La observé alejarse en silencio en dirección a los camarotes y a la cocina, seguida de Laura.

La tensión entre Lord Blackwood y yo en los eternos minutos que transcurrieron hasta el regreso de las mujeres fue estremecedora. Los dos evitamos mirarnos directamente y, cuando Laura y Rebecca regresaron por fin, cargadas con las bandejas de comida y el champagne, yo me obligué a comer cuanto pude. No iba a darles la satisfacción de que comprobaran lo mareado que estaba, aunque yo podía sentir, muy a mi pesar, que el viejo Blackwood había ganado aquella batalla.

Finalmente, en parte sin duda, por el frío ambiente que se había creado,

decidieron poner fin a aquella maldita excursión y regresar a la casa. El viejo se dispuso en la bañera a los mandos del timón, mientras accionaba desde su puesto el molinete de proa para izar el ancla del fondeo. Rebecca se apresuró a desenrollar las velas.

Y entonces fue cuando ocurrió.

La culpa fue mía, ahora lo sé bien. Debería haberme quedado quieto, tumbado en cubierta, ignorándolos. Despreciando ese mar y esos conocimientos que ellos tanto valoraban, pero que para mí no constituían más que una estúpida pérdida de tiempo.

Pero estaba tan dolido en mi orgullo que tenía que hacer algo, demostrarles como fuera que no era tan inútil como ellos me habían hecho sentir.

Incluso pensé que sería una buena forma de ayudar a relajar la tensión que se había creado.

Así que me aproximé a Rebecca, que se encontraba lista para desenrollar la mayor, mientras su abuelo había encendido el motor para ayudar a la maniobra de sacar las velas.

—¡Yo me encargo! —me ofrecí.

Rebecca me miró, sorprendida ante mi repentino cambio de actitud. Era la tercera o cuarta vez que habíamos salido a navegar y todas esas veces me había explicado cómo hacerlo, a pesar de mi evidente falta de entusiasmo.

—¿Estás seguro? ¿Recuerdas cómo es la maniobra?

La miré con todo el desprecio que pude, por hacerme dudar de mí mismo.

—Está bien —se limitó a responderme, apartándose a un lado y dirigiéndose a proa para desenrollar el foque.

Yo sabía que la primera vela en desplegarse tenía que ser la mayor, solo entonces ella podría desenrollar el foque, así que me apresuré a abrir el stopper de la driza de la mayor, la enrollé en el winche, tal y como me había dicho reiteradas veces Rebecca y comencé a tirar de ella para sacar la vela del palo. Costaba, pero con la manivela comencé a girar el winche sacando a toda velocidad el trapo de la mayor. Cuando la vela se desenrolló en su casi totalidad, el barco comenzó a someterse a una leve escora y a caer hacia su estribor, arribando el Eleanor II hasta que el viejo embragó el motor para corregir la maniobra y volver a aproar el barco. Esa escora me indicó, incluso antes de escuchar los reproches de Rebecca y el viejo a mi espalda, que algo

había hecho mal.

—Pero, ¿qué haces? —me espetó Rebecca— ¡Aún no estábamos aproados al viento!

— ¡Me he resbalado, ha sido un accidente! —me defendí. Y era cierto.

Efectivamente, para que la mayor se abriera limpiamente, el velero debía estar alineado proa al viento, mientras que, por mi estúpido resbalón yo había hecho todo lo contrario, creando una situación de peligro imperdonable. Antes de que me diera cuenta, Rebecca me había apartado sin miramientos y estaba procediendo ella sola a soltar la escota de la mayor para que no portase, mientras el viejo Blackwood mascullaba algo entre dientes. Solo yo pude vislumbrar un destello de triunfo en sus ojillos azules y me pregunté si no habría sido responsable de mi traspíe.

Pero lo que más me dolió, lo que cambió para siempre nuestra relación, fue el mensaje que leí en la mirada de Rebecca: decepción.

Usted no la conocía. Ella había vivido hasta entonces para cumplir las altas expectativas de los demás y lo había hecho con creces. Quizás por eso, esperaba lo mismo de cuantos la rodeaban.

Cada vez que me asomaba a sus ojos, veía lo que ella intuía en mí: alguien fuerte, inteligente, con talento. Alguien a su altura, alguien a quien admirar. Era una sensación embriagadora y casi adictiva.

Por eso, cuando aquel mediodía, con el sol quemándonos la piel y el viento soplando con más fuerza mientras el molesto sonido del motor del barco se mezclaba con los reproches que aún sonaban en mi mente, busqué instintivamente los ojos de Rebecca.

Y en ellos no encontré admiración, ni camaradería, ni siquiera calor. Solo desencanto.

Aquella noche, Rebecca no bajó a cenar. Lo último que me apetecía era estar a solas en el gran comedor con Lord Blackwood y Laura, pero me obligué a hacerlo para no darles la satisfacción de retirarme al saber que estaríamos solos.

Cuando Laura se ausentó para ver si Rebecca necesitaba algo, aguanté estoicamente el silencio del viejo, hasta que fue él mismo quien lo rompió, con unas palabras que no olvidaré jamás, por más años que viva:

—No sé qué ha visto mi nieta en un mamarracho como tú —comenzó, ante

mi incredulidad, con una voz queda que me heló la sangre—. Pero yo te conozco. He visto a muchos de tu calaña a lo largo de mi vida. Sois los cobardes que siempre sobrevivís en una guerra gracias a los valientes que mueren en el campo de batalla. Los mediocres que os apropiáis del mérito de los que se han dejado la piel con su trabajo. Sabe Dios que, muy a mi pesar, no me opuse a vuestra boda. Ya perdí a mi hijo por eso y jamás me perdonaría perder también a mi nieta. Pero si alguna vez...

Abrí la boca para intentar defenderme, ¿quién se atrevía que era para hablarme en aquel tono?

—¡No me interrumpas! —bramó, dando un puñetazo en la mesa, ignorando mi indignación y logrando que las palabras se ahogaran en mi garganta—. Si alguna vez —continuó—, le haces el más mínimo daño a Rebecca, no habrá lugar en el mundo, por recóndito que sea, donde puedas esconderte de mí.

Aguanté en silencio su mirada, una mezcla de odio y desprecio mientras sentía cómo el eco de su amenaza se incrustaba dentro de mí, en algún lugar muy profundo.

Podría haberme defendido, haberle insultado o, incluso haberle dado un puñetazo en su cara arrugada y romper para siempre mi relación con los Blackwood y con aquella maldita casa.

Pero comprendí que aquella no era la mejor manera de que el viejo pagara por sus palabras. De hecho, eso exactamente era lo que él habría preferido que hiciera. Pero yo no era ninguno de los pobres soldados que habían estado a su mando durante la guerra (aunque luego supe que había estado todo el tiempo en Inteligencia Naval y prácticamente nunca había abandonado su despacho). No tenía por qué seguir sus órdenes ni dejarme amedrentar por sus orígenes de familia rica y poderosa.

No, de hecho, justo en aquel momento comprendí qué era lo que tenía que hacer. Como si un director me hubiera estado susurrando al oído las claves para interpretar a un personaje en una escena crucial, entendí cuál era la clave para poder sacarle de quicio una y otra vez durante los dos años siguientes y resarcirme así de la humillación que acababa de soportar. Y aquella clave no era otra que ignorarle.

Haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad, usé mis dotes de interpretación para recuperar el control de mí mismo y mostrarle mi rostro más indulgente. Tomé los cubiertos y continué comiendo, fijándome por

primera vez en toda la noche en la cena tan deliciosa que el chef de la familia había preparado para aquella noche y en lo hambriento que estaba.

Cuando Laura Scott regresó a los pocos segundos, me encontró levantando mi copa hacia el viejo en un gesto de brindis y, excepto por la expresión de máxima ira de su cara, nada podría haberle hecho intuir la escena que acababa de tener lugar entre nosotros.

Cuando subí a la habitación de Rebecca (en la casa de Ibiza dormíamos en habitaciones separadas, aunque ya estábamos casados), la encontré, por primera vez, leyendo “Nosotros en la lluvia”, la novela en que se basaba la película gracias a la que nos habíamos conocido. ¿No la ha leído? Comparte usted apellido con el autor, Edward J. Lovelace. Realmente es muy buena, muchos la consideran una de las mejores novelas de los últimos años.

Encontrarla leyendo me resultó curioso, porque Rebecca nunca leía nada. Pero a partir de esa noche la sorprendí muchas veces enfrascada en aquel viejo ejemplar, una primera edición publicada diez años atrás. Aún hoy me pregunto de dónde la sacó.

Estaba tan abstraída en la lectura que no se había dado cuenta de mi presencia en la habitación. Me permití unos minutos para observarla en silencio. De repente, Rebecca parecía otra persona. Ya no parecía engreída, ni arrogante, ni valiente. Era, simplemente, una chica joven, despreocupada... feliz, incluso. Parecía una niña concentrada en su juego favorito, como si nada en el mundo pudiera afectarla o importarle, más allá de las páginas de aquel libro.

Y, entonces, todas las piezas del puzle encajaron en su sitio. Por qué Rebecca se había dirigido a mí aquella primera noche en la presentación de la película, por qué había querido volver a verla conmigo una y otra vez y me había preguntado sobre la historia y mi personaje tantas veces que llegaba a aburrirme con su insistencia.

Rebecca no estaba enamorada de mí.

Estaba enamorada de mi personaje en “Nosotros en la lluvia”.

Al principio me dije que algo tan infantil no era propio de una mujer como Rebecca, pero cuanto más lo pensaba más sentido tenía. Después vino una punzada de decepción, al fin y al cabo, no me amaba a mí, sino a un personaje que no existía. Pero, finalmente, comprendí el poder que aquello me otorgaba: si quería que Rebecca me amase, que hiciera todo lo que yo le pidiera, que se

plegara ante mí y mis deseos, no tenía más que dejar de ser Álvaro Tristán y convertirme en Cornelius Stone, el protagonista que había interpretado en la pantalla tan convincentemente que había hecho despegar mi carrera a los treinta y cuatro años.

Cerré la puerta de la habitación y me acerqué a ella. Al escucharme, Rebecca levantó la vista hacia mí, dejando el libro a un lado. Súbitamente, el hechizo se había desvanecido: Rebecca volvía a ser ella y no una niña feliz y libre.

Pero yo tenía algo que hacer: descubrir si Rebecca prefería a Cornelius en vez de a mí. Y, efectivamente, estaba en lo cierto.

Aquella noche, señor Lovelace, comprendí quiénes eran realmente Rebecca y Lord Blackwood, pero también comprendí que yo no tenía que seguir plegándome ante ellos si no quería hacerlo. Solo tenía que ejercer mi nuevo poder. Y, a partir de aquella noche, las cosas cambiaron mucho para todos.

Capítulo 13

Solo al guardar silencio, Álvaro fue consciente de la mirada burlona del consultor sobre él. ¿La había mantenido todo el tiempo mientras le hablaba? ¿Cómo no se había dado cuenta?

—¡Cuánta pena me da, señor Tristán! —ironizó Lovelace—. Imagino lo duro que debió ser para usted pasar unos días de vacaciones en una mansión en Ibiza, recibir lecciones de navegación y degustar platos preparados por un chef privado. Comprendo que su matrimonio comenzara a tambalearse justo entonces...

Con un suspiro, Tristán lamentó haberle contado aquello al consultor.

—No sé por qué me he molestado en contarle todo esto. Sigue sin entender nada...

—Créame, lo entiendo perfectamente. Su relato, señor Tristán, me ha resultado de gran utilidad, aunque probablemente no por los motivos que usted piensa.

—Ilumíneme.

—Es muy sencillo —continuó, ignorando su indiferencia—. Todo lo que me ha contado hasta ahora apoya mi teoría de que Rebecca, en realidad, está viva.

Tristán exhaló en un gesto mezcla de incredulidad e indignación.

—¿Otra vez con esa estupidez? No puede estar hablando en serio...

Lovelace se levantó y dio unos ante el fuego. Tristán pensó que debía tener unos años menos que él, aunque su semblante era tan grave que parecía mayor. El cabello rubio ceniza bien cortado, los ojos azules, la mandíbula fuerte. Parecía fuera de lugar allí, pero no sabría explicar exactamente por qué.

—Piénselo. Usted mismo ha insistido en ello: Rebecca era una excelente nadadora. Y no era feliz con usted. Y la esperaba una larga gira, a pesar de que estaba cansada e insistía en tomarse un tiempo sabático. ¿Qué mejor forma de escapar de todo eso que, simplemente, desaparecer?

—Ella no era así, no habría hecho eso —afirmó Tristán.

—¿En serio? Creía que había dicho que era caprichosa y egoísta.

Tristán lanzó una mirada criminal a Lovelace. Estaba claro que aquel tipo tenía el don de utilizar cualquier cosa que dijera contra él.

—¿Y qué me dice del cuerpo? —le replicó.

Lovelace se acercó a la terraza y se quedó contemplando las gotas de lluvia golpeando con fuerza los cristales mientras el fuego de la chimenea proyectaba sombras fantasmagóricas en su rostro.

—Son las diez de la noche, señor Tristán. El cuerpo apareció esta pasada madrugada. ¿No cree que si se trataba realmente del cadáver de su esposa ya le habrían informado?

Tristán se levantó de golpe. Se le había olvidado por completo. Se aproximó a la bandeja de bebidas, donde había dejado su móvil, casi dio un grito de frustración al encontrarlo apagado.

—¡Mierda! No sé qué le ocurre a este maldito teléfono. Es la segunda vez que se apaga hoy —masculló entre dientes, mientras se afanaba en volver a encenderlo. El móvil parpadeó con su luz azul azulada y, de repente, volvió a apagarse por completo—. No me lo puedo creer —farfulló finalmente, maldiciendo su suerte, mientras se apresuraba a acercarlo al cargador.

—No se preocupe. Dada la relevancia del asunto estoy seguro de que le habrían llamado al fijo si no le hubieran localizado al móvil, ¿no cree?

Aquello era cierto. Carlos no habría cesado en su empeño en comunicarse con él si hubiera tenido los resultados de la autopsia, de eso estaba seguro.

—¿De quién es el cuerpo entonces? Se trata de una mujer joven y nadie ha anunciado ninguna otra desaparición en la zona.

—Puede haber muchas explicaciones para eso. Las corrientes marinas son caprichosas, el cuerpo puede proceder de otro lugar a miles de kilómetros. Pero, le voy a confesar mi teoría favorita: es un cuerpo comprado.

Álvaro estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se contuvo.

—¿Un cuerpo comprado? ¿Está de broma o qué?

La seriedad del rostro de Lovelace no dejaba nunca posibilidad a que así fuera.

—Señor Tristán, por mucho que le sorprenda, hay un mundo sórdido ahí fuera. En determinados lugares y entornos, ciertos cadáveres pueden comprarse. Es posible si uno tiene dinero, contactos y determinadas

experiencias y todo eso lo posee sobradamente Lord Blackwood.

Álvaro se dejó caer en el sofá. La posibilidad era remota, pero no le parecía imposible. Aquel viejo no tenía escrúpulos, estaba dispuesto a todo.

—¿No ha pensado —continuó el consultor— la extraña casualidad que supone que el cadáver haya aparecido justamente hoy, a solo un día de cumplirse el plazo para que pueda declararse el fallecimiento de su esposa? Piénselo. La probabilidad debe ser de una entre millones.

—Pero, ¿por qué iba a hacerlo? No tiene ningún sentido.

Lovelace guardó silencio unos segundos antes de responderle, había vuelto a tomar asiento frente a él y le miraba fijamente.

—¿No ha oído hablar de la operación Mincemeat?

Tristán se encogió de hombros.

—Ciertamente no. ¿Debería?

Por toda respuesta, Lovelace se limitó a continuar.

—En abril de 1943 el ejército británico arrojó un cadáver en las costas de Huelva. Con él llevaba documentación y objetos personales que lo identificaban como el mayor William Martin, de los Royal Marines. También portaba unos importantes documentos con información sobre una invasión aliada en las costas de Cerdeña y el Peloponeso, además de especificar que usarían la isla de Sicilia como cebo para despistar a los alemanes.

Pero todo era mentira. En realidad, el mayor Martin nunca existió. El cadáver era el de un pobre mendigo y tanto los documentos personales como la información de la invasión eran falsos. El plan era hacer llegar aquella información a los espías alemanes y con ello a Hitler. La operación fue todo un éxito. Cuando los aliados llegaron a Sicilia se encontraron la isla totalmente desprotegida. Aquello supuso la caída de Mussolini y la inclinación de la balanza a favor de los aliados. Incluso dos semanas después de la toma de Sicilia, Hitler seguía convencido de que aquello no era más que un cebo y que la zona que realmente debían proteger era Cerdeña y el Peloponeso. Cuando comprendió que había sido engañado ya era demasiado tarde.

Tristán le había escuchado en completo silencio, intentando disimular su interés, pero lo cierto era que la historia, a su pesar, le parecía fascinante.

—¿Y piensa que han podido hacer lo mismo con Rebecca?

Para su sorpresa, Lovelace sonrió, probablemente por primera vez en toda

la noche.

—¿Sabe qué organismo ideó toda la operación? — inquirió. Y añadió, sin aguardar respuesta—: El servicio de Inteligencia Naval. ¿Le suena?

Álvaro se reclinó en el sofá, comprendiendo, por fin. Ahora veía a dónde quería llegar Lovelace. Súbitamente, recuerdos que creía ya olvidados comenzaron a llegar a su mente, retazos de conversaciones, fotografías de hombres vestidos de uniforme, detalles que una orgullosa Rebecca había compartido con él al principio de su relación, cuando el viejo y él aún no eran enemigos declarados.

—El mismo organismo en el que sirvió Lord Blackwood durante la guerra —terminó diciendo.

—Exacto —afirmó Lovelace, apuntándole con el dedo en señal de aprobación—. Blackwood, de hecho, era miembro del “Comité de los veinte”, una sección del MI5 especializada en contraespionaje que, entre otras funciones, se encargaba de elaborar información falsa para engañar al enemigo.

Tristán se encogió de hombros.

—Ahí tiene al héroe de guerra —comentó con desprecio—. Cuatro años en un despacho sin arriesgar su vida ni una sola vez.

—Fue un héroe realmente —le replicó el consultor para su contrariedad—. Es imposible cuantificar el número de vidas que salvaron el MI5 y el Servicio de Inteligencia Naval. Sin ellos, la guerra habría seguido un curso muy diferente, desde luego. Pero volviendo al asunto que nos ocupa, creo que Lord Blackwood ha podido, digamos, “inspirarse” en la operación Mincemeat para crear una falsa recuperación del cadáver de Rebecca.

Álvaro se llevó las manos a la cabeza. Se encontraba cansado y tenía sed. Miró el reloj: aún eran solo las diez y media de la noche. Todo aquello le parecía de repente demasiado retorcido y siniestro, incluso para los Blackwood.

—Pero, ¿por qué iba a hacer eso? ¿Con qué propósito? —preguntó, finalmente.

Lovelace, sin embargo, parecía tener respuestas para todo.

—Muy sencillo: para precipitar los acontecimientos. Está convencido de que usted mató a su nieta, quizás espere una confesión por su parte antes de

que la autopsia desvele más información sobre cómo murió.

Álvaro negó con la cabeza, inclinándose hacia delante.

—¿Por qué iba a confesar? Yo no la maté.

—Pero eso él no lo sabe. —Y añadió—: Usted me ha pedido un motivo para crear una distracción con un cadáver falso, ahí lo tiene.

Lentamente, Tristán se levantó del sofá. Se sentía enjaulado, necesitaba caminar, moverse, aunque solo fuera alrededor del salón. Todo aquello le parecía descabellado, pero también, al mismo tiempo, perfectamente posible y extrañamente real.

—No sé, es demasiado rocambolesco... no sé qué pensar.

—Pero, ¿le parece probable?

Álvaro dudó unos instantes.

—Sí, puede ser, pero...

—Si es probable es todo lo que necesito. Porque si el cadáver encontrado no es el de Rebecca, si todo el que la conoció da por imposible que se suicidara, si usted no la mató, si era tan buena navegante que no pudo cometer ninguna imprudencia que la pusiera en peligro, si era tan buena nadadora que, de haber caído al agua, podría haber alcanzado la costa fácilmente, entonces... —Lovelace hizo una pausa de varios segundos— entonces, solo queda una posibilidad factible.

—No, no puede ser... —murmuró Tristán para sí.

—Y esa posibilidad, señor Tristán, es, simplemente, que Rebecca esté viva.

Álvaro dudó, no sabía qué contestar ni qué pensar de aquello.

—Pero entonces —terminó diciendo—, si Rebecca está viva, ¿dónde está?

Capítulo 14

Esperanza Mayoral cerró de un golpe la tapa de su portátil. Llevaba todo el día en su escritorio en la comisaría, esperando noticias de Lord Blackwood. Y si había algo en esta vida que la inspectora odiara con toda su alma era justamente sentarse a esperar. La paciencia nunca había sido precisamente la mayor de sus virtudes y, más allá de tener la sensación de estar perdiendo el tiempo, empezaba a dudar de haber confiado en Lord Blackwood y su atrevido plan.

Había sido algo desesperado, por supuesto. Después de tres meses de frustración contemplando cómo se atascaba cada una de las líneas de investigación que se iban abriendo, a solo un día de que los abogados de Álvaro Tristán consiguieran la declaración de fallecimiento de Rebecca, a pocas horas de que aquel desgraciado se saliese con la suya, Esperanza se había aferrado a la estrategia de Blackwood como un naufrago que se agarra a un trozo de madera flotante en medio del océano. Pero las horas habían ido pasando lentamente y, por más que miraba el nuevo móvil en busca de noticias, no recibía ninguna novedad.

A su alrededor, la comisaría era un hervidero de idas y venidas de colegas, mientras los teléfonos no dejaban de sonar. La noche de Halloween en Madrid era, desde hacía años, un auténtico reto para todo el cuerpo de policía nacional. Las denuncias por robos, peleas y violaciones se disparaban. Y, además, aquella maldita tormenta del siglo, estaba contribuyendo a que el caos se disparara. Varios accidentes en la M40 habían producido retenciones de tráfico de varios kilómetros y algunas zonas de la periferia se habían quedado sin luz. Los compañeros de la municipal y los servicios de emergencias no daban abasto.

Y, mientras tanto, ella seguía allí sentada, trabajando en los informes que se amontonaban sobre el lado derecho de su escritorio, en equilibrio con varios vasos de café del Starbucks de la esquina. Americano, sin azúcar, tamaño grande. Con su nombre y un emoticono sonriente en un lateral, cortesía del guapo barista al que ella siempre agradecía con una sonrisa y cincuenta

céntimos de propina.

—¿No te vas a casa? —se interesó su compañero de mesa—. Tu turno terminó hace... ¿cuánto? ¿Dos horas?

En realidad, hacía tres.

—¿Estás de broma? —le replicó ella, con incredulidad.

—Al jefe no le va a gustar —continuó él, con gesto grave—. No quiere horas extras que no sean oficiales, ya sabes cómo va esto.

La inspectora Esperanza Mayoral, que llevaba dieciocho años en el cuerpo, sabía perfectamente “cómo iba eso”. De hecho, lo sabía tan bien que era perfectamente consciente de que el comisario Martín Rebollo, en un día como aquel, jamás habría caído en la cuenta de que ella estaba allí pasado su horario si no fuera porque aquel pelota de Gonzalo se lo iba a chivar en los próximos minutos.

Esperanza podría haberle respondido explicándole lo importantes que eran aquellas horas. Que de ellas dependía que la muerte de una mujer joven quedara impune para siempre, olvidado en un vacío sin fin de burocracia y conjeturas. Que aquellas horas iban a determinar si la fortuna conseguida con su esfuerzo y su talento pasaba a manos de su asesino. Que cuando esas horas pasaran, las personas que la habían amado o bien tendrían, al menos, el débil consuelo de que se hubiera hecho justicia o, por el contrario, tendrían seguir el resto de sus vidas con la rabia, el dolor y la impotencia del triunfo del asesino.

Sí, Esperanza Mayoral podría haberle respondido todo esto al tipo que ya la había señalado en otras dos ocasiones anteriores en un intento de que su propia incompetencia quedara en menos evidencia, sin conseguirlo.

Pero, en su lugar, decidió hacer caso a su sobrina, una *e-girl* de diecisiete años, que solo unos días atrás la había sorprendido con una gema de sabiduría neo feminista: “lo mejor para fastidiar a un macho alfa es ignorarlo”.

Lo cierto era que Gonzalo distaba mucho de ser un macho alfa, pero Esperanza estaba segura de que, en su mente, él estaba convencido de serlo.

Así que, en vez de responderle, se limitó a abrir el primero de los expedientes del montón, comprobando con el rabillo del ojo que, a juzgar por la expresión de contrariedad del “macho alfa” Gonzalo, su sobrina estaba en lo cierto.

No pudo, sin embargo, avanzar ni siquiera una línea.

—¡Esperanza, lo tengo! —le gritó alguien a metros de distancia. Al levantar la cabeza en su dirección, no pudo sorprenderse más. A grandes zancadas, con el cabello rojo empapado por la lluvia y el casco de la moto en un brazo, Adrián Barrón, uno de los especialistas del departamento de investigación de delitos informáticos se dirigía hacia ella.

—¿Qué tienes, qué ocurre? —le preguntó, sobresaltada.

—¡La clave! —exclamó el joven, tan agitado como satisfecho. Esperanza, no obstante, lo miraba sin comprender—. ¡Tengo el acceso!

—¿Qué acceso, de qué hablas?

Adrián se dejó caer en la silla frente al escritorio de la inspectora, pasándose la mano por el pelo mojado, en un esfuerzo evidente por calmarse y ordenar sus ideas.

—Es el caso Blackwood —terminó diciendo, solo un poco más calmado—. ¡He descubierto la clave para acceder al ordenador de Rebecca! Y no te vas a creer lo que he encontrado...

Capítulo 15

Tres meses atrás, solo un día después de la desaparición en el mar de Rebecca, la jueza de instrucción que llevaba el caso desde Madrid, había autorizado una orden para proceder al registro en el domicilio de la joven. Aquella fue la primera vez que Esperanza cruzó las puertas del impresionante rascacielos y del imponente ático de los Blackwood. Y lo hizo acompañada del que tanto ella como la jueza esperaban que fuera su mayor baza en la resolución de aquel caso: Adrián.

Al principio, ni la jueza de instrucción en Madrid ni el juez que había comenzado el procedimiento en Menorca sabían a qué atenerse. ¿Se encontraban ante una desaparición voluntaria o ante un crimen?

El protocolo de actuación y los pasos de investigación a seguir eran completamente diferentes si se trataba de uno u otro caso, pero con la información de la que disponían hasta el momento, era imposible determinarlo.

Sin embargo, la jueza tenía algo bien claro. En cualquiera de las dos situaciones existía un objeto de tal relevancia que podría guiarlos hasta lo que realmente había ocurrido en cuestión de horas: el ordenador personal de la víctima. Ella, que había crecido y estudiado en unos años en que la palabra Internet no significaba nada para la mayoría de la población, no podía dejar de sentirse fascinada ante la gran cantidad de información que se podía extraer de una persona a través de su ordenador.

Asesinos que habían buscado en Google si cometer el asesinato bajo los efectos del alcohol podría exculparles, solo horas antes de dirigirse a un bar a emborracharse y cometer el crimen. “Cómo estrangular a alguien”, “cómo hacer un veneno barato” eran también búsquedas habituales que habían surgido en los historiales de navegación de imputados que habían querido documentarse antes de cometer sus atrocidades.

Pero también en el caso de las víctimas el ordenador podía arrojar alguna luz esclarecedora: correos de acosadores, seguidores bloqueados en redes sociales o, incluso un diario que pudiera arrojar luz sobre su estado de

ánimo... la lista de posibles pruebas era casi tan amplia como las posibilidades que las nuevas tecnologías traían consigo.

Por eso, cuando aquella tarde Adrián y Esperanza entraron en el mundo elitista y elegante del matrimonio Tristán - Blackwood sabían perfectamente bien lo que buscaban.

Todas las esperanzas de la investigadora, sin embargo, se vinieron abajo aquel primer día cuando escuchó al joven experto pronunciar la única frase desde que se habían saludado una hora antes:

—¡Mierda! Es un Mac.

Adrián había sido uno de los primeros de su promoción de acceso al cuerpo de forenses informáticos de la policía. Sabía que la jueza había intervenido personalmente para que fuera precisamente él el experto asignado al caso porque era uno de los mejores.

Tan solo dos semanas atrás, había sido capaz de recuperar un disco duro formateado a conciencia con una información altamente relevante en un importante caso de corrupción política.

Así que escucharlo quejarse por algo que a ella le parecía tan poco relevante como la marca del portátil, la sorprendió y la alarmó a partes iguales.

—¿Y qué pasa? —le preguntó finalmente, dirigiéndose hacia él.

—Pues que es muy probable que el disco duro esté encriptado y que no podamos acceder a él.

Esperanza no quería sonar ruda, pero el tono de preocupación del joven informático la estaba empezando a poner cada vez más nerviosa.

—Bueno, pero para eso estás tú, ¿no? Si pudiste con el disco duro del caso Martell, podrás con esto, digo yo.

El chico había abierto el portátil, un elegante MacBook Air en color champagne, tan fino y delgado que no pesaba nada.

—Con el caso Martell teníamos las claves de acceso porque les obligamos a dárnoslas. Y, además, no eran Macs, eran pc's. Resumiendo mucho —le explicó él, subiéndose con un dedo las gafas que habían resbalado hasta la punta de su nariz—, encontrar la contraseña de acceso de un pc me llevaría como mucho unas horas, y eso en caso de que fuera realmente muy complicada. Encontrar la contraseña de encriptación de un Mac es

prácticamente imposible.

Esperanza se dejó caer en el asiento, un silloncito francés tapizado en terciopelo azul rematado con chinchetas doradas, tan delicado como todo lo que se encontraba en aquel coqueto despacho.

—¡Pero habrá algo que puedas hacer! ¡Hay programas para generar contraseñas a toda velocidad, ¿no? —le sonaba haber visto cosas así en alguna película o en alguna serie.

La expresión de resignación de Adrián fue más que suficiente para que se arrepintiera enseguida de haber dicho aquello. De hecho, era exactamente el mismo gesto que usaba su sobrina con ella cuando intentaba explicarle algo de tecnología: el de un adulto que se arma de paciencia para explicar algo muy básico a un niño pequeño.

—Sí, hay programas y puedo hacer un *script* que se encargue de ejecutar comando tras comando hasta encontrar algo que podamos usar. Pero podría llevarnos años, décadas incluso.

Esperanza estaba tan desolada que casi no sabía qué decir.

—Pero estos chismes —aventuró finalmente— lo guardan todo en la nube, ¿no? ¿Y si contactamos con Apple para que nos deje entrar en la nube y ver qué hay?

El chico la miraba ahora con expresión de auténtica pena, lo que la hizo sentirse terriblemente torpe y mayor.

—Podríamos entrar en su cuenta de iCloud si tuviéramos la contraseña de acceso, que es precisamente lo que no tenemos. Y no, Apple no puede hacer nada.

Con un gemido de frustración, la inspectora se dejó caer sobre el escritorio, maldiciendo la mala suerte que estaban teniendo con aquel caso.

—Solo hay dos posibilidades. Pero es muy difícil que funcionen... —musitó él.

Aquellas palabras lograron que la inspectora se levantara como un resorte, por escasas que fueran esas posibilidades siempre eran mejor que nada. Miró a Adrián, expectante, deseando que continuara.

—La primera es que Rebecca no haya encriptado el disco duro. Es improbable, porque Mac te permite realizar el encriptado muy fácilmente a la hora de configurar el ordenador por primera vez y la mayoría de usuarios

optan por hacerlo. Pero ralentiza el sistema y hay gente que prefiere dejarlo sin encriptar. Si Rebecca Blackwood eligió esta segunda opción, entraré en el disco duro en cuestión de minutos. —Al oír aquello, Esperanza se sintió tan feliz que le habría dado un beso—. Pero es muy improbable —le advirtió él, aguándole la fiesta.

—¿Y la segunda?

—Si, como espero, el disco duro está encriptado, pasaré al plan B: aplicaré un programa obtención de contraseñas basado en diccionario. La mayoría de usuarios eligen contraseñas con palabras y números que significan algo especial para ellos.

La fecha del aniversario de bodas, el cumpleaños de un ser querido, tu personaje de cómic favorito, esas cosas... Bueno, imagínate que incluso hay incautos que usan “1,2,3,4”, ¿te lo puedes creer? —dijo, como si estuviera contando un chiste muy gracioso.

La inspectora Mayoral le rio la gracia, mientras se gritaba internamente que cambiar la contraseña de su ordenador sería la segunda cosa que haría en cuanto saliera de allí, después de apuntarse a un cursillo de informática del sindicato—. Seguro que la clave de Rebecca tenía algo que ver con el Stradivarius o con su barco, el *Libertas*. Y eso nos puede ahorrar mucho, mucho tiempo.

Esperanza lo miró sorprendida.

—¡Vaya, veo que conoces bien a la víctima!

Él le devolvió la misma mirada de sorpresa.

—¿Estás de broma? ¡Me encanta Rebecca Blackwood, tengo todos sus discos! Mi chico y yo teníamos entradas para su próximo concierto en el Teatro Real, en navidad. Nos moríamos por poder verla.

Sin embargo, tal como Adrián se había temido, el disco duro del Mac de Rebecca estaba encriptado. Y, contra todo pronóstico, las combinaciones basadas en palabras relacionadas con su violonchelo como “Stradivarius”, “Stradivari”, “Bartok”, “Azul”, etc. no habían arrojado ningún resultado en absoluto. Tampoco las relacionadas con su velero. Ni los nombres ni cifras relacionadas con su abuelo, su marido o con las personas de su entorno más cercano conocido.

Intento tras intento, la palabra mágica que debía abrir las puertas al mundo de la joven chelista, permanecía oculta, tan inexpugnable como el secreto del

color azul de su Stradivarius.

Al principio, durante aquellos primeros días de la investigación, la inspectora había estado llamando a Adrián cada mañana, siempre con la esperanza de que aquellos programas con diccionario incorporado, o lo que fueran, pudieran dar con la clave que permitiera el acceso al ordenador de Rebecca.

Pero los días fueron pasando, después las semanas y, finalmente, los meses. Y Adrián, para la propia decepción del muchacho y de todos los que habían confiado en él, no había logrado ningún avance en el caso Blackwood.

—¿Quién sabe? —le había dicho ella, la última vez que hablaron, casi un mes atrás—. Quizás tampoco había información relevante en el portátil. ¡Es más, estoy convencida de que no había nada y nos hemos montado una película que, en verdad, no llevaba a ninguna parte!

Pero aquel intento de consolarlo había sido tan bien intencionado como inútil. Esperanza sabía que el chico continuaba trabajando en el asunto, aunque lo cierto era que ya no esperaba nada de él.

Por eso, cuando ya se había olvidado del asunto, con Adrián sentado frente a ella, con ojos febriles y las mejillas ardiendo de emoción, Esperanza aplazó por unos segundos todos los posibles secretos que el Mac de Rebecca pudiera revelarles para dar rienda suelta a su propia curiosidad:

—¡Dímela! ¿Cuál era la contraseña?

Capítulo 16

—No podía dejar de darle vueltas —comenzó Adrián, en la pequeña sala de reuniones a la que habían retirado, huyendo de la mirada entrometida de Gonzalo—. Rebecca no era ninguna experta en informática ni parecía obsesionada con la seguridad. Y, en tal caso, la contraseña tenía que basarse en una cifra, una palabra o una combinación de ambos que significaran algo especial para ella. Pero, ¿qué? No era su Stradivarius, ni su barco, ni ninguna persona de su círculo...

—Eso ya lo sabemos, pero ¿cuál era, entonces? —se impacientó la inspectora.

—¡Es que ese era el error! Al descartar esas palabras claves comencé a buscar otras que no fueran tan evidentes, pero que tuvieran relación con ella. He probado cientos de miles de probabilidades, cada vez más complicadas, pero ninguna funcionaba. Hasta que esta mañana decidí tirar la toalla... y me puse a ver vídeos de YouTube —. Hizo una breve pausa antes de continuar—. ¿Sabes que si pones Rebecca Blackwood en su buscador aparecen 125.788 resultados?

—¿Y...? —inquirió ella.

—Pues que el primer vídeo que vi fue precisamente una entrevista de Rebecca en un programa de esos de *late night* que hacen en Estados Unidos. Era de hace dos o tres años. Y, entre otras cosas, contó una anécdota muy curiosa, sobre unas marcas que tiene su chelo y que, según una leyenda, fueron hechas por el mismísimo Napoleón. Al principio, no le di importancia. Pasé al siguiente vídeo, una entrevista en Argentina, bastante aburrida, la verdad. Pero, ¿sabes qué?

—Dime —le respondió ella, que comenzaba a intuir la solución.

—Volvió a repetir la misma historia de Napoleón. ¡Le encantaba esa historia!

—¡La contraseña es “Napoleón”! —aventuró ella, emocionada.

Adrián negó con la cabeza.

—Eso pensé. Pero no. Intenté más de cien mil quinientas combinaciones con Napoleón como base, pero no funcionó ninguna. Entonces me di cuenta de que probablemente ella debió pensar que “Napoleón” habría sido una contraseña demasiado obvia y, de hecho, lo era. ¡Bastaba con visionar cualquier entrevista para verla entusiasmada con ese tema!

—Pero, ¿y entonces?

—Pues que no podía ser “Napoleón”, pero sí algo relacionado con él. Me fui a la Wikipedia. Y, ¿sabes cuál era su apodo entre sus tropas?

La inspectora no tenía ni idea, pero no pudo evitar un escalofrío.

— “Petit Caporal”, pequeño cabo. Así lo llamaban sus soldados. Corrí al portátil, algo me decía que estaba en lo cierto. Con dedos temblorosos tecleé aquellas palabras, incluyendo mayúsculas: PetitCaporal. Contuve la respiración y... ¡Eureka!

Esperanza no se lo podía creer. No podía ser tan fácil. ¿Un sencillo apodo les había tenido atascados durante aquellos preciosos meses?

—¿Ya está, así de sencillo? ¿Y con eso has podido entrar?

Adrián asintió, con una gran sonrisa de triunfo, absolutamente impropia de él.

—Bueno, no ha sido tan sencillo. Te recuerdo que me ha costado tres meses. Pero lo más importante es que vas a alucinar con lo que he encontrado.

En un movimiento más propio de un prestidigitador que de un informático, Adrián sacó de su mochila el ya familiar portátil dorado de Rebecca.

Al abrirlo, un pequeño recuadro bajo la foto de una sonriente Rebecca, solicitaba la clave de usuario. Cuando Adrián la tecleó, la pantalla desveló por fin el escritorio de la joven.

Y entonces fue cuando la inspectora Mayoral descubrió a una mujer totalmente diferente de la Rebecca que todo el mundo había descrito hasta aquel momento.

Capítulo 17

—Dígamelo usted, señor Tristán —le respondió Julius Lovelace, fríamente. Álvaro lo miró con incredulidad.

—¿Qué? ¿Es que se ha vuelto loco? ¿Cree que Rebecca está viva y que yo sé dónde está?

—Cincuenta millones de euros —se limitó a responder el consultor—. Una cantidad más que interesante para justificar el fingir la propia muerte. Una auténtica fortuna. Y toda la vida por delante para disfrutarla, sin la presión de los conciertos, el escrutinio de los fans ni el pavor a perder una nota en el escenario.

—¿Y piensa que yo he tenido algo que ver con eso?

—Rebecca no pudo hacerlo todo ella sola. Necesitaba, como mínimo, un cómplice para poder desaparecer durante la noche en el mar. He estudiado la zona donde estaba el barco, a solo cuatro kilómetros de la costa sur de Menorca. Rebecca habría podido nadar sin problema esa distancia, a pesar de la cola de la DANA. Pero la costa sur de la isla es un paisaje de rocas y cuevas de difícil acceso. Una vez allí, cansada después de nadar durante más de una hora, habría sido imposible que pudiera escalar ella sola sobre la roca húmeda hasta llegar a la superficie. Alguien debía estar esperándola, probablemente oculto entre los recovecos que forman los salientes; quizás en una pequeña lancha discreta y fácil de maniobrar.

—Yo estuve en el *Libertas* toda la noche.

—No he dicho que fuera usted quien la esperara en la costa.

—¡Entonces no sé de qué demonios me está acusando! —profirió Tristán, notando que comenzaba a perder los nervios.

Como si su reacción fuera exactamente lo que estaba esperando, Lovelace se limitó a sonreír y volver a su asiento, junto al fuego.

—¿Por qué solicitó la declaración de fallecimiento tan solo tres días después de la desaparición, señor Tristán? ¿Por qué no esperó, al menos, a

que las autoridades dieran la búsqueda por concluida? ¿Y qué hacía navegando con su esposa si ella había solicitado el divorcio solo unos días atrás? —hizo una breve pausa, aunque estaba claro que no esperaba una respuesta de Álvaro—. Se lo diré yo: usted y Rebecca lo habían planeado todo. Se trataba de fingir su muerte, cobrar el seguro y desaparecer para disfrutar del dinero. Los rumores de crisis fueron una simple pantomima.

Incluso aunque justo al escuchar aquello Álvaro sintió una punzada en la frente que le anticipaba un dolor de jaqueca, no pudo evitar soltar una carcajada, tan seca y vacía que retumbó en el silencio de la estancia.

—De verdad, Lovelace, que ha superado usted todas mis expectativas —dijo sin poder evitar que le temblara la voz de pura impotencia—. Si esto es lo mejor que puede hacer, no sé con qué criterio alguien lo puede considerar lo mejor en lo suyo.

—¿Puede explicar cualquiera de las cuestiones que le he planteado?

—¡Puedo explicarlas todas! Si solicité la declaración de fallecimiento fue porque me lo recomendaron mis abogados. ¡Yo ni si quiera sabía que había un seguro de vida! ¡Ni sabía nada del testamento! Por eso al principio, metí la pata y mencioné lo del suicidio. Y si salimos a navegar fue porque Rebecca insistió. Quería que nos diéramos una última oportunidad pasando unos días a solas y yo estaba dispuesto a lo que fuera con tal de no perderla. ¡Yo la quería, maldita sea! ¿Por qué nadie me cree?

Lovelace lo observaba atento a cada movimiento, como si sopesara lo que acababa de decir aunque, a aquellas alturas, Álvaro ya sabía que, en realidad, le era absolutamente indiferente. Aquel tipo tenía un plan y se apoyaba en cada palabra que dijera para ejecutarlo.

—Magnífica interpretación, señor Tristán. Empiezo a sospechar que no es usted tan mal actor como dicen las críticas. Pero hay algo indiscutible: *Quis bonis?* “¿A quién beneficia?”. ¿Conoce la expresión? Era la pregunta que se hacían los abogados romanos al cometerse un crimen para señalar al culpable más probable. En este caso está claro, la muerte de Rebecca, o su simulación, le beneficia a usted.

Para martirio del propio Álvaro, aquel intento evidente de hacerle perder los nervios atacando su ego de actor, funcionó.

—Es usted un maldito pedante. No voy a seguir aguantando esto ni un puñetero minuto más —le advirtió, llevándose los dedos al entrecejo, el punto

donde el dolor punzante acababa de comenzar—. Si está tan convencido de que se trata de una estafa, vaya a la policía. Le adelanto que les encantará cualquier teoría en la que yo esté implicado, incluso una tan absurda como la que se acaba de inventar.

—No voy a ir a la policía, señor Tristán, no me pagan por eso. Podemos llegar a un acuerdo entre nosotros, solo necesito que renuncie a la indemnización del seguro y esto quedará entre nosotros. Así, Rebecca podrá reaparecer dentro de un tiempo prudencial, con alguna historia más o menos creíble, y ustedes podrán retomar su vida. Aunque sin el dinero, claro está...

Tristán tomó su copa y se aproximó a la ventana, dándole la espalda al consultor.

—Si cree que Rebecca, en caso de tener un plan así, iba a contar conmigo es que no sabe nada de ella, ni ha oído nada de lo que le he contado hasta ahora. Era tan egoísta y engreída que lo habría hecho todo ella sola, aunque se dejara la vida en el intento —acabó diciendo—. Y, además —añadió, volviéndose hacia el consultor—, en el caso de que hubiera contado con alguien, habría sido con su abuelo, no conmigo. El tipo que trabajó con espías en la Segunda Guerra Mundial, ¿recuerda?

Como si esperara la pregunta desde hacía rato, Lovelace le replicó rápidamente:

—Pero, ¿en tal caso, por qué crear la distracción con un cadáver falso? No, señor Tristán. Lord Blackwood cree que su nieta está muerta y que usted la mató.

De repente, un gran relámpago iluminó la terraza y la lluvia arreció con más fuerza. Tristán podía comprender que el consultor estuviera aferrándose a cualquier posibilidad para ahorrarle el pago a la aseguradora para la que trabajaba. Pero eso no cambiaba las cosas.

—Todo esto es ridículo. Rebecca está muerta y usted no tiene ninguna evidencia de lo contrario. Lo que dice es solo su opinión y nadie le creerá. Vaya a la policía si quiere, haga lo que le dé la gana. Su tiempo conmigo ha terminado —dijo, consultando su reloj. De hecho, habían pasado dos horas y media, treinta minutos más del tiempo que habían acordado.

—En realidad —comenzó Lovelace— sí que tengo evidencias de lo que digo. Una tan rotunda que la policía no tendrá más remedio que escucharme cuando se la muestre.

Muy a su pesar, Álvaro sintió cómo la curiosidad se abría paso lentamente a través de las palabras del extranjero.

—¿En serio? — preguntó con fingida indiferencia, sin girarse, tras dar un largo trago a su copa—. ¡Sorpréndame!

Si Lovelace se había ofendido con su desprecio, no pareció dar señales de ello.

—Rebecca tenía una cuenta secreta en las Islas Caimán. Solo dos días después de su desaparición, alguien acudió a retirar los fondos.

La sorpresa de Álvaro hizo que abandonara su pose de indiferencia y se volviera hacia Lovelace, buscando en su rostro algún indicio de que mentía. No lo encontró.

Sabía perfectamente que Rebecca era titular de varias sociedades interconectadas entre sí con sedes en diferentes países, la mayoría de ellos, paraísos fiscales. Se trataba de un complejo entramado orquestado por sus abogados que él apenas había llegado a intuir. De hecho, pensaba que la propia Rebecca no era capaz de entender toda la complejidad de la red en que se movían sus finanzas y que se basaba en la confianza total en las personas que se encargaban de ello, sobre todo, abogados del entorno de su abuelo. Su doble nacionalidad británico-española y su residencia declarada en Londres y Nueva York ayudaba a simplificar las cosas.

Así que no le sorprendió la cuenta secreta en las Islas Caimán, probablemente Rebecca tendría otras tantas en diferentes rincones del mundo de las que él nunca tendría conocimiento, por mucho que heredara su fortuna. Pero, ¿quién había accedido a los fondos? ¿Cómo era posible? No obstante, no iba a dejarse llevar tan fácilmente.

—Si eso es cierto, ¿cómo es que no ha acudido a la policía?

—Resulta —comenzó el consultor— que los términos en los que hemos llegado a conocer esa información no son del todo... digamos, lícitos. La compañía aseguradora que me contrata pertenece al mismo holding que el banco en que se encuentra esa cuenta. En teoría, los datos de los clientes del banco son confidenciales y no pueden ser compartidos, ni siquiera con empresas del mismo grupo.

Al acceder a ellos, hemos transgredido, al menos, tres convenios internacionales y no sé cuántas leyes. Si acudimos a la policía tendremos que dar demasiadas explicaciones que no nos favorecen. Pero lo haremos si es

nuestra única opción. Quizás podamos llegar a un acuerdo de confidencialidad con ellos a cambio de lo que podemos contarle.

Álvaro intentó dejar a un lado el dolor de cabeza y sopesar todas las posibles implicaciones que aquella información podía conllevar.

—Yo no tengo nada que ver con eso —terminó diciendo.

Lovelace se encogió de hombros.

—Eso tendrá que decidirlo un juez —le respondió, guardando su libreta de tapas negras y dirigiéndose al sofá donde había depositado su gabardina—. Ahora, señor Tristán, como bien ha dicho usted, su tiempo conmigo ha terminado. Tendrá noticias nuestras, aunque creo que primero recibirá las de la policía.

Álvaro se le quedó mirando mientras se movía con resolución hacia la salida de la casa. Por fin había llegado el momento de terminar aquel día y librarse del consultor, pero aquella nueva información lo cambiaba todo. Y podría destruir sus planes.

Si aquel tipo iba a la policía con aquella evidencia, sería más que suficiente para que los abogados del viejo Blackwood pudieran paralizar el plazo para la declaración de fallecimiento. Se abriría una nueva línea de investigación que podría llevar meses o incluso años en cerrarse. El procedimiento sucesorio quedaría paralizado y él no podría acceder al patrimonio de la herencia. No podría vender el ático, ni el Stradivarius, ni acceder al efectivo de las cuentas... y él necesitaba el dinero desesperadamente.

Tenía deudas que pagar después del fracaso de su segunda película o los acreedores se quedarían con lo poco que poseía a su nombre. Y para participar en aquella nueva película que iba a relanzar su carrera tendría que poner su parte en la producción.

Todos aquellos planes, aquellos nuevos proyectos, la oportunidad de comenzar de nuevo y seguir adelante, todo aquello podría desvanecerse en la nada, por culpa de aquel mentecato entrometido. Por una estúpida información que, en realidad, no iba a cambiar nada de lo que había ocurrido.

—¡Espere! —lo llamó, finalmente. Julius Lovelace se volvió hacia él, sin prisas. Tristán se permitió dudar un segundo, sopesando el paso que estaba a punto de dar. Pero la mirada de determinación del consultor le hizo comprender que no tenía ninguna otra posibilidad si no quería perderlo todo

—. Hay algo importante que aún no le he contado.

Capítulo 18

Esperanza contemplaba el fondo de escritorio del Mac boquiabierto. Desde él, Rebecca sonreía a la cámara en lo que parecía una playa paradisíaca, de arenas blancas y aguas turquesas bajo un cielo cubierto de nubes blancas.

Pero era una Rebecca totalmente diferente a la chelista elegante y sofisticada que había salido a su encuentro por todas partes. Una Rebecca mucho más parecida a la niña que había visto aquella misma mañana en las fotos del palacete de los Blackwood.

Con nada de maquillaje en el rostro y la melena recogida hacia atrás en una sencilla coleta. Con una camiseta blanca, de esas anchas y de media manga que no marcan la figura ni muestran escote. Y, sin embargo, no podía estar más radiante. Con una gran sonrisa iluminando su bonito rostro, de las que se reflejan en los ojos, pero se originan en algún lugar mucho más adentro, quizás, en el alma.

A su alrededor, una docena de niños y niñas vestidos con prendas humildes se abrazaban a ella, mostrando unas sonrisas tan arrebatadoras como la suya en sus caritas exóticas.

—¿Dónde es eso? —quiso saber la inspectora.

—Es Mahe, en las Islas Seychelles. Y la foto se hizo el 24 de junio del año pasado.

—¿Toda esa información la has obtenido de la imagen?

—Podría, pero en realidad lo sé porque ese día subió esa misma foto a Instagram. Solo veinticuatro horas antes, había estado dando un concierto en Abu Dhabi y, antes de regresar a casa, decidió pasar unos días de vacaciones en las islas. Este es el texto que acompañaba a la foto: “Vine a tomar el sol y a bañarme, pero he encontrado algo mucho mejor. FELIZ”.

—Pero si esta foto ya estaba en Instagram no nos aporta nada nuevo, ¿no? ¿qué más has encontrado?

—Nos aporta mucho más de lo que parece. En primer lugar, el fondo de escritorio que elegimos dice mucho de nosotros. Normalmente nos decantamos

por una imagen con la que nos identificamos o que muestra un lugar o un momento en el que fuimos felices.

Mayoral asintió, intuyendo a dónde quería llegar el joven informático.

—Era un sitio importante para ella. Podemos contactar con las autoridades de Mahe para que averigüen si regresó a través de los controles aeroportuarios.

—No hace falta —le respondió él rápidamente—. Rebecca regresó hasta en cinco ocasiones a lo largo de los meses siguientes. Sin embargo, no hay ninguna mención a esos viajes en ninguna de sus redes sociales. Por algún motivo, había decidido mantenerlo en secreto. Solía pasar allí varios días, pero la última vez se quedó todo un mes, en junio de este año.

—Solo un mes antes de que desapareciera —apuntó ella—. Pero, ¿cómo lo has averiguado

Adrián le sonrió con regocijo, dispuesto a lucirse con su explicación.

—Eso es lo mejor de todo. Todo está en su correo.

A simple vista, no había nada relevante en todo el portátil. Su agenda de conciertos, infinitos correos profesionales con su agente, fotos a mansalva y un historial de navegación de lo más aburrido...

—¿Pero...? —se impacientó ella.

—Pues que yo sabía que tenía que haber algo más. Y cómo buscarlo.

Ante sus ojos, una nueva cuenta de correos

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Esperanza.

—Esto es —comenzó él— todo lo que Rebecca no quería que supiéramos de ella. Por eso estaba oculto, compartimentado en un escritorio aparte.

—Pero, ¿esto qué es?

—Verás, Rebecca no era una experta en informática. Pero sí era lo que podemos llamar una “usuaria avanzada”. Sabía ocultar cosas para que no estuvieran a la vista de cualquiera que pudiera acceder a su portátil. Y también era lo suficientemente precavida como para borrar todo lo que no le interesaba que alguien encontrara. Justo unos días antes de desaparecer, el 23 de julio, último día que pasó en Madrid antes de volar a Ibiza, borró toda la información que podría comprometerla.

Esperanza le lanzó al joven informático una mirada de incredulidad.

—¿Lo borró todo? ¿Y entonces?

—Pues que, como te he dicho, no era una experta en informática. Me ha bastado acceder al servidor de Apple para recuperar todo lo que había borrado: correos, contactos, reservas, fotos, tarjetas de embarque, transferencias bancarias... Bueno, en teoría necesitaba una orden judicial para hacerlo, pero corramos un tupido velo sobre ello, ¿sí?

—¿Y qué has descubierto? —le preguntó ella, debatiéndose entre felicitarle por su trabajo o recriminarle que no la hubiera llamado en cuanto logró entrar en el ordenador. Lo de la orden judicial ya verían cómo solucionarlo más tarde.

—He descubierto que Rebecca llevaba una doble vida de la que nadie sabía nada. Pero será mejor que lo veas tú misma.

Capítulo 19

Desde aquellos últimos días en Ibiza —comenzó Tristán bajo la atenta mirada de Lovelace—, las cosas empezaron a ir cada vez peor en nuestro matrimonio. Poco a poco, las discusiones se hicieron más frecuentes y más fuertes.

Mi segunda película había sido un fracaso. Apenas duró unas pocas semanas en cartelera. Yo había participado con una generosa contribución a su producción y, con aquellos malos resultados, lo perdí todo.

Pero lo peor fue que los críticos se ensañaron con mi actuación. De repente, el teléfono dejó de sonar. Ya no me llamaban para ningún casting ni me ofrecían ningún proyecto y, cuando era yo el que llamaba tragándome mi orgullo, solo recibía evasivas más o menos amables.

“No es un buen momento para el negocio”, “ahora no estoy trabajando en nada donde puedas encajar”, “espera un poco y hablamos...”. Pero yo sabía que el momento era tan malo como lo había sido siempre en la industria, que la persona a la que llamaba tenía varios proyectos en marcha en los que yo encajaba perfectamente y que, por mucho que esperara, no iban a contar conmigo.

Rebecca, lejos de apoyarme, me recriminaba que hubiera invertido todos mis ahorros en una única película con un director novel. Pero ella tampoco estaba pasando precisamente por un buen momento. Había cancelado numerosos conciertos, con las penalizaciones que ello conllevaba.

Se levantaba tarde todos los días, había reducido sus horas de práctica a la mitad y había dejado de entrenarse. Había perdido peso y su aspecto era cada vez más demacrado y menos atractivo.

A veces me quedaba mirándola, preguntándome qué demonios había visto en ella ahora que ya no era guapa, ni tenía éxito ni veía en sus ojos la admiración de los primeros meses.

A mediados de marzo del año pasado, por fin surgió una oportunidad interesante. El director de “Nosotros en la lluvia” estaba trabajando en una

nueva película y pensó en mí como protagonista. Se trataba de un papel realmente bueno, uno de esos que permiten hacer una interpretación compleja y llena de matices. El guion era comercial, de los que se escriben para conseguir un éxito en taquilla.

Acepté desde el primer momento, pero había un problema: no había fondos para la producción. El director nos pedía a los actores que aportáramos una cantidad que recuperaríamos con creces tras el estreno con la recaudación de las entradas. No sé si conoce el mundo del cine, pero esto es bastante habitual cuando un actor tiene un determinado caché. Puede salir bien o puede salir mal; en mi segunda película había salido rematadamente mal, pero esta vez, esta vez... estaba convencido de que saldría bien.

Claro que, desgraciadamente, yo estaba sin blanca. Así que le pedí el dinero a Becca. Quinientos mil euros. Una cantidad importante, sin duda. Pero Rebecca disponía de ella. Y se trataba de un simple préstamo, se lo devolvería en cuanto recibiera mi parte. Además, ¡maldita sea, era mi esposa! Se suponía que éramos una familia.

Sin embargo, cuando le propuse la idea, Rebecca se rio de mí.

“¿Es que te has vuelto loco?” se burló. “¿O es que te crees que soy imbécil?”.

Tuvimos una gran discusión. Que me prestara esa cantidad era mi única posibilidad de volver a trabajar y levantar mi carrera, pero así era ella: tan egoísta, tacaña y superficial.

Tuve que decir que no a aquella oportunidad y la película siguió adelante sin mí.

Por eso, cuando tan solo un mes después Rebecca nos sorprendió a todos con la adquisición del *Libertas*, entré en cólera.

Rebecca se gastó en aquel barco más de lo que yo le pedía, y lo hizo así, porque se le ocurrió y le apetecía, sin pensárselo dos veces y, por supuesto, sin consultarlo conmigo. Como si yo, que era su marido, no tuviera absolutamente nada que pintar en su decisión.

“¡Es mi dinero! ¿En serio me estás diciendo cómo me lo tengo que gastar?” me desafió cuando me encaré con ella.

Claro que cuando vi el *Libertas* por primera vez comprendí por qué Rebecca se había encaprichado de él. Era, sencillamente, perfecto. Una elegante goleta de veinte metros de eslora, con la quilla azul oscuro y apliques

plateados. Incluso yo, que no entendía de barcos y no me sentía en absoluto atraído por ellos, no podía negar que era realmente espléndido, con las terminaciones en madera pulida, cuatro camarotes dobles, cocina y baños completamente equipados, una amplia sala común...

¡Pero, maldita sea, no lo necesitaba! Si quería navegar tenía el Eleanor II a su disposición en Ibiza. ¿Por qué gastar esa fortuna cuando yo necesitaba el dinero?

Aquello fue un duro golpe en nuestra relación. Si no podía contar con su ayuda, ¿por qué nos habíamos casado? ¿Qué es matrimonio al fin y al cabo si no un contrato?

No obstante, después del choque inicial, recapacité. Sabía que enfrentarme a ella no era la mejor manera de conseguir cosas de Rebecca y, puesto que seguía sin liquidez, no podía permitirme que las cosas fueran a peor.

“¿Por qué lo has llamado *Libertas*?” le pregunté, en un intento de congraciarme con ella. Pero su frialdad al responderme me reveló que las cosas estaban mucho peor de lo que yo había pensado: “Es el nombre de una estrella que usamos los marinos para orientarnos”. Y con ello, me dejaba perfectamente claro que yo no era un marino, que nunca lo sería y que jamás estaría a su nivel si ni siquiera era capaz de reconocer el nombre de una maldita estrella.

Fue a partir de entonces cuando las cosas comenzaron a ir aún peor de lo que ya estaban. En mayo del año pasado, con el *Libertas* recién comprado atracado en el puerto junto al Eleanor II, Rebecca acudió a Abu Dhabi a un concierto benéfico. Era curioso, porque aquel año había cancelado más de 15 actuaciones, pero justo aquella, por la que no le pagaban nada, la mantuvo. Se marchó un par de días antes, pero, en vez de regresar a Madrid directamente, volvió al apartamento que tenía en Nueva York. Sin decirme nada. Se lo crea o no, ese era el tipo de relación que teníamos entonces. Ya le he dicho que Rebecca hacía lo que quería cuando quería.

Cuando por fin decidió regresar a Madrid, tres semanas después, era una persona distinta.

En Nueva York se había cortado el pelo, sacrificando su antigua melena larga; ahora lo llevaba a la altura de los hombros, un poco más largo por delante que por detrás. Había ganado algo de peso, estaba bronceada y no había ni rastro de cansancio en su rostro. Para mi sorpresa, además, se había

hecho un tatuaje en la espalda: una luna menguante con una decoración de encaje en su interior. Lo cierto era que estaba increíblemente guapa y sexy. Pero, por supuesto, yo no se lo iba a decir.

“¿Qué demonios te has hecho?” le espeté. “¡Dios, estás horrible! ¿Cuántos kilos has puesto?”

Por toda respuesta, me miró con absoluta indiferencia y continuó con lo que estaba haciendo: preparando su equipaje, con la ayuda de Laura. Se marchó de nuevo, esta vez a Londres, y pasaron dos meses hasta que volvimos a vernos.

Las cosas siguieron así durante un tiempo. Luego, Rebecca regresó a Madrid para pasar una temporada. Fue cuando yo me mudé a la habitación de invitados, que es la que aún uso. De todas formas, un amigo me prestó su piso mientras él rodaba una serie en Miami, así que me trasladé porque, francamente, ya no soportaba estar con Rebecca. Y, además, había recuperado su rutina de práctica y pasaba horas y horas tocando el maldito chelo.

Cada vez que volvía a verla estaba más atractiva y más fuerte. Era como si estar lejos de mí la llenara de energía, por muy absurdo que pueda parecer. Yo, sin embargo, seguía cayendo en picado, aunque, por supuesto, no iba a admitirlo ante nadie. Hace unos meses, por fin, las cosas empezaron a mejorar para mí. Gracias a un conocido que me debía un favor, me llamaron para presentar una serie de programas. Eso me dio, por fin algo de liquidez, pero sobre todo, me puso de nuevo en el mercado.

Pero justo entonces, cuando las cosas parecían empezar a ir bien de nuevo, Rebecca me pidió el divorcio.

No voy a decirle que me sorprendiera, por supuesto. Aquellos dos años habían sido un absoluto desastre. Pero cómo lo hizo, sin dar la cara, sin ni siquiera llamarme, enviándome a sus malditos abogados para tratarlo todo... sinceramente, me sacó de quicio.

Y lo mejor eran las condiciones: Rebecca se quedaba con todo, yo me quedaba en la calle sin nada. ¿Se lo puede creer?

Sí, claro que el ático lo había comprado ella con su dinero, es cierto. Pero, si a mí no me había ido bien era precisamente por su negativa a ayudarme. Por sus desplantes y sus desprecios. Por su maldita indiferencia a todos mis intentos de arreglar las cosas.

Por eso, cuando, de repente, Rebecca me llamó con la idea de pasar unos días juntos y darnos una última oportunidad, no me lo podía creer. Sobre todo,

porque unos días atrás yo acababa de hacer algo que sabía que la iba a poner de los nervios: había usado una de las cuentas que teníamos en común y había retirado todos los fondos. No era demasiado, solo unos pocos miles de euros, pero sabía que Rebecca se lo tomaría como una afrenta personal, con lo tacaña que era.

Para mi sorpresa, sin embargo, no le dio ninguna importancia. Estaba tan de buen y humor y cariñosa... Incluso me pidió que la recogiera en el ático para coger el vuelo juntos, como si fuéramos un matrimonio normal y bien avenido.

Así que así lo hice. La recogí en mi BMW Z4, una reliquia de cuando las cosas parecían ir cada vez mejor, y la recogí a las puertas de este mismo rascacielos.

La primera sorpresa fue verla acompañada de Laura Scott. En ningún momento me había mencionado que ella también vendría.

“No te importa, ¿no? Es que ya sabes que no logro apañarme sin ella” me dijo, como si el hecho de que fuéramos a ser tres en vez de dos no tuviera ninguna importancia.

Yo solo quería aplacarla, arreglar las cosas, hablar de lo nuestro y, no le voy a engañar, ganar tiempo, aunque fueran unos meses para poder rehacer mi carrera.

Así que, hice un gran esfuerzo para representar a Cornelius Stone, el personaje de “Nosotros en la lluvia” con el que la había enamorado dos años atrás y le dediqué una sonrisa tímida y bondadosa que, ahora estoy seguro, ella ya no se tragó.

Tomamos un vuelo a Ibiza y, desde el aeropuerto nos dirigimos directamente a la mansión de los Blackwood en Cala Salada, donde estaba atracado el *Libertas*.

El plan era navegar por las costas de las Baleares, especialmente cerca de Menorca, donde estaban las playas favoritas de Rebecca. Me sorprendió gratamente que el viejo no estuviera en Ibiza, al parecer, Dolores Cardán, la vieja ama de llaves no andaba muy bien de salud y habían preferido quedarse en Madrid aquel verano, por si fuera necesario acudir al médico.

Ese es el tipo de cosas de Rebecca que me costaba entender. ¿Por qué se preocupaban tanto los Blackwood de alguien que no era más que una simple criada cuando a mí, que había entrado en la familia, me habían tratado a patadas casi desde el primer día?

De todas formas, como siempre que el abuelo de Rebecca surgía en una conversación, yo había aprendido a ignorarlo, sobre todo teniendo en cuenta todo lo que estaba en juego. Aquel fin de semana navegando por las aguas de Menorca tenía que ser perfecto. De lo contrario, mi vida se iba a complicar bastante en las próximas semanas.

Pero, desde el principio, las cosas no salieron como yo las había imaginado.

Para empezar, con la mejor de sus sonrisas, Rebecca me dejó claro que no íbamos a compartir camarote. Ella se quedó con el principal y me dejó a mí elegir uno de los otros tres. Lo cierto es que llevábamos meses durmiendo separados, pero, ¿no se suponía que aquel viaje era precisamente para reconciliarnos? Al parecer, ella no me lo iba a poner fácil.

Cuando todo estuvo listo, Rebecca programó el rumbo y, al poco de salir del pequeño embarcadero, con la velocidad y el viento adecuados, izó el velamen. Ella sola. Sin ni siquiera dirigirse a mí para que la ayudara.

Me quedé en cubierta, sin nada que hacer, contemplando cómo Cala Salada se iba alejando lentamente en el horizonte, sin poder imaginar que cuando el *Libertas* regresara, apenas cuarenta y ocho horas después, las cosas habrían cambiado para siempre.

Y, sin embargo, recuerdo aquellas horas como las mejores que pasé navegando con Rebecca. Ella estaba tan radiante... con la melena corta alborotada por el viento, el sol bronceando su piel, tan esbelta, libre y poderosa, que era difícil apartar la vista de ella. Cuando no tenía que estar pendiente de la navegación, se reía de cada ocurrencia mía, contaba anécdotas divertidas de sus conciertos, hablaba de su próxima gira, de los compromisos que tenía pendientes... volvía a ser la mujer de la que yo me había enamorado: atenta, divertida, ingeniosa.

Durante aquellas horas sentí que aquellos meses nefastos no habían tenido lugar, que yo volvía a pertenecer al mundo elitista y sofisticado en que ella siempre se había desenvuelto y que realmente había un lugar para mí en él, junto a ella. “Todo se arreglará” me dije. “Rebecca quiere y yo también. Encontraremos la forma de hacerlo posible.” Pero, una vez más, la suerte jugó en mi contra.

Todo tuvo lugar la noche del sábado.

Rebecca y Laura habían estado bebiendo champagne desde primera hora de

la tarde. A la hora de la cena, ya se habían descorchado cuatro botellas. Yo también bebí, no lo voy a negar.

Ahora pienso que también fue culpa mía, en realidad. De nosotros tres, solo Rebecca tenía la titulación y los conocimientos para manejar el velero. No debería haber bebido, mucho más cuando el pronóstico del tiempo anunciaba una leve tormenta, pero sobre todo, yo debí habérselo impedido.

Pero todo iban tan bien. No quería estropearlo. Además, sabía que Rebecca había programado el rumbo para toda la travesía, el barco navegaba en piloto automático rumbo a Menorca y, en principio, no debía haber ningún obstáculo en el camino. Nada tenía por qué ir mal.

La dejé beber y disfruté con ella de aquellas copas, del viento en la cara, del olor a sal y espuma de mar. Rebecca había encargado mis pizzas favoritas antes de salir y Laura las había calentado en el pequeño horno de la cocina. Junto con el champagne, patés franceses y quesos españoles, fue una cena tan deliciosa como inolvidable.

Escuchamos música, charlamos, bailamos, reímos... fue una noche absolutamente perfecta, el perfecto final para un día como aquel.

Solo que, como la noche anterior, Rebecca prefirió dormir sola y, aunque no era lo que yo deseaba, no me quedó más remedio que aceptarlo.

Ya me había lavado los dientes y estaba a punto de meterme en la cama cuando escuché un ruido fuera. Rápidamente me vestí y salí a cubierta.

Y entonces fue cuando ocurrió todo, tan rápido que aún ahora pienso que todo pudo ser un sueño, una pesadilla, algo tan fugaz que, simplemente, no pudo tener lugar. Pero sí que lo tuvo. Y lo voy a contar por primera vez. A usted, solo a usted, señor Lovelace.

Capítulo 20

La inspectora Mayoral observó los correos que se amontonaban en la bandeja de entrada secreta de Rebecca Blackwood.

Había más de trescientos correos que la violonchelista había tenido la precaución de borrar antes de desaparecer. Pero desde entonces, más de cien correos nuevos, todos sin abrir, se habían ido acumulando.

Dos detalles llamaron enseguida la atención de la inspectora. En primer lugar, los correos estaban dirigidos a una tal Katherine Ashton y no a Rebecca Blackwood, lo que significaba que la joven no estaba usando su auténtico nombre.

El segundo es que casi todos los correos procedían de un mismo remitente, alguien llamado Jaidev Kumar.

—¿Quién demonios es este tipo? —preguntó, dirigiéndose a Adrián. La pregunta había sido más retórica que real, pero para su sorpresa, Adrián tenía una respuesta para ella. Sin que se diera cuenta había conectado su propio portátil y lo volvió hacia ella para que pudiera ver la pantalla.

—Este tipo es el señor Jaidev Kumar—. Desde la pantalla de Adrián, un hombre apuesto, de unos treinta y cinco años, piel canela y rasgos hindúes la contemplaba con una mirada oscura y profunda desde su foto en su perfil de LinkedIn. Vestía una bata blanca de médico sobre su ropa occidental—. Es un cirujano especialista en enfermedades del corazón, estudió en Oxford. Dirige un pequeño orfanato en la isla de Mahe. ¿Te suena?

Esperanza no podía dar crédito a toda aquella información.

—¿En serio? ¿Rebecca tenía un amante?

Adrián se encogió de hombros, mientras ella se apresuraba a abrir el correo más reciente, enviado el 15 de septiembre. Un mes y medio atrás.

Estaba en inglés, pero no tuvo problema en traducirlo:

“Querida Katherine. Por favor, dinos algo. Estamos todos terriblemente preocupados. Si hicimos algo que pudiera molestarte, por favor dínoslo. Sea

lo que sea, podremos arreglarlo. ¡Tenemos tanto que contarte! Un benefactor anónimo nos ha donado diez mil dólares, suficiente para sobrevivir todo un año, ¿puedes creértelo?

P.S. Chandra te echa muchísimo de menos. Todos lo hacemos.”

Totalmente sorprendida por aquel nuevo rumbo de los acontecimientos, Esperanza se volvió hacia el joven, en busca de respuestas.

—Todos los correos a partir de la fecha de desaparición son en la misma línea —continuó él—. Al parecer, Rebecca tenía que haber llegado a Mahe unos días después de su desaparición. Pero nunca lo hizo.

La inspectora fue abriendo uno a uno los correos anteriores comenzando por el menos reciente. El doctor Kumar se dirigía a Katherine en un tono de cordial amistad y familiaridad, a medida que ella no le respondía, el tono de preocupación en los correos iba en aumento, hasta llegar al primer correo que había abierto.

—Tienes que echarle un vistazo a las fotos —la apremió el informático, indicándole una de las carpetas que había recuperado. Al hacer doble clic en ella, la pantalla se llenó de una infinidad de imágenes con aquella vida secreta de la joven a la que llevaba tres meses buscando.

En muchas de ellas aparecía aquella Rebecca que había visto por primera vez en el escritorio, feliz y despreocupada, solo que ahora con un sofisticado corte de pelo, con la melena a la altura de los hombros, y la piel bronceada por el sol de las Seychelles.

Aparecía rodeada de niños, que se abrazaban a ella con esa alegría contagiosa e imposible de fingir. En algunas aparecía el doctor, atendiendo a los chavales, en otras los niños aparecían en un aula mientras una mujer vestida con un hábito blanco les daba clase.

Una foto, sobre todas las demás, llamó poderosamente la atención de la inspectora. En ella, Rebecca, rodeada de niños, con un chelo entre sus piernas y el arco en una mano parecía estar explicándoles algo mientras ellos la escuchaban atentamente.

Rápidamente, se dio cuenta del parecido de esta foto con la que había visto aquella mañana en la casa de Lord Blackwood y entonces lo vio claro: Rebecca no estaba dando un concierto para sus muñecos, eso era lo que los adultos habían querido ver en su juego de niña, en realidad, les estaba enseñando a tocar el instrumento.

En muchas de las fotos, aparecía una niña sola. Debía tener unos tres o cuatro años y la inspectora pensó que, si los ángeles tenían algún rostro, sin duda, debía ser aquel. Unos enormes ojos negros destacaban en una carita ovalada que era la más pura expresión de la curiosidad y la inocencia.

En algunas de las fotos se podía observar una deformación en uno de sus pequeños pies que, sin duda, debía impedirle andar correctamente. En la misma carpeta un vídeo llamado “Una sorpresa para Chandra”. La inspectora hizo doble clic sobre él e instantáneamente y una nueva pantalla se abrió ante ella. Rebecca se acercaba a la niña con unas muletas de color rosa chicle y se las cambiaba por las que había llevado hasta entonces, hechas con unos sencillos listones de madera.

La cara de Chandra se iluminaba como si aquel fuera el objeto más maravilloso que pudiera existir sobre la faz de la tierra y no pudiera creer que iba a ser suyo.

“Chandra” se repitió la inspectora, intentando apartar aquellos preciosos ojos negros de su mente.

—He leído todos los correos. Rebecca o Katherine, como se hacía llamar, había estado haciendo pequeñas donaciones al orfanato desde su primera visita. Muy modestas, de algunos cientos de dólares, alguna de unos mil y algo. Poca cosa. Creo que no quería que adivinaran quién era—hizo un breve silencio—. Estaba loca por esa niña. ¿Sabes que Chandra significa “Luna” en hindú?

Esperanza contemplaba todo aquel tesoro de información contenido en aquel pequeño cofre dorado, mientras su mente trabajaba a toda velocidad, sopesando todas las posibilidades.

A pesar de haber estado buscando a Rebecca Blackwood durante los últimos tres meses hasta el punto de haberse obsesionado con ella y con su mundo, en solo unos minutos había descubierto a una mujer completamente diferente de la distante e incluso altiva intérprete de chelo. Una Rebecca con una vida secreta que nadie había llegado ni siquiera a intuir. ¿O quizás sí? Quizás la habían tenido justo delante todo aquel tiempo, pero no habían sido capaces de verla. Habían visto solo lo que esperaban ver.

—Tenemos que contactar con el doctor Kumar. ¿Qué maldita hora es ahora mismo en las Seychelles?

El teléfono dio apenas dos toques cuando una mujer respondió al otro lado.

La inspectora Mayoral solicitó hablar con el doctor Jaidev Kumar. Sí, era muy importante. Sí, era necesario que interrumpiera su consulta en aquel mismo instante. Estaba relacionado con Katherine Ashton.

En unos segundos que a Esperanza y a Adrián se les hicieron eternos, un hombre joven respondió al otro lado del teléfono, con la respiración entrecortada, sin duda por la carrera que había hecho para atender la llamada.

—Kath, is that you? Are you OK?

Esperanza miró a Adrián con gesto grave. A nadie le gusta llevar malas noticias, aunque hubiera un océano y once horas de diferencia horaria por medio.

—Señor Kumar. Mi nombre es Esperanza Mayoral y soy inspectora de la policía nacional en Madrid, España. — El silencio expectante al otro lado de la línea le resultó estremecedor—. Lamento decirle que la mujer a la que usted conoce como Katherine Ashton se llama en realidad Rebecca Blackwood. Desapareció el 28 de julio en misteriosas circunstancias. ¿Tiene usted algún dato sobre dónde puede estar?

Esperanza había hablado muy despacio, vocalizando todo lo bien que su nivel de inglés le permitía, como si de esa forma pudiera mitigar el choque emocional de la noticia.

—Inspectora —titubeó el médico—. ¿Está segura de que se trata de la misma persona? Estamos todos muy preocupados por ella. La esperábamos a principios de agosto. Solía pasar aquí los días que podía porque trabajaba de profesora de música en un instituto. Pero lo había arreglado todo para dejar su trabajo durante un tiempo y venirse aquí, con nosotros. Los niños la adoran —dudó un segundo, como si no supiera qué decir—, yo también... toca muy bien, se le da muy bien la música..., ella... —el hombre se cayó de repente, como si no supiera qué añadir o como si de repente hubiera caído en la cuenta de que no merecía la pena hablar más. La inspectora guardó silencio un instante.

—Me temo que sí, señor Kumar. Katherine Ashton era en realidad Rebecca Blackwood —le respondió, finalmente. Lo escuchó murmurar algo para sí, confuso.

—Pero... ¿qué importa cómo se llame? Rebecca o Katherine, da igual. Por favor, solo le pido... tiene que encontrarla —suplicó, finalmente, comprendiendo que algo iba mal.

Mayoral cerró los ojos, sabiendo que, en realidad, había un mundo de

diferencia entre un nombre y otro, entre una realidad y otra.

—Doctor Kumar, pase lo que pase, es importante que recuerde esto —hizo una breve pausa—: para ella usted, el orfanato, los niños, Chandra... todos ustedes, eran muy importantes. Tan importantes que iba a renunciar a todo por estar ahí —calló durante un segundo, antes de repetir—: A todo.

La mirada de consternación de Adrián la esperaba al colgar el teléfono.

—Rebecca había borrado todos los archivos y correos antes de partir. Pero uno no borra fotos importantes así, sin más —le dijo él.

—En todo caso —continuó ella—, está claro que lo tenía todo listo para desaparecer y comenzar esa nueva vida en Mahe. Sin embargo, nunca llegó.

—Algo se lo impidió —concluyó Adrián.

La inspectora se dejó caer con desánimo contra el respaldo del sillón. A pesar de la relevancia de toda aquella información, en realidad, seguían como aquella misma mañana y como hacía tres meses: sin saber qué diablos había sido de Rebecca Blackwood.

Fue entonces cuando su mirada se posó por casualidad en una de las fotos de la carpeta que había abierto en el portátil. En ella, Rebecca sonreía abiertamente a la cámara en una pose desenfadada. Junto a ella, una joven morena de la misma edad de Rebecca, ponía morritos a la cámara haciendo con una mano el gesto de “V” de victoria.

Había mucha complicidad en esa foto, muchas noches confidencias, muchas dudas y sueños compartidos, todo un futuro por delante para apoyarse mutuamente. Era la foto de dos mejores amigas.

Pero lo que llamó la atención de la inspectora, lo que hizo que tuviera que ampliar la foto hasta que el rostro de la chica ocupó toda la pantalla, lo que la hizo soltar una maldición, fue el darse cuenta de que ella conocía a aquella mujer.

La había visto esa misma mañana, solo que no llevaba el pelo oscuro y largo, sino rubio y a la altura de los hombros. E iba vestida solo con una camisa de hombre blanca.

Capítulo 21

Cuando subí a cubierta —continuó Tristán ante el silencio expectante de Lovelace—, Rebecca estaba allí, asomada a la popa, completamente desnuda, a pesar de que la temperatura había descendido y de que la tormenta estaba a punto de estallar.

Cuando me aproximé a ella, me di cuenta de lo que ocurría: estaba borracha, tan borracha que no se podía tener en pie. Tan borracha que se aferraba a la barandilla del barco en un intento de vomitar.

Me acerqué con cuidado para intentar ayudarla, pero ni siquiera me reconoció. Me apartó de un empujón y caí golpeándome la cabeza contra el suelo. Aún así, me levanté como pude y volví a acercarme a ella. Y entonces fue cuando pasó: en el forcejeo, en un impulso estúpido, Rebecca perdió el equilibrio y se cayó por la borda. La vi caer, una figura pálida y torpe, profiriendo un grito casi animal mientras se precipitaba sobre la oscuridad de las aguas.

Yo entré en pánico, no sabía qué hacer. Me parecía recordar que había que lanzar al agua algún objeto flotante para señalar la zona de la caída, así que corrí a buscar un flotador. Pero el golpe en la cabeza había sido mucho más fuerte de lo que me pareció, de alguna forma caí al suelo, sin fuerzas. Observé las escasas estrellas en el cielo que las nubes de tormenta no habían logrado ocultar, pasando a toda velocidad sobre mí, mientras sentía por el balanceo del barco cómo nos alejábamos de la zona donde Rebecca había caído. Perdí el conocimiento.

Desperté en algún momento justo antes de la salida del sol. Al principio, no sabía qué hacía allí tirado, luego recordé lo que había ocurrido, pero todo estaba borroso en mi mente. Me maldije por haber bebido tanto y, de alguna forma, logré convencerme de que probablemente todo había sido solo una pesadilla, provocada por el champagne y el mareo del movimiento del barco.

Sí, cuando llegué a mi camarote, ya me sentía completamente seguro de que todo había sido solo un mal sueño, una pesadilla macabra que olvidaría tan pronto abriera los ojos, al amanecer. Me dejé caer en mi cama, dejando que la

luz suave del alba alejara de mí aquellos pensamientos extraños y siniestros y el sueño llegara con la paz que necesitaba.

Cuando una hora después, me desperté con los gritos de Laura Scott aporreando mi puerta comprendí, de golpe, que lo que había ocurrido no había sido un sueño, sino un terrible accidente.

Pero, ¿qué podía hacer? ¿Contar que había visto a mi mujer, borracha y desnuda, cayendo por la borda, mientras yo me golpeaba la cabeza? No, claro que no. ¿Quién me iba a creer? Y, además, eso no iba a cambiar nada. Rebecca estaba muerta. Había caído al mar a cuatro o cinco kilómetros de la costa, completamente mareada y fuera de sí, en los minutos previos a que la tormenta se desencadenase.

Era imposible que se hubiera salvado. Sí, claro que era una excelente nadadora. Claro que era capaz de orientarse de noche con un cielo estrellado. Jamás se habría puesto en peligro en el barco porque era una experta navegante. Pero es que resulta, señor Lovelace, que estaba borracha. Simple y llanamente borracha. Y que sí que se puso en peligro, que tal como estaba no era capaz de nadar y mucho menos de mirar a las malditas estrellas, sobre todo en un cielo cubierto de nubes rojas.

Así que me callé. Aguanté como pude el interrogatorio y mentí. No por mí, por supuesto. Por ella. ¿Por quién si no? Porque, si no pude salvarla, y eso es algo con lo que tendré que vivir toda mi vida, al menos salvaría su memoria y su recuerdo. ¿O es que era mejor hablar y que su abuelo, sus fans, todo el mundo... la recuerde como una vulgar borracha loca?”.

Durante unos instantes perfectos, Álvaro pensó que su relato había sido tan devastador que había logrado dejar a Lovelace sin argumentos. El silencio con el que había recibido sus palabras así parecía demostrarlo. Sintió cómo su corazón comenzaba a latir más deprisa ante la posibilidad de que aquella pesadilla finalizara por fin, y de la mejor manera posible para él.

—¿Cómo se atreve? — musitó Lovelace, sin embargo, con un hilo de voz apenas perceptible. Tristán lo miró sin comprender.

—¿En qué momento de la noche —continuó el consultor, alzando la voz cada vez más— le he dado la impresión de ser un imbécil capaz de tragarme semejante basura? ¿Es que se cree que estoy aquí para dejar que me cuente esa mierda y que con eso me voy a volver a Londres tan tranquilo?

—¿Qué quiere decir? ¿Le he contado la verdad? —trató de defenderse

Álvaro.

—¡Oh, vamos! Todas las fuentes que he consultado, incluido usted, coinciden en que Rebecca era una navegante experta. Siendo la única persona en el velero que era capaz de navegar, jamás habría cometido la imprudencia de beber hasta el punto de no poder controlar el barco. Menos aún con la amenaza de esa tormenta.

—Le estoy diciendo que fue así.

—Y yo le estoy diciendo que es usted un mentiroso despreciable. Puedo comprender que no quiera contar la verdad, pero que me largue este cuento absurdo y ridículo me da asco —sentenció, poniéndose en pie y volviendo a recoger sus cosas—. Le he dado una oportunidad para no ir a la policía, pero me ha hecho perder mi tiempo con engaños.

Álvaro lo observó una vez más, mientras se dirigía a la salida del apartamento. Esta vez con un paso seguro y resuelto, a punto de llevarse consigo todas sus esperanzas de volver a comenzar de nuevo. Si Lovelace iba a la policía todo se paralizaría. La venta del Stradivarius podría tardar meses o años. Los abogados del viejo continuarían presionando para evitar su acceso al dinero de las cuentas e incluso para que abandonara el ático. Sin nada de eso no solo no podría participar en la nueva película, no podría rehacer su carrera, si perdía aquel ático ni siquiera tendría dónde vivir.

Millones de oscuros escenarios volvieron a agolparse en su mente. Calculó tan rápido como pudo todas sus posibilidades, buscando alguna que le permitiera, al menos, perder lo menos posible. Solo encontró una salida.

Contar la verdad.

—¡Espere! —lo llamó, sin moverse, consciente de lo diferente que había sonado el tono de su propia voz: neutro, sombrío, afilado. Era la voz de un hombre que tiene mucho que perder. Lovelace se detuvo, volviéndose hacia él, con un aire de desprecio en su mirada—. Le diré lo que realmente pasó, si es que de verdad es lo que quiere saber —hizo una breve pausa—. Renuncio a la indemnización del seguro, pero usted no acude a la policía.

—¿Cómo sé que no miente de nuevo?

—Sabe que no lo hago.

Lovelace se acercó a él, escrutando su rostro con su mirada azul.

—Eso ya lo veremos. Comience.

Tristán negó con la cabeza.

—¿Cómo sé yo que no irá a la policía de todas formas?

Por toda respuesta, Lovelace se limitó a extraer unos papeles del bolsillo de su gabardina negra.

—Es la renuncia a la indemnización —anunció, entregándosela—. En la cláusula 15 se establece que queda anulada si la aseguradora realiza cualquier acto, de cualquier naturaleza, que pueda perjudicarlo. Eso incluye, obviamente, acudir a la policía con información confidencial sobre los movimientos en las cuentas de su esposa.

Tristán se sentó, echando un vistazo a los papeles que le ofrecía el consultor. Si solo unas horas atrás le hubieran dicho que renunciaría por su propia voluntad a una indemnización de cincuenta millones de euros, se habría reído como un loco.

Y, sin embargo, allí estaba, deseando dar aquel paso que ahora mismo se le ofrecía como la mejor de las oportunidades. Pero, si algo le sorprendía por encima de todo, era la revelación de que, en realidad, Lovelace lo había tenido desde el principio todo planeado. Aquel documento era la prueba de ello.

—Lo tenía todo atado antes de venir aquí —murmuró para sí mismo, mientras se apresuraba a firmar el documento.

El consultor se encogió de hombros, indiferente.

—Ya se lo he dicho. Lo único que me importa es hacer mi trabajo. Me pagan, y muy bien, por cierto, por que usted no cobre esa indemnización. La investigación policial no es mi problema.

Entregando el documento con su firma al consultor, como si ya no tuviera importancia alguna, Álvaro se puso en pie, acortando la distancia que lo separaba de Julius Lovelace. A escasos pasos de distancia, ambos hombres se miraron una vez más, midiendo de nuevo sus fuerzas, en un escenario que ahora era completamente distinto para los dos.

—Entonces, señor Lovelace —dijo Álvaro con aquella nueva voz que mostraba al hombre que realmente era—, es hora de que conozca la verdad.

Capítulo 22

Protegida por sus altas torres de pizarra, la Casa Blackwood se erguía majestuosa, oscura y misteriosa en pleno Barrio de Salamanca. Construido a finales del siglo XIX, el antiguo palacete era un ejemplo magnífico del estilo Beaux Arts, con su elegante fachada neoclásica y sus enigmáticos mascarones custodiando las ventanas. Como tantos edificios similares, su aspecto era a la vez magnífico y fantasmagórico, como si, en realidad, perteneciera a otro mundo, uno donde tienen lugar las historias góticas de libros ya olvidados.

La inspectora Mayoral se permitió contemplarla solo unos instantes antes de aparcar su moto en un lateral de la acera. Sintió el frío en la cara y la lluvia en su pelo mientras se quitaba el casco y se apresuraba hacia la entrada principal. Atrás quedó la gran cancela de hierro forjado a través de la cual se podían intuir los famosos jardines de la casa, con sus fuentes y esculturas, sumidos ahora en la oscuridad de la noche.

Mientras se acercaba a ellos, contempló con curiosidad los soberbios atlantes esculpidos en piedra que custodiaban la entrada principal de la casa y que parecían devolverle su misma mirada curiosa, ajenos a la lluvia, los truenos y los relámpagos que azotaban Madrid con aquella tormenta perfecta.

—Es el escenario ideal para una noche como esta —se sorprendió murmurando para sí, justo cuando alguien respondió al otro lado del porterillo. Aguardó unos instantes mientras se desabrochaba la cremallera de su chupa de cuero y se sacudía la melena mojada. Tan solo unos segundos después, Melquíades, el sobrio mayordomo de la Casa Blackwood salía a recibirla con el mismo gesto de gravedad de aquella misma mañana. Lo siguió a través de las antiguas cocheras del palacio hasta acceder a la gran escalera central de mármol que llevaba a la planta principal. Una vez allí, el mayordomo abrió la gran puerta doble de acceso al salón de los Blackwood.

—Lord Blackwood, la inspectora Mayoral ha llegado —anunció con solemnidad Melquíades, dejándola pasar delante de él.

Un alegre fuego ardía en la chimenea, caldeando toda la estancia a pesar de los altos techos. La lluvia golpeaba con fuerza los ventanales y el bramido de

los truenos se colaba a pesar de los recios muros y las cortinas de terciopelo. Pero dentro, el ambiente era tan agradable y acogedor que la inspectora deseó estar allí por cualquier otro motivo y poder sentarse junto al fuego a disfrutar de una agradable charla o de un buen libro. En lugar de eso, suspiró, dirigiéndose al dueño de la casa.

—Inspectora Mayoral —la recibió él, con un tono tan jovial y alegre que Esperanza no supo cómo interpretar—. ¡Qué agradable sorpresa! Estaba a punto de llamarla...

—Lord Blackwood —lo interrumpió ella bruscamente—, hay algo importante que debe saber. Lo hemos averiguado esta misma tarde y nos aporta mucha información sobre Rebecca que no teníamos.

El anciano acercó hacia ella su silla de ruedas. Solo entonces Esperanza se percató de que, a pesar de que solo habían pasado unas horas, su aspecto parecía infinitamente más cansado que aquella mañana. Las marcas rojas alrededor de sus ojos grises se habían hecho más oscuras y su rostro estaba aún más pálido. Aún así, su mirada expectante e inteligente evidenciaba que sus fuerzas no habían abandonado aún a Lawrence Blackwood.

—Continúe...—le pidió él.

Esperanza suspiró intentando ordenar las ideas. Durante el corto trayecto había estado pensando cómo contarle a Lord Blackwood que su nieta llevaba una doble vida a kilómetros de allí. Que lo había organizado todo para poder escapar de la vida que él conocía. Y que algo había salido mal.

—Verá, hoy hemos podido acceder al ordenador de Rebecca —comenzó—. Hemos encontrado unas fotos y unos correos. En ellos...

—¿Lo que ha averiguado es que Rebecca tenía planeado marcharse a Mahe?

Lo dijo con un tono casual, como si lo que acababa de decir no tuviera apenas importancia. Pero para la inspectora, fue un auténtico golpe bajo.

—¿Cómo? ¿Me está diciendo que ya lo sabía? —le respondió debatiéndose entre la incredulidad y la indignación.

—Así es.

Esperanza se giró sobre sí misma, en un evidente esfuerzo por mantener la calma.

—Señor Blackwood, llevamos tres meses intentando entrar en el ordenador

de su nieta. Lo que hemos averiguado es de vital importancia para la investigación. ¿Y me está diciendo que ya lo sabía y nos lo ha estado ocultando todo este tiempo?

Lord Blackwood la observaba el adulto que asiste a la rabieta de un niño.

—Pensé que, si ponía en su conocimiento que Rebecca tenía esos planes, la policía podía ir por un camino equivocado. Podían dar por sentado que se trataba de una desaparición voluntaria. De esa forma tendrían la excusa perfecta para dejar de investigar.

—¿Y qué si lo hubiéramos hecho? Su nieta tenía pensado desaparecer, señor Blackwood. ¿Podríamos haberla estado buscando durante años y no la habríamos encontrado jamás! ¿Cree que en la policía no tenemos otra cosa mejor que hacer que buscar a una niña rica, mimada y consentida? ¡Hay casos ahí fuera, señor Blackwood! Casos reales de gente que desaparece de verdad. ¡Gente que no vive en malditos palacetes del siglo XIX ni toca Stradivarius antes millones de personas!

Esperanza Mayoral estaba furiosa y no tenía ningún problema en demostrarlo. Había accedido a participar en aquel plan organizado por Blackwood que ahora se le antojaba absolutamente disparatado. Estaba arriesgando su reputación y su puesto de trabajo por ayudar a aquel anciano desesperado. Y ahora se encontraba con que la había estado engañando todo el tiempo, riéndose de ella y de su buena fe.

—¡Inspectora, cálmese, por favor! —le rogó él.

—¡Que me calme! Claro que voy a calmarme. De hecho, ahora mismo me vuelvo a comisaría. Tengo que llamar a la jueza para ponerla al tanto de toda la información que ha estado ocultando hasta ahora —dijo dirigiéndose a la puerta, ignorando la alarma en el rostro del anciano.

—¡Por favor, no haga eso! Es cierto que no le he contado toda la verdad, pero sí es cierto que algo horrible le ha ocurrido a Rebecca. ¡No llegó a Mahe! ¡Ni siquiera llegó a la costa de Menorca!

Mayoral se volvió hacia él, indignada.

—¿Y cómo lo sabe? ¿Cómo sabe que Rebecca no tenía en realidad otros planes y todo esto era una trampa? Quizás no pensaba ir a las Seychelles a pesar de todo y el ordenador era una estúpida pista falsa para engañarnos a todos. ¿Cómo sabe que no le está engañando a usted también, señor Blackwood?

Edward Blackwood estaba a punto de responderle, pero no llegó a hacerlo porque una voz joven y femenina se alzó sobre la suya, detrás de él:

—A eso puedo responderle yo, inspectora.

Esperanza Mayoral giró su rostro hacia la mujer que hablaba. Desde la estancia anexa al gran salón de la casa, una figura alta y bien vestida la contemplaba con curiosidad, envuelta entre las sombras de las luces de las lámparas. Se concedió unos segundos para asegurarse de que no estaba equivocada y que aquella joven era quien realmente le había parecido y, cuando finalmente comprendió que estaba en lo cierto, dejó escapar un gemido de incredulidad.

—¡Es usted! —exclamó.

Y, efectivamente, aquella era la última persona que la inspectora esperaba encontrar en la Casa Blackwood.

Capítulo 23

—¡Es usted! —repitió, como si aquellas palabras pudiesen invocar una explicación a la presencia de aquella mujer en aquel lugar. Porque allí, delante de ella, se encontraba la misma joven que había visto en las fotos en Mahe posando junto a Rebecca. La misma mujer que había visto por primera vez, medio desnuda, en el ático de Rebecca aquella misma mañana.

Por toda respuesta, la joven se acercó a ella. Con la media melena rubia peinada hacia un lado parecía una de aquellas antiguas actrices americanas de los años cuarenta. Llevaba un vestido camisero de seda entallado atado a la cintura con un lazo negro y al caminar, el tejido parecía quedarse suspendido en el aire a su paso.

—Mi nombre es Natalia Ormaechea —hizo una breve pausa ante el frunce de cejas de la inspectora—. Sí, de “esa” familia Ormaechea que tiene en mente.

Esperanza la miró fijamente. La familia Ormaechea era, sin duda, la familia más rica de España. Lo sabía porque Gregorio Ormaechea, el abuelo y patriarca de la familia, era uno de los tres hombres más ricos del mundo. De hecho, en la famosa lista Forbes aparecía en segundo lugar, justo debajo del mismísimo Bill Gates. Gregorio había montado un imperio de la nada, comenzando con una pequeña tienda en un pueblecito de Bilbao, donde vendía perfectas perlas falsas, tan bien hechas, que incluso los mejores joyeros tenían serias dificultades para diferenciarlas de las perlas auténticas, cultivadas o salvajes.

A la perfección de sus perlas se unían unos diseños tan cuidados y originales que pronto, incluso lo más granado de la nobleza y la realeza europea, comenzaron a lucirlos, disparando con ellos sus ventas en todo el mundo.

Gregorio Ormaechea presumía, allá por los años setenta de que, gracias a él, toda mujer que lo deseara, podía lucir las perlas más bellas del mundo, independientemente del dinero que tuviera en su bolsillo. Poco a poco, el negocio fue creciendo con nuevas líneas de producto: bolsos de lujo,

perfumes, cosméticos, ropa y, más recientemente, incluso una línea de tiendas de decoración para la casa. A día de hoy, no había ni un solo centro de ciudad importante en el planeta que no tuviera una o varias tiendas de los Ormaechea en algún edificio emblemático.

—Su origen familiar no me interesa, señorita. —Aunque lo cierto era que ahora mismo tenía a Adrián intentando averiguar quién era la chica que aparecía en la foto de Instagram junto a Rebecca. Al parecer, no todos los Ormaecheas eran tan amigos de exponerse ante los medios como el abuelo Gregorio. De hecho, ahora que lo pensaba, no conocía a ninguno de los hijos y nietos de la familia, excepto al mayor, que solía aparecer de vez en cuando en las revistas, siempre envuelto en algún escándalo de faldas.

—Me alegra. La privacidad es muy importante para nosotros —respondió Natalia, como si le hubiera estado leyendo el pensamiento—. Por motivos prácticos, principalmente. Pertener a una familia con el patrimonio de la mía te pone en el punto de mira de muchos pirados. Y de criminales sin escrúpulos, claro que de eso sabrá usted más que yo.

La inspectora no le respondió. Su mente trabajaba a toda prisa, estableciendo conexiones y formulando teorías. Su primer instinto había sido preguntarle al anciano Blackwood si sabía que aquella mujer se acostaba con el asesino de su nieta. Pero no necesitaba hacerlo, era evidente que debía saberlo. En su lugar, optó por dirigirse directamente a ella.

—¿Y qué tiene que ver con Rebecca? —quiso saber.

—Soy su mejor amiga.

—¿Y por eso se acuesta con su marido? —le espetó—. ¿Va a explicarme qué demonios significa esto? —añadió, dirigiéndose a Lord Blackwood.

—Inspectora, por favor, cálmese —intervino él—. Todo tiene una explicación. Natalia es una pieza clave en nuestro plan. Siempre lo ha sido.

—¡No me diga! —dejó escapar ella, mientras Natalia tomaba asiento tranquilamente junto al fuego.

—Por favor, siéntese —le pidió la joven, suavizando su tono—y permítame explicarme.

Esperanza Mayoral la miró con desconfianza. Necesitaba saber qué estaba ocurriendo realmente, aparte de los planes que Lord Blackwood había compartido con ella y que, ahora era evidente, iban mucho más allá de lo que le había contado hasta entonces. Finalmente decidió tomar asiento frente a

aquella desconocida que parecía tener un papel importante en aquella extraña trama.

—Como le he dicho, me llamo Natalia Ormaechea —comenzó—, y soy psicóloga. Cuando tenía veintiún años, mientras estudiaba la carrera, me di cuenta de que sufro un trastorno de personalidad antisocial. Soy lo que comúnmente se conoce como una sociópata. La mayoría de la gente confunde a un sociópata con un psicópata, pero, en realidad, no es lo mismo. Básicamente, los que somos como yo no poseemos ningún tipo de empatía. No puedo conectar con otras personas, no soy capaz de sentir emociones como el dolor, la lástima, el remordimiento o la culpa.

La mayoría de nosotros no somos diagnosticados nunca y, simplemente, pasamos por la vida como personas meramente egoístas o incluso crueles, pero en realidad, es simplemente que no podemos sentir esas emociones que, sin embargo, definen las vidas de la gente corriente.

Nos suele ir bastante bien en los negocios y en el mundo de la empresa corporativa. También en la política. Uno puede llegar muy alto si no tiene escrúpulos en aplastar a quienes se interpongan en su camino. No es que yo lo necesite, por supuesto, nunca he tenido que trabajar en toda mi vida.

Pero desde adolescente, mucho antes de que yo misma pusiera nombre a mi diferencia, yo ya era consciente de ella y de cómo me apartaba de los demás.

Los sociópatas, al contrario que los psicópatas, percibimos nuestras limitaciones como una desventaja y en muchos casos intentamos superarlas. Ser quien soy me permite hacer amigos fácilmente, nunca falta gente que quiera estar cerca de los Ormaechea.

Pero son amistades superfluas, vacías, incluso, porque esas personas no significan nada para mí, aunque yo intente acercarme a ellas. Sus historias me son tan indiferentes como lo puede ser un insecto para un jardinero.

La mayoría de nosotros dejamos de intentarlo en un momento dado. Es entonces cuando comenzamos a aislarnos en nosotros mismos, dejando de lado al mundo, dentro de lo que nuestras situaciones nos lo puedan permitir, claro. En mi caso, mi situación me lo permitía por completo. No tener que ir cada día a un trabajo a aguantar a compañeros y jefes puede ser una bendición, pero también un camino seguro para ir encerrándote cada vez más hasta casi no tener contacto con otros. Es un círculo vicioso, cuanto más te aíslas, menos expuesta estás a emociones que no comprendes, y cuantas menos emociones

comprendes, más se incrementan los problemas asociados al trastorno.

Y así estaba yo a los veinticinco años, con mi familia persiguiéndome para que ingresara en un ridículo centro donde no podían hacer nada para ayudarme y yo cada vez más feliz de no tener que ver a ninguno de ellos.

Y entonces, de repente, apareció Rebecca.

Eran las tantas de la noche y andaba metida en Facebook. Las redes sociales me fascinan. Todas esas personas compartiendo emociones que yo no puedo comprender. Puedo estar horas y horas intentando descifrar esas sonrisas y esos mensajes llenos de signos de puntuación y emoticonos. Pues bien, alguien había compartido un vídeo de Rebecca. Es ese vídeo grabado en el teatro de La Fenice, en Venecia, donde toca la suite nº1 para chelo de Bach y que le dedica a un amigo de la infancia. ¿Lo ha visto? Muchos críticos dicen que es la mejor interpretación de esa pieza de toda la historia.

No la voy a engañar, lo primero que me llamó la atención fue la belleza de Rebecca. Incluso en aquella pequeña pantalla en miniatura que aparecía en el navegador, no pude dejar de fijarme en ella, vestida con aquel vestido largo color cereza y preguntarme quién demonios era aquella chica. Yo no era precisamente aficionada a la música clásica, así que Rebecca era una extraña para mí, por mucho que ya entonces fuera una famosa chelista.

Así que hice clic en el vídeo para poder verlo en pantalla completa. Rebecca, con su larga melena inclinada sobre el chelo, tocando aquellas notas tan fuertes, tan graves y tan rápidas... su rostro perfecto concentrado solo en el sonido de su música. Era una explosión de belleza como yo no había contemplado jamás.

Solo podía pensar en cómo me gustaría haber sido ese chico al que Rebecca dedicaba aquella canción. Cuando finalmente la pieza finalizó, el público se quedó unos instantes en silencio, demasiado impresionado como para reaccionar. Cuando unos segundos después el teatro estalló en un mar de aplausos y vítores, yo me eché a llorar. ¿Puede creérselo?

¡Me eché a llorar! Y al mismo tiempo que lloraba, reía. Reía por la sorpresa y el alivio de comprender que, al fin y al cabo, no estaba todo perdido para mí. No, si aún era capaz de sentir, de emocionarme y de que alguien me importara realmente.

Aquella misma noche investigué y averigüé todo cuanto pude sobre la chica del vídeo y hasta reservé entradas para su próximo concierto. ¡Necesitaba

saberlo todo sobre ella! Y, sobre todo, necesitaba conocerla.

Acudí al primer concierto un poco asustada. Tenía miedo de que al verla en directo la magia pudiera disiparse y todo volviera a ser como antes: yo encerrada en mi apartamento en Manhattan, rehuyendo todo contacto humano.

Pero no fue así. Desde que Rebecca apareció en el escenario hasta el final, las emociones que sentí con su música, con ella, fueron... únicas, irrepetibles. Era como si hubiera estado muerta durante años y de repente volviera a la vida, así era como la magia de Rebecca actuaba sobre mí. Fui a varios conciertos antes de conocerla personalmente. Quería estar segura antes de dar el siguiente paso porque una decepción para mí habría sido demasiado costosa, un gran paso atrás ahora que realmente estaba avanzando con mi condición.

Cuando por fin llegó el día en que iban a presentarnos, volví a sentir miedo. Y el miedo era algo tan novedoso en mí como todas las sensaciones que me producía Rebecca con su música. Pero sí, tenía miedo. No de que me rechazase o de que ignorase. Eso no solía pasarnos a los miembros de mi familia. Mi miedo era a que no fuese en absoluto como me la había imaginado, a que, en realidad, fuera una persona anodina y aburrida, alguien cuyo único valor para mí pudiera ser su música. Pero, una vez más, el miedo fue infundado.

La conocí en una gala benéfica en Nueva York organizada por el Metropolitan. Uno de mis hermanos es benefactor del museo, así que no tuve problema en ser invitada también. Acudí con él, quien, para mi sorpresa, también resultó ser un gran fan de su música. La conexión con Rebecca fue inmediata. Tan pronto nos presentaron, pude sentir cómo se generaba una corriente de simpatía entre las dos. Fue tan encantadora, tan divertida, estaba tan agradecida de que Daniel, mi hermano y yo le habláramos de cuánto disfrutábamos con su música que nos hizo sentir como si la hubiéramos conocido desde siempre.

Rebecca cambió los cartelitos de las mesas para que pudiéramos sentarnos juntas, ¿puede creérselo? Renunció a sentarse con actores de cine y estrellas de rock para pasar la cena con nosotros, los aburridos herederos de una aburrida fortuna. ¡Aquello fue increíble!

Desde aquella noche, Rebecca y yo nos convertimos en las mejores amigas. En aquel momento no me pareció extraño. Teníamos la misma edad, habíamos pasado la vida rodeadas de gente que se aproximaba a nosotras más por

interés personal que por disfrutar de nuestra compañía y, de alguna extraña manera, éramos muy parecidas.

Pero luego, con los años, me di cuenta de que, en realidad, cuando la conocí, Rebecca se sentía tan sola como yo. Ella no tenía ningún trastorno de la personalidad, pero su corazón estaba desgarrado desde los dieciocho años y sobrevivir con aquella herida era su propio reto personal, como el mío era luchar por llevar una vida normal a pesar de mi falta de empatía y emociones.

Sí, Rebecca y yo nos rescatamos, sin saberlo, la una a la otra.

La gente conoce su faceta seria y profesional, yo conozco a la Rebecca divertida, atrevida y gamberra. La amiga que siempre tenía una palabra amable, a cualquier hora del día o de la noche, la que era capaz de coger un vuelo desde el otro lado del mundo para llegar a tiempo a mi cumpleaños, la que se reía con mis ocurrencias y se olvidaba rápidamente de mis errores. Rebecca era mi amiga, mi confidente, mi hermana.

Por eso, cuando se enamoró de aquel imbécil de Álvaro Tristán, no supe qué hacer. Entendía por qué le gustaba, claro. Es un hombre muy guapo y atractivo: alto, apuesto, con su pelo oscuro, sus ojos verdes y todo eso. Pero había algo oscuro en él. Incluso yo pude darme cuenta, a pesar de que nunca quise conocerlo personalmente... pero no Rebecca. Ella nunca veía el lado oscuro de nadie, claro que por eso tampoco nunca vio el mío.

Cuando decidió casarse con Álvaro lo intenté todo para que la boda no llegara a celebrarse. Sin que ella lo supiese, boicoteé la ceremonia, retrasé la entrega del vestido, filtré datos a la prensa... pero todo fue en vano. Finalmente, Rebecca y Álvaro se casaron por sorpresa en la pequeña iglesia de San Miguel, rodeados solo de los familiares y amigos más íntimos y a mí solo me quedó fingir una alegría que era imposible que sintiera. Por supuesto, no asistí a la boda. Puse una excusa que sé que Rebecca no se creyó, pero que, como siempre, no tardó en olvidar.

Y casi desde el principio, el muy desgraciado comenzó a maltratarla. A maltratarla, sí. Primero con comentarios hirientes a los que ella misma le restaba importancia, pero luego llegaron los primeros insultos, los comentarios haciéndola dudar de su valía, de su físico, incluso de su talento. Y poco a poco, Rebecca comenzó a apagarse.

¿Por qué una mujer como Rebecca se dejaba aplastar por un inútil como Álvaro Tristán? Lo desconozco. Conozco, sin embargo, muchos casos como el

suyo: Audrey Hepburn, María Callas, Marilyn Monroe... mujeres con un talento fuera de lo común unidas a tipos mediocres que no podían soportar que el éxito de ellas los eclipsara.

En algún momento, los insultos pasaron a ser algo más y una noche, Álvaro la violó.

Rebecca me llamó al día siguiente llorando y me contó lo que había ocurrido. Puede imaginar mi reacción. Le dije que había gente que podía quitar al tipo indeseable aquel de en medio. Lo dije muy en serio, pero Rebecca pensó que estaba de broma para animarla. En lugar de aceptar mi propuesta, se rio.

Mi condición tiene estas cosas: yo no podía comprender la postura de Rebecca, si alguien te hace daño, tú se lo haces a él, punto. ¿Por qué ella no podía verlo así?

En todo caso, sí que pude convencerla para que se alejara de él, al menos unas semanas, y así lo hizo. Rebecca tenía un concierto benéfico en Abu Dabhi, así que lo organizamos para pasar unos días juntas de vacaciones en las Seychelles. Y así fue como, por casualidad, después de perdernos en Mahe, encontramos el orfanato y conocimos al doctor Jaidev Kumar.

Pasamos juntas unos días increíbles. A Rebecca la impresionó mucho la labor del médico y de las hermanas que llevaban el orfanato. Apenas tenían medios, pero estaban sacando adelante a más de cuarenta niños que no tenían absolutamente nada ni a nadie en el mundo. Yo le dije que podíamos ayudar con donaciones, pero ella quería algo más: quería ser parte de todo aquello.

Fue cuando Rebecca decidió tomar de nuevo las riendas de su vida. Habló con su agente para reorganizar su agenda de conciertos. Se cortó el pelo y cambió su larga melena por un *long bob* que enseguida le copiaron miles de adolescentes en todo el mundo. Se hizo un tatuaje, una bonita luna de encaje. Luna era el significado del nombre de una niña del orfanato por la que Rebecca sentía auténtica locura, Chandra.

Al cabo de unas semanas, decidió regresar a Madrid. Estaba en forma, bronceada y preciosa. Pero, sobre todo, había encontrado algo que la hacía feliz: un nuevo propósito en su vida.

¡Yo estaba tan contenta! Pensaba que por fin iba a abandonar a Álvaro, pero me equivocaba.

Por algún extraño motivo, Rebecca estaba convencida de que todo lo malo

en su relación era culpa de ella. Veía en él algo que, a todas luces, yo era incapaz de comprender.

Sin embargo, la relación entre ambos iba cada vez peor. Rebecca cada vez pasaba más tiempo en Mahe, siempre encontraba la forma de escapar unas semanas o incluso a veces unos meses, aunque para ello tenía que cancelar citas y conciertos.

Por fin, después de un año en que Álvaro y ella apenas se vieron, Rebecca decidió separarse. Creo que el doctor Kumar tuvo mucho que ver, aunque no estoy segura. Rebecca nunca me lo contaba todo.

Un día, al poco de comunicarle a Álvaro su intención de divorciarse, Rebecca vino a verme a Nueva York. Estaba muy alterada, algo impropio de ella.

Me contó que, al saber su intención de divorciarse, Álvaro había vaciado las cuentas a las que tenía acceso. En total, se había quedado con casi cien mil euros y, al ser titular de las cuentas, como lo era ella, Rebecca no podía hacer nada.

—¡Me ha robado ese dinero! ¿Cómo se ha podido atrever? ¿Te das cuenta de todo lo que podría hacer en Mahe con ese dinero? ¡Podríamos construir una nueva escuela! ¡Podríamos alimentar a los niños durante diez años! ¡Podríamos, podríamos... hacer tantas cosas!

Rebecca no había querido desvelar nuestras identidades en Mahe. Para el doctor y las hermanas, éramos dos chicas europeas con trabajos sencillos y preocupaciones mundanas. Por ese motivo, para no traicionarse, solo hacía donativos pequeños, aunque pensaba hacer un donativo importante de forma anónima través de una de una de sus empresas. Cien mil euros era una cantidad importante que Rebecca habría donado encantada a aquel nuevo proyecto que ahora era lo más importante que tenía.

En su lugar, habían ido directos al bolsillo del tipo que le había hecho la vida imposible durante los dos últimos años hasta el punto en que había estado a punto de perderse a sí misma.

Yo no sabía qué decirle. Pensaba que librarse de Álvaro era una buena idea, pero no veía cómo consolarla por sentirse engañada.

No obstante, Rebecca tenía un plan. Y me necesitaba.

“Tengo que irme un tiempo. Quiero pasar unos meses en Mahe, quizás un año” me reveló. “Solo necesito desaparecer”.

Incluso a mí, que como todos los de mi condición tiendo a ser ciertamente irresponsable, aquel plan me pareció totalmente atrevido.

“Puedes irte sin más. Eres una mujer adulta, no tienes que dar explicaciones a nadie”.

“Mi abuelo no lo entendería. Mis fans no lo entenderían. He firmado demasiados compromisos para el próximo año en un intento de recuperar el tiempo que he perdido. Pero no puedo hacerlo. No puedo estar lejos de Mahe y de esos niños. Me necesitan, Natalia. Por primera vez en muchos años alguien me necesita”.

Ahora sé lo que tenía que haber hecho. Tenía que haberla abrazado y decirle que yo la necesitaba. Que su abuelo la necesitaba. Que su público la necesitaban. Tenía que haberla hecho ver que aquello no era lo mejor para ella, y que, en todo caso, no era lo correcto, pero en su lugar, me dejé llevar. Al fin y al cabo, ella tenía un plan y en ese plan yo era indispensable.

“Tengo un plan perfecto. No solo desapareceré para ser libre durante un tiempo, además haré que Álvaro pague por cada céntimo que me ha robado. Lo invitaré a navegar una vez más conmigo en el *Libertas*, con la excusa de intentar arreglar lo nuestro.

Sé que aceptará porque está desesperado por que no lo abandone. No porque sienta nada por mí, sino porque con nuestro divorcio se queda en la calle, sin nada. También me llevaré a Laura porque necesito que haya algún testigo, aunque a ella no le diré nada. Con lo nerviosa que es, seguro que lo echaría todo a perder.

Dejaré al *Libertas* navegando en piloto automático con la ruta programada para que a cierta hora de la noche estemos lo suficientemente cerca de la costa de Menorca como para que pueda alcanzarla a nado, pero lo suficientemente lejos como para que nadie sospeche nada. Habré administrado algún tranquilizante a Álvaro y a Laura para asegurarme de que los dos duerman profundamente y no entorpezcan nada.

Arrancaré la última página del diario de abordo, me aseguraré de que no haya ningún peligro para la navegación durante las próximas horas y saltaré por la borda.

Solo tendré que nadar una hora, quizás unos minutos más, en dirección a la costa. Me será fácil orientarme con las estrellas y llevaré conmigo un flotador

atado, solo por si tuviera algún percance.

La costa sur de Menorca es una zona rocosa, llena de pequeñas cuevas y entrantes. Hay uno en concreto, justo antes de la entrada de la cala Es Canutells, donde es fácil ocultar una pequeña lancha o incluso una fueraborda. Lo único que tienes que hacer es esperarme allí a la hora acordada para recogerme. Después solo tengo que abandonar el país. Tengo documentación falsa al nombre de Katherine Ashton y un acuerdo con un pequeño mercante que me llevará como polizón hasta Lisboa. Desde allí podré tomar un avión hasta Brasil. Esperaré allí unos días y volaré hasta las Seychelles.

A la mañana siguiente de mi desaparición, Laura, que siempre va a despertarme, descubrirá que no estoy a bordo y dará la voz de alarma. Álvaro se levantará, confuso por el vino y por el tranquilizante. Pararán el barco y llamarán a Salvamento Marítimo, Álvaro sabe que es el protocolo a seguir. En cuanto lleguen, comprobarán el diario de abordo y verán que falta la última página y que de las dos personas que iban en el barco, solo Álvaro tenía motivos para deshacerse de mí.

He hecho testamento hológrafo en Londres, dejándoselo todo a él y hasta he contratado un seguro de vida millonario. La policía lo tendrá como principal sospechoso de mi asesinato, porque, ¿qué otra cosa podría haber ocurrido?

Nadie pensará que me he ido por mi propia voluntad, no con una gira a punto de comenzar. Y todos saben que jamás dejaría atrás mi posesión más preciada: el Bartok Azul. Todas las sospechas recaerán sobre Álvaro durante los próximos meses.

Quizás hasta vaya a la cárcel unos meses mientras espera juicio. ¡Eso sería perfecto! Pagaría por estos dos años de sufrimiento y por el dinero que me ha robado. Será solo temporal, por supuesto. En pocos meses, regresaré. Me inventaré algo, que he tenido amnesia y me rescataron unos pescadores, no sé, ya lo pensaré.

Pero eso será en unos meses. Mientras tanto, volviendo aquí y ahora, en solo dos días seré libre.

Nada puede fallar. Es un plan perfecto.”

Mirando hacia atrás, me cuesta creer que accediera. ¡Claro que muchas cosas podían fallar! Podría tener un calambre que le impidiera nadar. Podría golpearse con una roca y perder el conocimiento. Podría haber un percance con la lancha que me impidiera ir a recogerla.

Una a una, enumeré todas las objeciones que se me fueron ocurriendo para intentar hacerla desistir, haciendo especial hincapié en las más importantes: el daño que le haría a su abuelo y a la pobre Dolores, que la adoraba.

Pero no sirvió de nada, ella estaba totalmente convencida de que todo iría bien. “Solo serán unos meses. El abuelo estará bien, es un soldado. Y Dolores cuidará de él. ¡Piensa en la alegría que se llevarán cuando vuelva a aparecer!”

Rebecca era así, siempre podía convencerte de cualquier cosa que quisiera, aunque fuera algo tan egoísta y arriesgado como lo que estaba a punto de hacer. Además, el hecho de que se vengara de Álvaro por todo lo que le había hecho era un aliciente al que yo tampoco podía resistirme. No pensaba que su plan fuera perfecto, pero la idea era absolutamente irresistible. Y yo siempre podría visitarla en las Seychelles.

Así que accedí.

El día acordado llegué a Menorca como una turista más, intentando pasar todo lo desapercibida que pude. No fue difícil, en verano la isla está atestada de famosos que acaparan toda la atención de los paparazis.

Como había acordado con Rebecca, alquilé una lancha en uno de esos pequeños negocios que rentan embarcaciones sin titulación para turistas y me aseguré de que me daban la más rápida que tenían pagando un generoso extra.

Después, me dirigí a la cala donde Rebecca me había indicado que debía esperarla. Era muy importante que estuviera segura de cómo llegar a Es Canutells, ya que tendría que orientarme durante la noche y con poca luz para no llamar la atención.

El sitio era justo como Rebecca lo había descrito, aquella entrada a la cala era perfecta para esconder una lancha en cualquiera de los entrantes que el mar hacía en ella. Había varias cuevas que se adentraban hacia la isla, pero no sería necesario. A aquella hora de la mañana cercana al mediodía me encontré con otras lanchas e incluso con un numeroso grupo de turistas haciendo kayak, pero tenía bastante claro que no habría nadie durante la noche y podría camuflarme en alguno de los salientes para aguardar pasando desapercibida.

Claro que podría acercarse alguna patrulla de salvamento marítimo o incluso de la Guardia de costas y eso sería un gran problema, pero, por el momento, preferí apartar aquellos pensamientos de mi mente. No podíamos tener tan mala suerte. Rebecca ya estaba navegando con Álvaro y Laura, ya no

podíamos dar marcha atrás por mucho que comenzaran en aquel momento comenzaran a asaltarme las dudas.

Pasé el día lo mejor que pude, ahuyentando la preocupación de que algo pudiera salir mal mediante el creativo método de imaginar la cara de Álvaro a la mañana siguiente cuando descubriera que Rebecca había desaparecido. O mejor aún, encerrado en algún oscuro calabozo en prisión provisional por un crimen que no había cometido. Incluso me daba un poco de pena que Rebecca fuese a aparecer al cabo de un tiempo, porque en mi opinión, el tipo se merecía una buena temporada a la sombra por casi haberla destrozado. Pero bueno, aquello era mejor que nada.

Me conecté a Internet para descargar el pronóstico del tiempo y así fue cómo descubrí que para aquella noche se esperaba una DANA (una depresión aislada en niveles altos) a pocos kilómetros de la derrota que había trazado Rebecca para el Libertas. En realidad, no era algo demasiado preocupante, porque ella solo se enfrentaría a su cola, es decir a los restos que dejaba esa DANA, lo que se traduciría en un poco de oleaje y lluvias.

Pero aquello implicaba que Rebecca tendría que nadar durante una hora contra la resistencia de las olas, con lluvia y sin poder orientarse mirando las estrellas. Aquello habría sido suficiente para hacer desistir a más de uno, pero conociendo a mi amiga yo sabía que ella no se echaría atrás por un poco de viento y lluvia.

No obstante, miré el móvil que habíamos adquirido solo para llevar a cabo el plan y no encontré nada. Ningún mensaje, ninguna llamada de Rebecca, ningún cambio de planes.

Cuando por fin llegó la noche, salí del hotel vestida con ropa de calle para no levantar sospechas. En una bolsa de viaje llevaba mi traje de neopreno, toallas, mantas y un termo con bebida caliente en caso de que Rebecca pudiera necesitarlas. En la lancha me había aprovisionado de botellas de agua y barritas energéticas.

Subí a la pequeña embarcación, me cambié de ropa y arranqué el motor, dejando atrás el pequeño puerto. Había tenido la precaución de dejar la lancha en un rincón apartado fuera de la vista de curiosos y turistas. En cuanto me alejé un poco del puerto, empujé suavemente la palanca de forma que fui ganando velocidad y en pocos minutos ya iba a toda la velocidad que el motor me permitía.

Sentía el viento y las gotas de la espuma de las olas en mi cara y en el pelo y el olor a sal y a mar bajo aquel cielo aún cuajado de estrellas. Yo no compartía con Rebecca su afición a navegar, pero podía entender cuánto disfrutaba ella de aquella sensación salvaje de libertad, a pesar de que aquella pequeña lancha, llamada “Manuelita” por cierto, no podía ni siquiera compararse con su magnífico *Libertas*.

Fui disminuyendo la marcha según me iba acercando a Cala Es Canutells. Al llegar, me di cuenta de que la marea había subido bastante desde que estuve allí por la mañana y ahora el mar cubría más el entrante que había visto por la mañana. El cielo había comenzado a cubrirse de nubes cargadas de lluvia y supe que, en seguida comenzaría a descargar.

Maniobré con cuidado hasta que logré situar la lancha en uno de los recovecos que formaba la costa con el mar, muy cerca de la entrada de una cueva. Una vez que lo logré, eché el ancla y apagué el motor y las luces. Por la mañana había visto que aquella zona estaba completamente cubierta de posidonia y, por lo tanto, estaba especialmente vigilada y protegida. Me mordí los labios encomendándome a todos los santos de los que me acordé para que las patrullas no estuvieran activas durante la noche o para que, si lo estaban, al menos no fueran capaz de divisarme.

Al apagar el motor, el silencio me pareció atronador. Solo se escuchaba el sonido del mar y de las olas rompiendo contra el pequeño casco del “Manuelita”. Y estoy segura de que también se escuchaba mi corazón, latiendo muy deprisa mientras me habituaba al fuerte balanceo de la pequeña lancha a merced de la marea.

Miré mi reloj. Faltaba una hora y media para que, según el plan, Rebecca apareciera. Toda una hora y treinta minutos. Se me antojaba imposible pasar todo ese tiempo allí sola, sumida en aquella oscuridad solo atenuada por las estrellas, con el bramido del mar rugiendo sin descanso y el susurro del viento silbando entre los entrantes de las cuevas y las rocas.

Intenté tranquilizarme, pero comenzó a llover. Justo como esperaba, no era una lluvia demasiado intensa, pero sí lo suficiente como para que yo temiera por mi amiga.

Quizás Rebecca llegara un poco antes. Pero no, si se atenia al plan, y debía atenerse al plan, aún ni siquiera se habría echado al agua. Justo en ese momento debía estar aguardando a que Laura y Álvaro se quedaran dormidos para asegurarse de que no pudieran sorprenderla. La imaginé en el *Libertas*,

cambiándose de ropa, con el corazón latiéndole tan deprisa como el mío en aquel momento, con todos sus sentidos alerta por la adrenalina del momento.

“Siente el miedo y hazlo de todas formas” solía decir. Y bien sabemos todos los que la conocíamos que Rebecca vivía por y para ese lema. Nunca la vi dudar, jamás la vi tener miedo de nada, ni una sola vez la vi echarse atrás en ninguna situación, por atrevida que fuese.

Y, sin embargo, ahora mismo entregaría con gusto toda la fortuna de mi familia a cambio de unos segundos más con ella para poder gritarle que estaba equivocada. Que eso de hacer las cosas de todas formas a pesar del miedo es una auténtica estupidez cuando lo que está en juego es tu propia vida.

Porque, al final, eso fue lo que realmente venció a Rebecca. Su audacia, su necesidad de demostrarse a sí misma que podía con todo, que el miedo no podría vencerla nunca.

Porque de que Rebecca murió aquella noche, inspectora Mayoral, estoy totalmente segura. Lo supe con total certeza allí, en aquel lugar para mí ya siempre maldito, mientras el mar zarandeaba la lancha y un pavor como jamás había sentido comenzaba a helarme los huesos.

Al principio, fue una simple preocupación. Aún faltaban unos minutos para que Rebecca apareciera, pero lo cierto es que yo había dado por sentado que aparecería antes de la hora acordada. Ella nunca llegaba tarde y estaba convencida de que aquella vez tampoco lo haría. Pero no fue así. Los minutos fueron pasando cada vez más rápido, hasta que llegó la hora acordada. Las tres de la mañana. Atisbé en mar aguzando mis sentidos cuanto pude. La vista se me había acostumbrado a aquella escasa luminosidad y tenía la impresión de que a pesar de estar en plena noche podía ver con la misma claridad de aquella misma mañana.

Pero ni rastro de Rebecca.

Intenté tranquilizarme. Sabía que tendría que nadar una hora desde su situación en el *Libertas*. Quizás tardara más de lo que ella misma había calculado, especialmente teniendo en cuenta que tendría que hacer frente a la cola de una DANA.

Me senté y aguardé, haciendo un esfuerzo sobrehumano por acallar todos los nefastos pensamientos que se iban agolpando en mi mente. Todas las cosas que podrían haber salido mal. Todas las objeciones que le lancé la tarde en que me reveló su plan.

“Rebecca, ¿dónde estás?” me repetía a mí misma, una y otra vez, oteando el horizonte en busca de cualquier atisbo de sombra que rompiera aquella odiosa monotonía de olas, viento y lluvia.

Los minutos se fueron deslizando, ahora con una rapidez que me parecía desorbitada. No quería que el tiempo pasara, no si lo hacía sin que Rebecca apareciera, porque aquello solo podía significar que algo había salido mal.

Corrieron diez, veinte minutos, media hora... dieron las cuatro de la mañana. El tiempo siguió avanzando, inexorable. El frío me helaba los huesos y una sensación de fatiga y náuseas se fue apoderando de mí mientras la noche iba llegando a su fin. Mi reloj marcó las cinco. Solo unos minutos más tarde, los primeros rayos de sol comenzaron a romper el horizonte.

Volví a mirar el móvil, desesperada. Nada.

Estaba aterrada. ¿Qué debía hacer? Rebecca y yo no habíamos contemplado, ni por un instante, la posibilidad de que no llegara antes de la salida del sol. “Es un plan perfecto, nada puede salir mal”, me había dicho ella. A la luz del amanecer mi situación era demasiado arriesgada, cualquier patrulla costera podría divisarme y acercarme para ver qué hacía allí y no tenía ninguna buena excusa preparada.

Pero, ¿y si Rebecca llegaba y yo no estaba allí? Le sería imposible trepar por aquellas rocas resbaladizas. Aguardé unos minutos más, rezando como jamás lo había hecho, en un intento de que todo aquello no fuera más que una simple anécdota de la que las dos nos reiríamos muchos años más tarde, ya de ancianas, compartiendo una margarita en alguna playa paradisíaca. “Por favor, Rebecca, por favor...”.

Cuando, finalmente, el sol se alzó sobre el mar por completo y los colores de fuego de su salida se desvanecieron, comprendí que era hora de marcharme. Si Rebecca no había llegado en aquel momento, ya no había esperanza de que lo hiciera. Durante un segundo, el pánico se apoderó de mí. Imaginé a mi amiga ahogándose en medio del mar, sucumbiendo a la terrible agonía de una muerte bajo el agua.

Pero comprendí que tenía que mantener la calma y regresar al puerto. Me dije a mí misma que no tenía pruebas de que algo tan horrible pudiera haber ocurrido. Quizás había habido algún tipo de problema con el plan y Rebecca no había llegado ni siquiera a echarse al mar. Quizás la DANA la había disuadido y había olvidado avisarme. A lo mejor Álvaro o Laura no habían

llegado a dormirse a tiempo. O ella misma se había quedado dormida, agotada por los nervios y el estrés. O se había cruzado con otra embarcación que entorpeciera el plan.

Tan tontas como todas estas excusas me parecieron ya entonces, tuve que aferrarme a ellas para retomar el control sobre mí misma y reunir las fuerzas suficientes para levar el ancla y encender el motor. Después de haber pasado la noche a la intemperie estaba helada por la lluvia y el viento.

Recuerdo cómo todo mi cuerpo se agitaba en terribles sacudidas, temblando por el frío, el miedo y la impotencia mientras empujaba con rabia la palanca. La lancha volaba más que navegaba por encima de las olas de aquel mar que ahora veía como a un enemigo fuerte y despiadado.

No sé cómo logré llegar al hotel. Me di una larga ducha de agua caliente para entrar en calor y me metí en la cama con el móvil en la mano.

¿Qué debía hacer? Si llamaba a Rebecca temía ponerla en un apuro y, además, si algo había salido mal y ella no tenía su móvil me arriesgaba a exponerme gratuitamente. Pero, finalmente, no pude resistir más aquella incertidumbre y la llamé. No obtuve ninguna respuesta. Una vez más volví a intentar tranquilizarme diciéndome a mí misma que era demasiado temprano, aún ni siquiera eran las siete de la mañana. Si Rebecca estaba bien, no podría contestar el teléfono a esa hora sin arriesgarse a ser oída. O incluso podría estar dormida.

Sí, la idea de que por algún motivo hubiera abortado la operación y en aquel mismo momento estuviera en su cama, dormida y segura me reconfortó lo suficiente como para que me quedara dormida, aunque, en realidad, una parte de mí sabía perfectamente que me estaba engañando a mí misma.

Me desperté de un salto varias horas después, bien entrada la mañana. Había tenido pesadillas y no me encontraba bien. Pedí el desayuno a la habitación y puse las noticias para pasar el rato mientras me lo subían y, de repente, ahí estaba. En los programas matinales de todas las cadenas, como noticia de última hora: la desaparición aquella misma noche de la famosa chelista Rebecca Blackwood.

Todo había ocurrido exactamente como lo predijo Rebecca: Laura y Álvaro habían avisado a Salvamento Marítimo y, según fuentes policiales, el marido era desde aquel primer momento, el principal sospechoso.

Solo que Rebecca no había logrado llegar hasta la costa.

Entré en shock. En aquel momento pensé que mis peores pensamientos se habían hecho realidad y que Rebecca debía haberse ahogado mientras nadaba intentado alcanzar la costa. El dolor que sentí fue desgarrador. Imaginar a Rebecca muriendo de una forma tan horrible, sola en medio del mar, sucumbiendo a aquella oscuridad fue demasiado para mí.

Luego vino la rabia conmigo misma por haberle permitido que llevara a cabo aquella locura. Y, después, por fin, me derrumbé y ya no pude pensar ni sentir nada. Pasé horas en aquel estado, sabiendo que asimilar que Rebecca estaba muerta y que ya nunca volvería a verla era algo a lo que no era capaz de enfrentarme.

Pero entonces ocurrió algo.

Las noticias lo mencionaron como un simple detalle sin importancia, pero en realidad, yo sabía que aquello lo cambiaba todo: el diario de abordó estaba intacto.

Rebecca había insistido en ello, había memorizado todos los pasos que debía dar, juntas habíamos repasado el protocolo millones de veces: antes de saltar al mar debía arrancar la última hoja de abordó. Como disciplinada marina que era, siempre llevaba el diario perfectamente al día, el hecho de que la última página hubiera sido arrancada solo podría significar que alguien la habría eliminado con oscuras intenciones como ocultar algo importante. Y ese alguien solo podría ser Álvaro.

Era una forma más, sutil pero inequívoca, de señalarle como el responsable de su desaparición. Sin eso, la policía no tendría apenas indicios para inculparle. Era imposible que Rebecca lo olvidara y para mí solo podía significar una cosa: algo le había ocurrido a Rebecca antes de saltar al mar.

Cuando comprendí las consecuencias que implicaban mi descubrimiento no supe qué hacer. Mi primer instinto, por supuesto, fue acudir a la policía. Pero, ¿qué podía decirles? ¿Que había planeado con mi mejor amiga fingir su desaparición e inculpar a su marido?

Sé lo suficiente de derecho como para entender en qué situación me dejaría eso. Y a Rebecca. Pero, por otra parte, mi testimonio era la única prueba de que algo terrible le había ocurrido.

Y de que Álvaro era el único que podía saber lo que le había ocurrido.

Durante los siguientes dos días permanecí en la isla, paralizada, sin saber qué hacer y, créame, no es algo habitual en mí.

Finalmente, pensé en qué querría Rebecca que hiciera y, sobre todo, en quién podría confiar. Y eso solo me dejaba una opción: acudir a Lord Blackwood y contarle la verdad.

La idea de aparecer ante el abuelo de Rebecca y explicarle nuestro estúpido plan de niñas ricas me aterraba tanto que no lo hice inmediatamente. Pero cuando apenas cinco días después, se anunció que Álvaro quedaba libre de cargos y que la investigación policial avanzaba por otros derroteros, supe que no tenía otra alternativa.

Y lo que ocurrió después, ya lo sabe. Lord Blackwood me escuchó atentamente y lloró como un niño cuando terminé mi relato. Él sabía, como ya lo había adivinado yo, que eso solo podía significar que nuestros peores temores se hicieron realidad aquella noche.

Me fui tan destrozada que no sabía si podría continuar adelante con mi vida. Por eso, cuando al día siguiente recibí su llamada con la idea de poner en marcha un plan para sacar a la luz la verdad, no lo dudé un instante. Estaba dispuesta a todo con tal de que Álvaro pagara por lo que había hecho.

Y no, no nos mire así, inspectora. La idea de salir con Álvaro fue solo mía, Lord Blackwood jamás me lo habría insinuado. Pero, ¿qué mejor forma de llevar a cabo nuestro plan que desde dentro de la casa?

De todos nosotros, yo era la única a la que Álvaro nunca había conocido personalmente y eso era una gran ventaja que teníamos que aprovechar.

Fue muy fácil para mí convertirme en Silvia. Bastó con cortarme el pelo, cambiarlo de color y comprarme ropa nueva, algo que encajara con una camarera aspirante a actriz y no con una rica heredera.

Rebecca me había contado tantas cosas sobre Álvaro que sabía perfectamente lo que tenía que hacer y decir para que se sintiera atraído por mí. Fue pan comido.

Al principio, pensé que podría reconocermé. ¡Maldita sea, su mujer había colgado fotos en Instagram de las dos juntas! Pero enseguida me di cuenta de que Álvaro no era precisamente el tipo de hombre que les prestaba atención a los fans de su mujer y supongo que esa era la categoría en la que yo entraba.

Lo demás, apenas tuve que fingirlo. Instintivamente, Álvaro huía de todo lo que le recordara a Rebecca y en casi todos los aspectos yo soy lo opuesto a ella: rubia, con curvas, desordenada, descarada, alocada... lo suficientemente atractiva para que se fijara en mí, pero no tanto como para que volviera a

sentirse eclipsado e intimidado.

No voy a hacerme la víctima. No ha sido una mala experiencia. Álvaro Tristán es un auténtico hijo de mala madre, pero no me importa reconocer que es uno de los hombres más atractivos con los que he estado y que es bastante bueno en la cama. Pero lo mejor de todo es imaginármelo en la cárcel cuando todo esto acabe. Y la cara que pondrá cuando descubra quién soy en realidad.

Eso sí que va a ser divertido, inspectora Mayoral.

Capítulo 24

—Y supongo, Lord Blackwood —intervino Esperanza, en cuanto Natalia terminó su relato— que, en realidad, el plan que está en marcha va mucho más allá de lo que me ha contado a mí.

Su voz sonó calmada, pero firme.

—La aparición del falso cuerpo de Rebecca y la colocación de las cámaras en el ático para vigilar a Álvaro era solo una parte, es cierto —confirmó el anciano—, pero la más importante. Con la que culmina el plan.

—Y el verdadero plan consistía en... —exigió saber la inspectora.

—En aprovechar las debilidades de Álvaro a nuestro favor —intervino Natalia—. Y en hacerlo de una forma que él nunca se imaginaría.

Esperanza guardó silencio, intrigada. Fue Lord Blackwood quien continuó, con una sonrisa pícaro en sus ojos.

—Sabemos fehacientemente que Álvaro cree en fantasmas.

—Se lo contó a Rebecca una noche que pasaron en un hotel, supuestamente embrujado, en Praga —explicó Natalia—. Al parecer, estuvo a punto de ahogarse siendo niño. Pocos días después murió su abuelo y Álvaro asegura que fue a visitarlo antes de marcharse al otro mundo.

Y después, según él, ha vuelto a ver otros espíritus. Rebecca, por supuesto, se rio de él cuando se lo contó. Aquello le costó un buen golpe en una pierna y un moratón que le duró semanas. Pero, sin saberlo, a nosotros nos dio una información privilegiada, la clave para actuar. Bueno, en realidad se la dio a Lord Blackwood, fue él quien lo ideó todo.

Mayoral se volvió hacia el anciano, deseando saber más.

—¿Y qué están haciendo exactamente? ¿Cómo se puede utilizar algo tan tonto contra alguien?

—En la guerra, inspectora —le respondió Lord Blackwood—, hay que confundir al enemigo. “Hacerle creer que estás lejos si estás cerca y cerca si estás lejos” escribió Sun Tzu en “El arte de la guerra” hace más de dos mil

quinientos años. Y eso exactamente es lo que hemos hecho nosotros. La idea, en realidad, no es mía.

La he tomado de un viejo amigo que murió hace ya muchos años, Jasper Maskelyne. ¿Le suena su nombre? Ya, a muy pocos les dice algo. Y, sin embargo, fue un hombre extraordinario que hizo cosas verdaderamente extraordinarias. Cuando el 22 de junio de 1941 los alemanes creían que bombardeaban la ciudad de Alejandría, en realidad estaban bombardeando una ciudad fantasma, construida de la nada, usando cartones, maderas y espejos. Alejandría, a unos kilómetros, con todas sus luces apagadas, era invisible para los pilotos alemanes, así que esta otra ciudad construida en medio de la nada, fue su objetivo.

Pasaron días hasta que se dieron cuenta de su error. Mi amigo había salvado miles de vida usando trucos de ilusionismo. Porque, ante todo, Jasper era ilusionista, la tercera generación de una gran familia de magos. Usó la debilidad de los pilotos alemanes: en la noche y desde su altura solo podían ver las luces encendidas de la ciudad. Para confundirles solo tuvo que apagar las luces de la auténtica Alejandría y encender las de la falsa. Vieron lo que querían ver porque ese, inspectora, es el gran secreto de la vida: la gente solo ve lo que quiere ver.

—¿Y Álvaro quiere ver fantasmas? No lo entiendo... —murmuró ella.

—Alguien que ha matado a su esposa y que cree en fantasmas —volvió a intervenir Natalia— *espera* ver a su fantasma. Y eso exactamente es lo que él cree que ve.

—Álvaro no iba a confesar lo que ha hecho por sí mismo —volvió a tomar la palabra Lord Blackwood—, solo con el detonante de la aparición del cuerpo. Había que someterlo a un estado de estrés y de tensión suficiente para que lo hiciera. Eso es lo que hemos estado haciendo durante estos meses.

—Fue fácil desde que me introduje en la casa. Álvaro no tardó ni dos semanas en darme una llave para mí de forma que pudiera entrar cuando él no estaba. El ático tiene un sofisticado sistema de domótica, en teoría altamente seguro. Pero, en realidad, puede *hackearse* fácilmente si sabes cómo... o si puedes pagar a la gente que sabe cómo hacerlo.

De esta forma controlamos el hilo de sonido diseñado originalmente para emitir música en toda la casa. Ahora emite también todo lo que a nosotros nos interesa, como notas del chelo de Rebecca, murmullos, suspiros e incluso

pasos. Sobre todo, por la noche. Es increíble cómo se puede avivar la imaginación de alguien usando solo el sentido del oído.

Tampoco fue difícil modificar el sistema de calefacción, gracias a eso de vez en cuando la temperatura baja drásticamente, como se supone que ocurre cuando aparecen los espíritus. También hemos colocado una resistencia térmica detrás del espejo del baño. Cada mañana, antes de irme, dejo un mensaje escrito con el dedo. Al llenarse el baño de vapor, las palabras que he dejado escritas se leen como si una mano invisible las acabara de dejar allí. Mi truco favorito.

—También ha sido una suerte que la nueva mujer de la limpieza se haya prestado a colaborar, solo hemos tenido que ofrecerle una generosa donación a su bajo salario ... —continuó Blackwood—. Le dimos instrucciones muy precisas sobre objetos que debía dejar fuera de su lugar habitual: libros, alguna joya de Rebecca, su cepillo de plata... Si Álvaro le comentaba algo sobre ello debía mostrar extrañeza. También le pedimos que vaporizara el perfume de Rebecca, de forma sutil, aquí y allá, como si ella siguiera en la casa. El olfato es el sentido mejor conectado con la memoria, ¿qué mejor forma de que Álvaro siempre tenga a Rebecca en mente que la constante presencia de su olor?

—El sistema de domótica también controla las luces de la casa. Gracias a eso podemos apagarlas y encenderlas y hasta elegir su intensidad. Me he divertido mucho estos días, disminuyendo las luces poco a poco, creándole bonitos dolores de cabeza a nuestro hombre —dijo Blackwood, sin ocultar una risa traviesa—; ¡Y despertándole en plena noche con un buen pizzicato!

—Y, por supuesto, están las cámaras y los micrófonos que instalamos desde el primer día —continuó Natalia—. Álvaro no lo sabe, como no sabe nada, el pobre diablo, pero desde nuestros monitores —añadió, señalando hacia la sala anexa al gran salón— registramos cada paso que da, cada movimiento, cada respiración.

Mientras hablamos, Laura está ahora mismo observando todo lo que hace. Ha habido que cambiarlas varias veces, eso sí, porque las baterías solo aguantan unas semanas, pero eso no ha supuesto ningún problema. Lo hemos hecho hoy mismo, con el propio Álvaro dentro de la casa, mientras Laura Scott y el notario hacían recuento de los bienes de Rebecca y Álvaro permanecía con ellos en la habitación. ¡Lo he hecho yo misma mientras él pensaba que le preparaba un café! Para que luego digan que las niñas ricas no sabemos hacer

nada... Ya ve, podría ganarme la vida como detective privado, inspectora.

Esperanza la miró con incredulidad, apartándose el pelo de la cara. Sabía que Lord Blackwood estaba desesperado, de ahí que le hubiera revelado su plan con el falso cadáver de Rebecca. Pero en ningún momento había intuido que llevara meses jugando a los fantasmas con Tristán. Aquello era una locura.

—No me puedo creer que lleven todo este tiempo intentando volver loco a Álvaro. Porque eso es lo que están haciendo, en eso consiste el plan, ¿no?

—Estamos dispuestos a todo, inspectora, —se alzó Natalia ante ella —, con tal de que Álvaro pague por lo que ha hecho.

—¡Tenían que habérmelo dicho! —protestó Esperanza—. Si la jueza averigua todo esto se habrán metido en un lío y todo por nada. ¡Pueden echar toda la investigación a perder!

—No podíamos quedarnos con los brazos cruzados mientras la policía no hacía nada —dijo Blackwood—. Usted es la única que no ha tirado la toalla, todos los demás parecían dispuestos a aceptar la versión de Álvaro desde el primer día.

—¡Pero todo esto no ha servido de nada! ¿Es que no lo ven? —dijo, abatida—. Solo quedan unas horas para el fin del plazo. El lunes la jueza procederá a la declaración de fallecimiento de Rebecca y se cerrará la investigación. Y Álvaro se habrá salido con la suya.

—¡Pero es que sí que está sirviendo! —exclamó Blackwood, moviendo su silla de ruedas acercándose a ella—. Por eso la iba a llamar cuando ha llegado. ¡Está ocurriendo algo extraordinario, inspectora! ¡Tiene que verlo!

Esperanza lo miró extrañada, preguntándose qué era aquello que un hombre que había trabajado en el servicio de contraespionaje del gobierno británico podía describir como “extraordinario”. Pero no tuvo tiempo de formular su pregunta. Desde la estancia contigua al salón, Laura Scott vino corriendo hacia ellos, con la respiración entrecortada y el rostro desencajado.

—¡Lord Blackwood! —llamó. Y dirigiéndose a todos añadió—: ¡No se lo van a creer! ¡Tienen que venir a ver esto!

Capítulo 25

—La mayoría de nosotros —comenzó Tristán ante la atenta mirada de Julius Lovelace—, se sentiría dichoso si tuviera la suerte de nacer con un físico privilegiado, poseer algún talento de cualquier tipo o crecer en una familia rica.

Pues bien, Rebecca tenía todo eso, era una de esas personas con las que Dios, la naturaleza, el universo o lo que sea parece haber derrochado. Aún así, ella no se daba cuenta, daba todas esas cosas por sentado y esperaba que los demás estuviéramos siempre a su altura. Si no lo estábamos, perdía su interés en nosotros. Eso fue lo que le ocurrió conmigo, al poco de casarnos, quizás aquella mañana en el Eleanor II. Cuando comprendió que yo no era el personaje de “Nosotros en la lluvia” del que por algún motivo se había enamorado.

Desde entonces, todo fue de mal en peor. Me volví loco, es cierto. Pero fue porque no soportaba su desprecio, su indiferencia, el hecho de no contar ya con su admiración. Rebecca podía sacar lo mejor de mí, pero también lo peor. La golpeé, es cierto. En demasiadas ocasiones. Y la forcé, también es cierto, muchas noches. Era la única forma que tenía de someterla, de demostrarle que ella no era mejor que yo. Y aún así, no servía de nada.

Pero después de aquel concierto en Abu Dhabi, perdí todo mi poder sobre ella. Nunca supe por qué, pero así fue. Ya no le inspiraba respeto, ni miedo, ni siquiera indiferencia. En sus ojos solo había rechazo e incluso asco. Yo, sin embargo, seguía loco por ella, por mucho que intentara negármelo a mí mismo.

Por eso, cuando sus abogados me notificaron su decisión de separarse, perdí la cordura. ¡Le había entregado los dos últimos años de mi vida y ella me lo pagaba abandonándome! Y no solo la iba a perder a ella, sino que me quedaba en la calle y sin un céntimo. Aquello era demasiado. Era mi fin. Vacíé las cuentas que teníamos en común. No era demasiado, saqué unos cien mil euros en total, pero para ella esa cantidad no significaba nada, o eso pensaba yo. Lo hice porque estaba desesperado.

Cuando Rebecca me llamó para decirme que quería que pasáramos un fin

de semana juntos para que nos diéramos una última oportunidad lloré de felicidad. No podía creerme que a pesar de todo su orgullo y de toda su altivez estuviera dispuesta a dar un paso atrás. Y ahora sé que no debí creérmelo.

No le he mentado, Lovelace. Aquellos dos días fueron los mejores que pasé con Rebecca. A pesar de que no estábamos solos, a pesar de que íbamos en un maldito velero y yo seguía odiando navegar con toda mi alma y a pesar de que cada minuto sentí que aquello era una estúpida prueba. O eso pensaba yo. Pero la posibilidad de estar con ella cuando ya la había dado por perdida, de verla reír, de disfrutar de su olor, de su voz, fue suficiente para que obviara todo lo demás y para que silenciara todas las señales que me advertían de que algo no iba bien.

Creo que lo primero que me extrañó fue ver a Rebecca fruncir el ceño cuando descargó el pronóstico meteorológico. Cuando le pregunté me explicó que había una DANA con el epicentro a unos kilómetros de la derrota que había preparado para aquel viaje. “Pero no importa”, dijo, quitándole importancia. “Solo tendremos el efecto de su cola, un poco de lluvia y 15 nudos de viento. Estaré pendiente y no habrá problema.”

Aquello me extrañó. Yo sabía que estaba acostumbrada a navegar en peores condiciones, ¿por qué le preocupaba la cola de una DANA? Aquel fue solo uno de los indicios que decidí pasar por alto.

Aquella última fue una noche radiante. Millones de estrellas parpadeaban en el cielo mientras el *Libertas* avanzaba con firmeza cruzando las olas impulsado por el viento. Laura había servido una cena deliciosa a base de pollo asado, ensaladas y pasteles de hojaldre y Rebecca había traído algunas botellas de Krug de la bodega del viejo Blackwood. El olor de la brisa del mar se mezclaba con las burbujas del champagne, mientras la goleta se mecía suavemente. Usted tenía razón: Rebecca no bebió nada. Aquello tampoco era normal, solía permitirse al menos una copa, aunque fuera la única navegante a bordo. Supuse que era porque estaba preocupada por el tiempo y quería estar en perfecto estado si las cosas se complicaban.

Recuerdo que me tumbé en cubierta, dejándome mecer por el suave balanceo, mientras en el cielo, las estrellas comenzaban a desaparecer detrás de unas nubes rojas. De repente, me sentí tremendamente cansado. Había comido y bebido demasiado, Rebecca había estado encantadora y divertida y supongo que hacía tiempo que no estaba acostumbrado a tanta felicidad. Cerré los ojos un instante y me quedé dormido. Al despertarme, vi que Laura se

había quedado dormida y yo estaba tremendamente cansado y mareado.

Al verme tambalearme, Rebecca propuso que nos fuéramos todos a dormir. Ayudó primero a Laura, que casi no se tenía en pie a pesar de que apenas había bebido, y luego vino ayudarme a levantarme y me acompañó hasta la habitación, dejándome vestido sobre la cama.

¡Dios, estaba tan mareado que ni siquiera intenté que se quedara conmigo! Me maldije por haber bebido tanto, el maldito champagne se me había subido como nunca y casi no podía tenerme en pie. Al menos eso fue lo que pensé en aquel momento.

Medio dormido, escuché a Rebecca cerrar la puerta de su camarote y, resignado, me acurruqué para pasar la noche.

Creo que perdí el conocimiento, pero no estoy seguro. El barco se movía demasiado, con aquel balanceo implacable que horas antes me había parecido una delicia y que ahora era una auténtica tortura. Todo daba vueltas sin parar a mi alrededor mientras un malestar insoportable se iba abriendo paso a través de mi estómago.

La cabeza estaba a punto de estallarme. Sentí ganas de vomitar, pero estaba tan cansado que no era capaz de ponerme en pie. No sé cuánto tiempo transcurrió así, a mí me pareció una eternidad. Aquella era, sin duda la peor borrachera de mi vida, a pesar de que apenas había tres o cuatro copas. No sé cómo, conseguí reunir fuerzas y arrastrándome por el suelo llegué al pequeño baño del camarote, donde vomité cuanto pude.

Al finalizar, estaba completamente hecho polvo, pero al menos el sopor había desaparecido. Me lavé y me dispuse a volver a la cama cuando escuché un ruido, arriba, en la cubierta.

Aquello me despejó la mente por completo. No pensé que pudiera ser Rebecca, porque la había escuchado cerrar su camarote. Pensé que quizás podría tratarse de un intruso que hubiera logrado abordar el barco. Aquel pensamiento terminó de despejarme por completo.

Salí de mi camarote intentando no hacer ruido para, si estaba en lo cierto, poder sorprenderlo. Subí por la escalinata en completo sigilo y salí a cubierta.

Pero no había ningún extraño allí. Solo Rebecca.

Iba vestida con su traje de neopreno y estaba de pie, agarrada a un lateral de la barandilla de popa, como si se estuviera preparando para saltar. No me había visto.

Mi primer instinto fue gritarle, pensando que corría peligro, pero algo, llámelo un sexto sentido, hizo que me detuviera y que la observara en silencio, amparándome en la penumbra. A la luz de las luces de posición del barco, su rostro no era el de la Rebecca que yo conocía, el que conocíamos todos. Parecía otra persona, con sus ojos grises entornados y alerta y la mandíbula en tensión.

Era una expresión fría, calculadora y despiadada, como la de una pantera a punto de saltar sobre su presa. Era la mirada de alguien que no se detiene por nada ni ante nada. Pensé que iba a saltar entonces, pero, de repente, como si acabara de recordar algo, su expresión de ataque se tornó en una de fastidio, mientras daba un paso atrás volviendo a la proa y dirigiéndose hacia la entrada a los camarotes.

Fue entonces cuando me vio. Jamás olvidaré su expresión de sobresalto, como la de un criminal al que sorprendes en mitad de su delito. En seguida se recompuso, sin embargo.

—Rebecca. ¿Qué haces aquí? —le pregunté, extrañado. No me pasó desapercibido que diera un paso atrás. Estaba asustada o, al menos, nerviosa.

No me respondió.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué vas vestida así? —insistí.

—Nada, quiero asegurarme de que el final de cola desaparece. Tengo que estar pendiente —me respondió fríamente—. Vuelve a tu camarote.

Yo sabía que, como casi todos los marinos, Becca no confiaba demasiado en la electrónica del barco, sobre todo con malas condiciones meteorológicas. Pero me sorprendió el súbito cambio de tono, tan diferente al que había mantenido conmigo aquellos dos días. ¿Qué estaba ocurriendo

Salí de las sombras adentrándome en la zona iluminada de la cubierta.

—¿Por qué estabas aquí en plena noche a punto de saltar por la borda? —estaba tan confundido, solo quería ordenar mis ideas hablando en voz alta. Eso era todo, pero Rebecca me contestó a la defensiva.

—Ya te lo he dicho. He venido a comprobar que todo estaba bien, no tiene importancia —dijo, pasando por mi lado, en dirección a los camarotes. Pero supe que mentía. La agarré de un brazo dispuesto a conseguir una explicación.

—¿Y por qué vas vestida con un traje de neopreno? ¿por qué ibas a saltar por la borda? ¿qué está pasando?

Ni siquiera se molestó en contestarme.

—¡Suéltame, maldito fracasado de mierda! —me gritó, soltándose—. ¡No volverás a ponerme la mano encima nunca más!

Estaba furiosa, jamás la había visto así. Sus ojos grises parecían desprender fuego mientras me miraban con un desprecio infinito. Y entonces, de repente, lo comprendí.

Como las piezas inconexas de un puzle que encajan súbitamente, todos los acontecimientos de los últimos días comenzaron a tener sentido. La extraña invitación cuando el divorcio se daba por hecho, su cambio de actitud, mi indisposición cuando apenas había bebido un par de copas.

Todo era una puesta en escena perfecta para arruinarme la vida.

Lo peor es que fui yo mismo quien le dio la idea. Ya le he dicho que Rebecca no leía nada, excepto “Nosotros en la lluvia”. Pero yo soy un lector apasionado. Y una de mis escritoras favoritas es Agatha Christie. Una vez, al comienzo de nuestra relación, le hablé de cuánto me gustaban sus novelas y de cómo me fascinaba el pequeño gran enigma de su desaparición.

Rebecca no tenía ni idea de qué demonios le hablaba. Sabía mucho de música clásica, pero era una ignorante para casi todo lo demás. Le conté la historia de cómo Agatha Christie desapareció durante once días sin dejar rastro y de que, aunque aquello nunca llegó a resolverse del todo, la hipótesis más aceptada es que lo hizo para fingir su asesinato y que su marido, que acababa de pedirle el divorcio, cargara con la culpa.

Porque eso, en ese momento lo vi perfectamente, era exactamente lo que Rebecca pensaba hacer aquella noche. Desaparecer en plena noche, en alta mar, sin dejar rastro. Con solo dos posibles culpables y solo yo como sospechoso perfecto.

—¡Sé lo que estás haciendo, maldita zorra! —proferí arrojándome hacia ella.

Pero Rebecca logró esquivarme, al tiempo que yo caía al suelo, y salió corriendo en dirección a los camarotes. Pero fui más rápido que ella, me levanté rápidamente y conseguí agarrarla del cuello justo cuando había comenzado a descender por la escalinata. Lanzó un alarido que estaba seguro de que habría despertado a Laura.

—¿Dónde te crees que vas? —la amenacé, mientras la sacaba a cubierta de nuevo, retorciéndole un brazo. Pero me dio un rodillazo en un costado y tuve

que soltarla al doblarme de dolor.

—¿De verdad te crees que iba a volver contigo como si nada? ¿Que iba a dejar que me robaras mi dinero y te lo gastaras riéndote de mi en mi cara? — me gritó.

Incluso en aquel momento, con el rostro deformado por la furia, no pude dejar de admirar lo hermosa que era. Parecía una ménade arrancada de alguna pintura veneciana. ¿Puede creérselo? ¡Incluso en una situación como aquella y su maldita belleza seguía trastornándome!

—¿Todo esto es por eso? —La miré, incrédulo—. ¿Por ese estúpido dinero?

—¡Era mi dinero! Tú me lo quitaste, me has quitado todo lo bueno de mi vida, me has destrozado durante estos dos años.

El viento soplaba con más fuerza ahora, revolviéndole el pelo, mientras ella se mantenía erguida y fuerte, manteniendo el equilibrio sin esfuerzo, a pesar de los violentos vaivenes del barco, mientras yo apenas lograba mantenerme en pie. Solo entonces fue consciente del frío y de la humedad que habían comenzado a calarme los huesos.

—Ese dinero era tan mío como tuyo —le grité—. Si me hubieras prestado lo que necesitaba para aquel último proyecto ahora mi carrera no estaría acabada. ¡Todo esto es culpa tuya, maldita egoísta!

Algo cambió en su expresión. Amainó la furia, pero apareció la indiferencia.

—No hay nada que yo ni nadie pudiera hacer para reflotar tu carrera. Lo cierto es que eres un actor fracasado porque eres un mediocre sin talento. Un pobre desgraciado sin futuro ni porvenir. Todos me lo advirtieron: mi abuelo, Dolores, mis amigos... todos fueron capaces de ver la verdad desde el primer momento. Solo yo vi algo que, en realidad, no existía. Solo yo vi a un hombre que nunca fuiste y nunca podrás ser.

Me miró con una frialdad que me heló la sangre. Sus ojos estaban vacíos, como si vieran a través de mí. Me sentí como un gusano al que se contempla con asco y que se aparta a un lado con desdén. Las palabras de Rebecca resonaban en mi mente como un martillo golpeando mis sienes: “mediocre”, “desgraciado”, “fracasado”, “todos lo sabían”.

Rebecca ya ni siquiera me miraba, había dado unos pasos en dirección a la escalinata de los camarotes, dejando claro que yo no le inspiraba ya ningún

miedo. Como si yo no estuviera.

Como si yo no pudiera ya hacerle ningún daño.

Podía soportar su odio, su furia, incluso su desprecio. Pero no que me tratara como a un gusano. No que me tuviera asco en lugar de miedo.

Eso podía cambiarse.

La agarré con fuerza por el cuello cuando pasó junto a mí. Me miró con una mezcla de sorpresa y horror mientras intentaba zafarse. Estaba fuerte y en forma, pero no tenía ninguna posibilidad contra mí.

Caímos juntos al suelo, recuerdo la cubierta húmeda con la espuma del mar y el viento que parecía soplar con más fuerza que nunca, como si Rebecca hubiera logrado invocarlo para que viniera en su ayuda. Podía oler la sal del mar, mezclada con su perfume y aquello me volvió más loco aún.

Hundí los dedos en su cuello con toda la fuerza que pude, intentando estrangularla mientras la tenía totalmente bloqueada, pero justo entonces el barco viró con brusquedad y los dos nos caímos hacia un lado de la cubierta. Rebecca logró zafarse de mí para darme una patada en el estómago y salir corriendo. Tosía y se tambaleaba dando grandes bocanadas, intentando respirar, pero no era capaz de gritar pidiendo ayuda. Lentamente, disfrutando de su agonía, me dirigí de nuevo a ella.

Pensé que, si Laura aparecía en cubierta con todo el ruido que estábamos haciendo o con el movimiento del barco, tendría que matarla también a ella. No me importaba.

La agarré del pelo y esta vez sí vi el pánico en sus ojos. Puse su cara frente a la mía, quería que supiera que estaba totalmente a mi merced. Quería que durante aquellos últimos minutos me suplicara por su vida. Pero, en lugar de eso, me lanzó una mirada de asco y me escupió.

Aquello fue demasiado. Sentí como la sangre de mi cuerpo hervía. Como una ira furibunda como no había sentido jamás en toda mi vida se apoderaba de mí. En aquel momento pensé que ya nada importaba y que, si había llegado hasta allí, nada me impedía dar un paso más. En aquel momento, señor Lovelace, era ella o yo.

Con un movimiento brusco giré su cabeza y le rompí el cuello.

Rebecca cayó como una muñeca de trapo en una postura imposible sobre la cubierta del *Libertas*. Muerta.

Durante unos instantes no supe qué hacer. Aterrado, me llevé las manos a la cabeza, intentando ordenar mis ideas y ver mis posibilidades. El viento soplaba ahora con más fuerza y el oleaje seguía golpeando el velero con saña, como si el mar quisiera castigarme por destruir a su protegida.

Todo parecía terriblemente irreal, no podía creer que aquello estuviera sucediendo. Al mismo tiempo, todos mis sentidos se habían agudizado, ahora podía percibir perfectamente cada estrella en el cielo, cada ráfaga de viento, cada segundo que pasaba.

Aún era noche cerrada, pero no sabía cuánto faltaba para el amanecer. Laura podría salir a cubierta en cualquier momento, no tenía tiempo para pararme a pensar, pero me daba miedo dar un paso en falso.

Intenté calmarme. Laura seguía sin aparecer, probablemente estaba dormida ajena a todo. Estábamos en medio del mar, nadie nos había visto luchar. No había ni un solo testigo de lo que había hecho. Nadie podría acusarme de nada si hacía lo correcto durante las siguientes horas. Todo dependía de aquel preciso momento.

Al fin y al cabo, cada año desaparecen cientos de personas mientras navegan, ¿lo sabía? En cruceros, en yates, en todo tipo de embarcaciones. ¿Por qué no iba a ser Rebecca una más?

Si echaba su cuerpo al mar nadie lo encontraría nunca. Pero necesitaba algún peso al que atarla, de lo contrario, acabaría saliendo a flote y las mareas lo empujarían hasta la costa.

Miré alrededor. No había nada. Recorrí la cubierta, como un demente buscando algo que ni siquiera sabía qué podía ser, consciente de que aquella era una carrera contra el tiempo y los elementos. Estaba a punto de desistir y arrojar a Becca al mar, sin lastre alguno, cuando se me ocurrió una idea.

El velero iba equipado con un sistema de ancla electrónico, pero también llevaba un ancla tradicional. Era perfecto, porque podría atarla con un cabo y su propio peso se encargaría de llevarse el cuerpo bien al fondo. No la encontrarían jamás. Pero, ¿cómo explicar su ausencia a Salvamento Marítimo? Que faltara el ancla del *Libertas* sería una prueba tan evidente como que apareciera el arma del crimen, si hubiera usado alguna. No, tenía que descartar el ancla.

Y entonces se me ocurrió: no podía usar el ancla, pero sí algunos metros de su cadena. Diseñado para fondear en lugares profundos, el *Libertas* llevaba

una cadena con muchos más metros de los necesarios. Si le retiraba unos cuantos, nadie lo notaría. O, al menos, yo recé todo lo que supe para que así fuera.

Rápidamente corrí a por el hacha de emergencia y cargando con él me fui a la popa, abriendo la escotilla y sacando el ancla con su cadena. Los golpes sonaron secos y profundos, pero recé, una vez más, para que se amortiguaran con el bramido del mar que seguía embravecido con aquel temporal surgido de la nada.

Con el peso del ancla en mis manos, volví junto a Rebecca. Su cuerpo seguía oliendo a mar y a perfume, mientras ataba la cadena alrededor de su cuerpo usando uno de los nudos que ella misma me había enseñado a hacer.

La contemplé, aprisionada entre los hierros que ceñían su figura. Tan solo unas horas antes nada podría haberle hecho ni siquiera imaginar que aquella cadena sería la prisión donde descansaría eternamente.

Con cuidado, la cogí en brazos, sintiendo su cuerpo en contacto con el mío por última vez, su pelo húmedo rozando mi mejilla. Aún estaba tibia. Ahora la lluvia arreciaba con más fuerza aún, casi como esta noche. Me dirigí hacia la proa para detenerme justo al borde de la barandilla.

La alcé en el aire, como lo haría el sacerdote de algún rito olvidado para realizar una ofrenda a los dioses de las profundidades. Ya no tenía frío, a pesar de que sentía las gotas de la lluvia como un millón de alfileres diminutos perforándome la piel y de que el viento continuaba soplando como si con ello pudiera hacer girar la rueda del tiempo hacia atrás y deshacer lo que se había hecho.

Y allí, con la tormenta, el bramido del mar y la noche como únicos testigos, lancé con todas mis fuerzas el cuerpo de Rebecca a la inmensidad de las aguas. Observé unos instantes en silencio, mientras el *Libertas* avanzaba en la noche, alejándonos de aquel lugar en medio de la nada en el que ella descansaría para siempre.

Volví a mi camarote, empapado y temblando, no solo por el frío, sino por el horror de lo que acababa de hacer. Me sequé y me cambié de ropa y aguardé a que, al día siguiente, las luces del amanecer me ayudaran a olvidar el horror que había vivido. Las horas se deslizaron rápidamente mientras mi mente sopesaba millones de posibilidades de cosas que podrían salir mal.

A la mañana siguiente, permanecí en la cama hasta que el grito de Laura me

forzó a salir. Llamé a Salvamento Marítimo, que acudió en cuestión de minutos y rápidamente hizo una primera inspección, dando el aviso para comenzar las tareas de búsqueda. Cuando llegamos al puerto, la policía dejó claro que yo era el principal sospechoso. Y eso que aún no sabían nada del testamento ni del seguro de vida. Es curioso, porque en realidad, todo salió casi como Rebecca lo tenía planeado.

Solo que ella ya nunca podría saberlo.

Por supuesto, la policía tuvo que dejarme en libertad. No tenían absolutamente ninguna prueba contra mí. A veces me pregunto eso, cómo se le pudo escapar algo tan importante como dejar algo me inculpara sin lugar a dudas.

Y entonces la recuerdo, justo en ese momento en que la sorprendí a punto de saltar por la borda, pero no lo hizo. ¿Y si su gesto de contradicción se debía precisamente a eso? ¿Y si había olvidado algo que debía hacer o preparar antes de saltar y ese algo era la prueba inculpatoria?

En todo caso, poco importa ya.

¿Quería saber la verdad, señor Lovelace? Pues bien, aquí la tiene: mi esposa está muerta. Lo sé porque yo la maté.

Yo maté a Rebecca Blackwood.

Capítulo 26

—Es usted despreciable. —Las palabras de Lovelace sonaron como un cuchillo rasgando en la oscuridad. Tristán se volvió hacia él, sorprendido, con una media sonrisa en sus labios—. ¡Usted la mató!

—¿Y qué esperaba? —le respondió Álvaro, desafiante—. ¿Que le contara que todo había sido un desafortunado accidente? ¿Que Rebecca resbaló y tuvo una muerte rápida y limpia? No, señor Lovelace, usted quería la verdad. Manéjela ahora como pueda.

Lovelace se había levantado y le miraba con una furia que le parecía fuera de todo lo que había creído adivinar del consultor en aquellas horas.

—Pero usted la mató y ni siquiera se arrepiente de lo que hizo.

—¿Es que no ha oído nada de lo que le he contado? ¡Había preparado arruinarme la vida! El testamento a mi nombre, el seguro de vida... todo era una puesta de escena para que la policía se volviera contra mí desde el primer momento. Pero le salió mal. Yo hice que le saliera todo mal. ¡La he vencido! ¡A ella! A la brillante, hermosa, imbatible Rebecca Blackwood.

Lovelace se apartó de él, con una mirada de horror en sus ojos.

—Yo podría ir a la policía y contarlo todo. Nada me lo impide.

—¿En serio? ¿Piensa que le creerán? No tiene ninguna prueba, la policía lleva meses tras de mí sin encontrar nada, porque no hay nada que encontrar, señor Lovelace. Lo más que puede hacer es informarles del movimiento en la cuenta del que me habló, pero según su cláusula se anula mi renuncia. Adiós a su prima y a su brillante expediente sin fracasos. Y, en realidad, solo será un retraso en que me quede con todo. Fastidioso, sí, pero un simple retraso. ¿Es eso lo que quiere?

Lovelace apretaba los puños con fuerza en un intento de retomar el control sobre sí mismo.

—Podía haberla denunciado. Estaba cometiendo un delito al fingir su muerte e intentar culparle a usted. No tenía por qué matarla.

—¿Y quién me habría creído? Todo el mundo la adoraba, yo era el malo de la película.

—Podía simplemente haberse divorciado y seguir adelante con su vida. Ahora ella estaría viva y usted sería libre.

—¿Completamente arruinado? Una idea muy romántica la suya, pero la libertad sin dinero no puede llamarse como tal. No, gracias. Lo cierto es que yo no planeé el asesinato de mi mujer, pero la verdad es que las cosas no han podido ir mejor. En su intento por destruirme, Rebecca no hizo más que favorecerme. Me quedo con toda su fortuna y en un tiempo record. Justicia poética, creo que lo llaman.

—¿Cómo se atreve a hablar de justicia? Solo lamento que el plan de Rebecca no funcionara. Verle en prisión por asesinato es lo menos que se merecía. Usted la maltrató y la violó durante dos años. Casi destruyó todo lo que era. Habría acabado con ella si no hubiera logrado darse cuenta de lo que ocurría.

—¿Y a usted qué le importa? —le replicó Álvaro— ¡Ni siquiera la conocía! ¿O es que era otro de sus estúpidos fans y no me lo ha dicho?

Julius continuaba contemplándole con aquella expresión mezcla de horror y odio que Álvaro no lograba entender.

—Pagaré por su crimen, señor Tristán —dijo finalmente, apartando la vista de él.

—Apuesto a que no —sentenció.

De nuevo, el silencio en el salón era casi absoluto, solo interrumpido por los truenos y la lluvia que arreciaba con fuerza.

Lejos, en algún lugar, un reloj dio las campanadas.

—Son las doce —anunció Álvaro—. Le prometí dos horas y le he concedido cuatro. Usted ya tiene lo que quería y yo también. Es hora de que se marche de mi casa.

Lovelace lo miró con desprecio.

—Esta no es su casa, señor Tristán —le dijo, dándose la vuelta para recoger su gabardina—. Es la casa de Rebecca Blackwood. —Guardó silencio un instante antes de continuar—. La percibo en cada objeto, en cada rincón, en el aire que respiramos. Ella está aquí, puedo sentirla con tanta intensidad como si estuviera viva. Y nada de lo que usted haga podrá cambiar

eso. Porque ella le ha vencido, señor Tristán. Una vez más le ha vuelto a vencer.

Por primera vez en toda aquella noche, Álvaro no supo qué responder. Las palabras del consultor le habían golpeado como si le hubieran dado un puñetazo en pleno pecho, cortándole la respiración. Lovelace había descrito exactamente sus emociones con aquella maldita casa, la presencia constante e invisible de Rebecca en su hogar, reclamándolo con fiereza. Nadie más lo había hecho hasta entonces.

Ni Silvia, ni la mujer de la limpieza, ni su abogado ni ninguno de sus amigos actores habían nunca percibido nada parecido, ni siquiera cuando él les había preguntado expresamente por el cambio de intensidad de las luces o por los objetos fuera de su sitio.

Nada, nunca. Excepto Lovelace.

Se quedó allí de pie, observando cómo el hombre se detenía un instante frente al retrato de Rebecca, como si quisiera contemplarlo una vez más antes de marcharse. Después, se volvió hacia él por última vez.

No dijo nada, pero no fue necesario, Álvaro pudo sentir todo su odio, todo su rechazo, toda su ira contenida en aquellos ojos azules. Pero, al mismo tiempo, de alguna extraña forma, su rostro mostraba una inequívoca expresión de satisfacción, tan oscura y profunda, que Álvaro notó cómo se le helaba la sangre.

Luego, lentamente, sin mirar atrás, Julius Lovelace se dirigió hacia la salida, bajo la atenta mirada de Tristán. Álvaro no pudo evitar seguirle. Se sorprendió a sí mismo deseando que no se marchara; de repente se le habían ocurrido un millón de preguntas para hacerle: ¿por qué le había afectado tanto su historia? ¿Por qué se marchaba ahora tan deprisa? ¿Qué había hecho para que ahora le dejara con aquel sentimiento de desasosiego insoportable? Pero no dijo nada.

Lovelace abrió la puerta del ático y sin detenerse a mirarle, salió de allí, cerrando la puerta tras de sí. Solo entonces, Álvaro se percató de que la tormenta había dejado de tronar.

Volvió al salón, donde la chimenea ardía alegremente, ajena a aquella impresión de fracaso, de desconcierto que ahora le corroía por dentro. Se sentó, intentando una vez más ordenar sus pensamientos y racionalizar lo que había ocurrido.

Acababa de renunciar a un seguro de vida de cincuenta millones de euros. Le había contado a un desconocido un secreto inconfesable que se había prometido no revelar jamás a nadie, bajo ninguna circunstancia. Había confesado que había asesinado a Rebecca y que había arrojado su cuerpo al mar.

La cabeza le daba vueltas sin parar mientras los peores augurios luchaban por abrirse paso entre sus pensamientos.

“Cálmate” se dijo. “Pon las cosa en perspectiva”.

Lo cierto era que, en realidad, nada había cambiado. Había renunciado a la indemnización del seguro, eso era cierto, pero lo había hecho a cambio de que Lovelace no obstaculizara la declaración de fallecimiento de Rebecca que tendría lugar casi inmediatamente.

Podría acceder a las cuentas bancarias, subastar el Stradivarius, vender aquel ático... todo en un plazo de días. No había tenido otra opción, pero era lo que tenía que hacer para no perderlo todo. Además, aún tendría que hablar con su abogado. Quizás aquel estúpido documento que había firmado con aquella extraña cláusula no tenía valor en determinadas condiciones. Carlos era un experto en ese tipo de cosas, ya lo hablaría con él. Sí, quizás, sí que pudiera cobrar la indemnización después de todo o, al menos, parte de ella.

Y sí, había confesado el asesinato, pero eso no cambiaba nada. La policía, los admiradores y seguidores de Rebecca, la prensa, todo el maldito mundo, estaba convencido desde el primer momento de que él era el asesino, pero no habían podido hacer nada contra él.

Porque no existía ninguna prueba, ninguna en absoluto, nada. Lovelace podría ir a la policía y renunciar con eso a su prima y tener una mancha en su carrera intachable, pero eso no cambiaba nada. Sería su palabra contra la suya. Podrían creerle, pero eso no tendría ninguna validez ante un juez.

No, todo estaba bien, mucho mejor que bien, de hecho. Era solo que su mente le había jugado una extraña pasada. Porque aquella mañana había aparecido aquel cuerpo que ahora sabía, por lo que el propio Lovelace le había comentado, no podía ser el de Rebecca. Y porque era la maldita Víspera de Todos los Santos y él sabía, desde niño, que aquello era mucho más que una simple fiesta de disfraces.

Lo que necesitaba ahora era cenar algo rápido y un poco de compañía. Pediría que le subieran algo de comer. Y podía llamar a Silvia, quizás había

terminado ya su turno en el restaurante y podría venir a pasar la noche con él. Sí, aquello sí era un buen plan para una noche de viernes.

Se levantó y se dirigió al bar donde había dejado su móvil. Maldijo entre dientes cuando se dio cuenta de que se había vuelto a apagar.

Al encenderlo, doce llamadas perdidas de su abogado le sorprendieron en la pantalla de inicio. Preocupado, frunció el ceño, preguntándose qué demonios era aquello tan urgente que había hecho que Carlos lo llamara en tantas ocasiones. Pulsó, sin perder un segundo, el botón de llamada.

—¡Álvaro! —le recibió su abogado al otro lado de la línea cuando solo había sonado un tono—. Maldita sea, te he llamado como un millón de veces. ¿Dónde demonios estás?

—Lo sé, lo sé... se había apagado el móvil. Estoy en casa, ¿por qué no me has llamado al fijo?

—Lo he intentado. Pero estás sin línea, ¿no te has dado cuenta? La tormenta ha dejado sin teléfono a medio Madrid.

Álvaro se mordió los labios sorprendido por su propia torpeza. ¿Por qué no había comprobado la línea?

—Es igual —replicó, optando por no entrar a darle explicaciones—. ¿Por qué me llamabas?

—Se trata del cuerpo, ya tienen los resultados del ADN. —Hizo una breve pausa. Álvaro percibió cómo sus pulsaciones se aceleraban—. No es el de Rebecca. No se sabe de quién es.

Tristán no pudo evitar dejar escapar un suspiro de alivio, al tiempo que se dejaba caer en uno de los sofás. Lovelace estaba en lo cierto. Sin duda había acertado con la macabra maniobra de Blackwood.

Claro que el viejo no debía estar en sus cabales si pensaba que iba a confesar lo ocurrido solo porque un estúpido cuerpo hubiera aparecido en las costas de Menorca. En realidad, que el cuerpo no fuera el de Rebecca era la mejor noticia que le podían dar porque seguía sin haber ninguna prueba del crimen. Ya nada se interponía entre él y la herencia.

—Está bien. No importa —acabó respondiendo a su abogado.

Al otro lado de la línea, Carlos se mostró extrañado.

—Parece que no te sorprende la noticia.

—En realidad, no —dijo, restándole importancia—. He estado pensando y

tengo una teoría. Ya te la contaré, es una larga historia...

Casi pudo sentir a Carlos encogerse de hombros con indiferencia.

—Como quieras. ¿Tú qué tal estás? ¿Todo bien?

Álvaro exhaló, atusándose el pelo y aprovechando para estirarse.

—Sí, todo bien. Bueno, hay una cosa... ha estado aquí el tipo del seguro, ya he tenido la entrevista con él.

El abogado no le contestó inmediatamente.

—¿Cómo dices? —le preguntó finalmente, como si no le hubiera oído bien.

—El tipo del seguro, ese del que me hablaste esta mañana, ¿recuerdas? —. Carlos seguía en silencio, así que continuó—. Tenías razón en todo. Es un hueso duro de roer. De hecho, hay una cosa que...

—Álvaro —le interrumpió el abogado, en un tono tan apremiante que hizo que se callara inmediatamente—. El consultor del seguro no ha llegado hoy a Madrid. Barajas está cerrado por la tormenta. Se han cancelado todos los vuelos. Mi primera llamada era para avisarte de que no lo esperarás.

Durante un instante, todo se volvió oscuridad alrededor de Álvaro Tristán. Recordó la llamada perdida que había visto de su abogado antes de la llegada de Julius, la que no tuvo tiempo de devolver porque justo entonces llamaron a la puerta.

Un millón de posibilidades pasaron entonces por su mente en una milésima de segundo, cada una más siniestra que la anterior. Aquello solo tenía una explicación posible: su abogado debía estar confundido.

—No puede ser, Carlos —le replicó—. Ha estado aquí, se acaba de marchar. Hemos estado hablando durante cuatro horas. Se llama Julius, Julius Lovelace.

—Te digo que es imposible —insistió el abogado—. Me llamó este mediodía desde el aeropuerto de Heathrow para decirme que habían cancelado su vuelo. Quedamos en que me llamaría el lunes para agendar una nueva reunión. Y no se llama Julius...lo que sea; su nombre es Martin, Martin Maxwell.

Álvaro no sabía cómo encajar aquello, confiaba en Carlos al cien por cien, era su mano derecha desde que todo aquello había comenzado. Pero en esta ocasión su abogado estaba equivocado. Tenía que estar equivocado.

—No, no... no puede ser. Quizás la compañía haya mandado a otro tipo...

te digo que ha estado aquí, Carlos, tienes que creerme.

—Álvaro, escúchame —insistió el abogado, con un tono que dejaba traslucir su preocupación—. No sé quién ha ido a tu casa esta noche, pero no era nadie de la compañía de seguros. Dices que has estado hablando con él durante horas, ¿qué le has contado?

“Se lo he contado todo” se dijo, respondiendo en su mente a la pregunta del abogado, mientras una sensación de vértigo y de horror se iba abriendo paso en su interior. Sintió un vacío inmenso en su estómago y un nudo en la garganta que le impedía hablar.

—¡Álvaro! ¿Estás ahí? ¡Álvaro! —continuaba Carlos, desde algún lugar, al otro lado del teléfono—. Escúchame, voy para allá. No hagas nada. No hables con nadie, ¿me has entendido? ¡Álvaro!

—Está bien —logró responder, finalmente, tras unos segundos de silencio luchando consigo mismo para mantener la calma. Colgó el teléfono. No tenía fuerzas para seguir hablando. Todo daba vueltas a su alrededor, sus pensamientos se agolpaban en su mente sin ningún orden lógico, solo dos palabras, un nombre, se repetían una y otra vez, como un mantra maldito condenado a ser pronunciado una y otra vez hasta que cobrara sentido: Julius Lovelace.

Solo entonces comprendió que él ya conocía aquel nombre. Lo había oído alguna vez, en otro momento, en otro lugar. Pero, ¿dónde?

Y, sobre todo, ¿quién era Julius Lovelace?

Capítulo 27

Salió al frío de la terraza. Ya no llovía y, aunque el cielo continuaba cubierto de nubes, no había tormenta. Olía a tierra mojada, y todo estaba empapado, pero necesitaba tomar aire y salir del ambiente, demasiado caldeado ahora, del interior de la casa.

Desde su rincón en la cornisa del ático, la gárgola art decó continuaba contemplando la ciudad, como una fiel centinela, ajena a las tragedias que pudieran tener lugar dentro del edificio que guardaba. Solo que ahora, su sonrisa parecía más burlona que enigmática, como si solo ella custodiara las respuestas que él necesitaba desesperadamente.

¿Quién demonios era el tipo al que le había confesado el crimen de Rebecca? Solo ahora se daba cuenta de lo imprudente que había sido revelando su secreto a un completo desconocido, porque, ¿qué sabía él de aquel hombre?

Solo sabía lo que no era y no era nada de lo que había pensado hasta unos minutos antes. No era el enviado de la compañía del seguro de vida de Rebecca. No era un consultor implacable dispuesto a todo por lograr su prima y mantener su expediente de triunfos intachable. Y, por supuesto, no era nadie en quien pudiera confiar.

Ni siquiera sabía si aquel era su verdadero nombre, probablemente ni siquiera en eso le había dicho la verdad.

Intentó ordenar lo que sabía de él hasta entonces. Era alto y parecía en forma. Debía tener su misma edad, quizás unos años menos. Era rubio, de ojos azules, tan claros que a veces parecían cambiar de color. Y hablaba un perfecto español, aunque con un leve acento inglés.

Se maldijo abiertamente, mientras se llevaba las manos a la cabeza. Aquella descripción debía encajar con millones de personas, de hecho, solo en Madrid debía haber cientos como él. Y, además, ¿qué podía hacer? ¿Ir a la policía para que lo buscaran contándoles que le había engañado para confesar el crimen de su esposa?

La situación le parecía tan rocambolesca que ahora, de repente, le habían entrado unas ganas locas de reír. Estalló en carcajadas, uniéndose con ellas a la risa de la maldita gárgola que, ahora lo veía claro, también estaba de parte de Rebecca. La otra habitante de la casa, aunque estuviera muerta.

Solo el timbre de la puerta, sonando dentro del ático, logró que volviera en sí. Se tomó unos segundos para recomponerse mientras se preguntaba quién podría ser a esas horas, aquella noche. Era imposible que Carlos hubiese tardado tan poco en llegar. Quizás fuese Silvia. O los niños de la zona, con sus disfraces de Halloween, aprovechando ahora que la tormenta había dejado de arreciar.

El timbre volvió a sonar, insistente.

Álvaro lamentó dejar atrás el aire fresco de la noche, mientras se adentraba de nuevo en el interior de la casa. Si eran los puñeteros niños disfrazados pensaba echarlos de allí a gritos y darle un puñetazo al padre que los acompañara.

Casi no pudo creer lo que vio al abrir la puerta.

La inspectora Mayoral, acompañada de Lord Blackwood, Laura Scott y ...
¿Silvia?

—¿Qué demonios...? —comenzó a decir, aunque no tuvo tiempo de continuar, porque la inspectora entró en la casa, apartándole con un firme empujón—. Pero, ¿qué hace?

Esperanza no tardó en darle una respuesta.

—He venido a arrestarle, señor Tristán. En breve, vendrán refuerzos para llevarle conmigo, pero antes he querido darme el gustazo de ver su cara al decirle yo misma que va a pasar los próximos treinta años de su vida en la cárcel.

Álvaro la miró, incrédulo, pero inquieto. La inspectora Mayoral era muchas cosas y se la tenía jurada, pero no estaba loca. Si estaba haciendo aquello debía tener un as en la manga y el recuerdo de Julius Lovelace y la imprudencia que acababa de cometer seguía acechándole, como una sombra implacable que aguardaba en la oscuridad.

—¡Maldita pirada! Si no trae una orden judicial ya se puede ir largando de

mi casa. Y espere a que mi abogado se entere de esto... ¡la echarán del cuerpo, la veré acabada, pidiendo limosna en la calle!

—Permítame que lo dude —le replicó ella, con una media sonrisa de satisfacción que fue demasiado para Álvaro—. Por cierto, he traído a una pequeña audiencia conmigo. Ya sé que no es habitual y quizás me lleve un pequeño tirón de orejas de mis superiores, pero merecerá la pena. Al fin y al cabo, esta no es una situación habitual precisamente, así que me dije “qué diablos”.

—Creo que podremos arreglar lo del tirón de orejas —intervino Lord Blackwood, desde su silla de ruedas, empujada por la asistente de Rebecca.

Tristán se volvió hacia Blackwood, comprobando con irritación que el pequeño grupo había entrado en la casa y cerrado la puerta tras de sí. Y después buscó a Silvia con la mirada.

Había dado por sentado que había llegado con ellos por casualidad, pero acababa de darse cuenta de que había algo extraño en ella, diferente, comenzando por aquel vestido con pinta de ser demasiado caro como para que se lo pudiera permitir y continuando con aquella sonrisa de suficiencia que no había visto en ella jamás.

—Silvia, ¿qué significa esto? —quiso saber.

Ella le devolvió la mirada, desafiante y burlona al mismo tiempo, como si estuviera disfrutando enormemente de una broma que solo ella podía entender.

—En realidad es Natalia, querido —le respondió—. Natalia Ormaechea. No sé si mi nombre te dice algo.

Álvaro frunció el ceño, sin poderse creer lo que estaba ocurriendo. Aquello no podía estar pasando.

—¿La amiga de Rebecca? —dijo finalmente, deseando con toda su alma estar equivocado—. ¿Todo este tiempo? ¿Me has estado engañando todo este tiempo?

—Eso parece —concedió ella, encogiéndose de hombros, con absoluta indiferencia.

Si hubieran estado a solas, Álvaro estaba seguro de que la habría golpeado hasta dejarla lesionada de por vida. Aquella maldita farsante se las había ingeniado para sonsacarle información personal durante aquellos meses, de él, de Rebecca, de las novedades que Carlos le iba dando sobre el caso y el

estado de los trámites legales.

Datos que los abogados del viejo parecían conocer como por arte de magia y que Carlos y él siempre habían achacado a sobornos pagados por el propio Blackwood cuando, ahora lo comprendía, el enemigo estaba mucho más cerca de lo que podría haber imaginado jamás. En su propia cama, sin que él sospechara nunca de ella, y sin que se le hubiera ocurrido jamás asociarla con la amiga multimillonaria de Rebecca. La que siempre había rehuído conocerle, la que había ayudado a Rebecca cuando casi la había logrado someter a su antojo.

Aquello fue más que suficiente.

—Los quiero a todos fuera de mi casa —exigió, con la voz temblándole por la ira—. ¡Ahora mismo!

—No va a ser posible, señor Tristán —volvió a tomar la palabra la inspectora, abriéndose paso a través del salón, mientras él la seguía, fuera de sí—. Como le he explicado, estoy aquí para detenerlo. Por el asesinato de su esposa.

Álvaro contuvo su furia, solo para mirarla con todo el desprecio que pudo reunir.

—¿Otra vez con eso, inspectora? Consiga una prueba de algo que nunca existió, pero mientras tanto no voy a permitir esta invasión. Conozco mis derechos y...

—Es que ya la tengo—le interrumpió ella, sin alzar la voz. Y procedió a encender un iPad en el que Álvaro no había reparado hasta entonces. Sin abandonar ni un segundo su sonrisa, sostuvo el dispositivo de forma que él pudiera ver su pantalla.

Muy a su pesar, Álvaro no pudo resistirse a fijar la vista en lo que ella quería mostrarle y se sorprendió observando el cristal con interés.

Al iluminarse, la pantalla mostró un lugar: aquel mismo salón. Era de noche, las luces iluminaban la estancia y la chimenea estaba encendida. También había una figura: él mismo. Con la misma ropa que llevaba aquella noche. Estaba sentado en el sofá, junto al fuego, hablando.

Álvaro Tristán quiso decir algo, pero ninguna palabra acudió a su mente, demasiado aturdida intentando interpretar lo que estaba ocurriendo, como para ser capaz de estructurar un discurso coherente. Cuando la inspectora activó el audio del vídeo, pudo escucharse a sí mismo y su voz cayó sobre él como la

condena de treinta años que ella le había anunciado minutos antes:

“Mi esposa está muerta. Lo sé porque yo la maté. Yo maté a Rebecca Blackwood.”

—Felicidades, señor Tristán —continuó la inspectora—. Ha hecho usted el papel de su vida. Me encanta esta parte, una confesión en toda regla. Solo superada por esa otra escena en la que explica cómo le rompió el cuello y la encadenó para que su cuerpo no pudiera salir a flote. ¿Quiere que se la ponga? ¡También la tenemos!

Álvaro seguía contemplando la pantalla, atónito. Sin duda, aquello tenía que ser una pesadilla. En cualquier momento despertaría en su cama y todo aquello dejaría de estar pasando.

No obstante, sabía que no era cierto. Aquello estaba ocurriendo realmente. De alguna forma, habían logrado grabar su conversación con Lovelace, lo que implicaba que debía haber cámaras ocultas en el salón. Tomó la pantalla para ver el enfoque y detectar dónde se encontraban. Solo entonces se dio cuenta de algo.

Y tuvo que tomar asiento porque notó que sus piernas no eran capaces de sostenerle.

Allí, en el sofá en que Lovelace había estado sentado mientras él le confesaba su crimen, no había nadie. Absolutamente nadie.

Pero tampoco en el resto de la estancia.

Lovelace, simplemente no aparecía en aquel vídeo, era como si nunca hubiera estado allí. O como si se hubiera desvanecido en el aire, como un fantasma.

—¿Dónde demonios está? —se escuchó murmurar a sí mismo, mientras intentaba encontrar una explicación lógica.

—¿Dónde está quién? ¿A qué se refiere? —preguntó Mayoral, sin intentar esconder la curiosidad que encerraba su pregunta.

Álvaro ni siquiera se molestó en mirarla, absorto como estaba en aquellas imágenes que lo mostraban a él, hablando solo, dirigiéndose a un ente invisible, como un demente.

—¡Julius Lovelace, maldita sea! ¿Dónde está Julius Lovelace?

—Interesante pregunta —respondió Silvia, que había tomado asiento, lejos del fuego y de él—. Llevas cuatro horas hablando solo, dirigiéndote a él. Pero

la cuestión que realmente importa es dónde crees *tú* que está.

Álvaro la miró, sin comprender.

—¡No sé dónde está! Pero estaba aquí, conmigo, sentado en ese sofá.

—No hay nadie, señor Tristán. Nunca ha habido nadie. Lleva solo toda la tarde.

Álvaro negó con la cabeza, aferrándose a la pantalla.

—¡Tienen que creerme, estaba aquí, conmigo! Llegó esta noche, me engañó, me dijo que era el consultor del seguro de vida de Rebecca. Estuvo durante horas haciéndome preguntas, me leyó el testimonio de Dolores Cardán...

—¡Maldito desgraciado! ¿Cómo te atreves a mencionar siquiera el nombre de Dolores? —le gritó Lord Blackwood, sus ojos azules, encendidos en ira.

—Eso es imposible —habló Laura, por primera vez en aquella noche—. Desgraciadamente, Dolores Cardán está muerta. Falleció el mismo día de la desaparición de Rebecca. Su pobre corazón no pudo resistirlo.

—¡No puede ser! ¡Él me leyó su declaración! ¡Sé que era ella quien hablaba, eran sus expresiones, era su tono! Sabía cosas que solo ella podía saber...

—Interesante —comentó Natalia, en un tono neutral, el mismo que usaría con un paciente—. ¿Una persona que no estaba te habló de alguien que había muerto? ¿Cómo lo explicas?

Álvaro se puso en pie, furioso.

—¡Es que sí estaba! Durante cuatro horas ese tipo ha estado aquí, haciéndome preguntas sin cesar, una tras otra, presionándome hasta que logré que confesara y que firmara ese documento de renuncia... —se interrumpió, como si de repente se diera cuenta de algo—. Un momento. Ya sé lo que está pasando. Esas imágenes están trucadas. Han quitado a Lovelace de la pantalla para que parezca que hablo solo. Hoy en día cualquier aficionado puede hacer cosas así. ¡Es eso, me quieren volver loco!

—Por el amor de Dios, cálmate, Álvaro —le respondió Natalia, en el mismo tono que un adulto hablaría a un niño demasiado exaltado—. No vamos a negar que ese era el plan en un principio. No volverte loco exactamente, pero sí situarte en un estado de conciencia que lograra hacerte confesar el crimen con el detonante adecuado. De ahí los cambios de luces, de temperatura, los sonidos del chelo... en fin, todas esas cosas que ya has

notado y que te hicieron creer que el fantasma de Rebecca estaba acechando en la casa.

—Y, hoy, por fin —continuó el anciano—, jugamos nuestro as en la manga: la aparición del falso cuerpo. Al principio pensamos que no había funcionado, que todos nuestros esfuerzos habían sido en vano: te marchaste de la casa, no volviste en horas y nos temimos que no regresarías. Pensamos que ya todo estaba perdido. Pero —hizo una breve pausa mientras dibujaba una macabra sonrisa de triunfo en su rostro—, volviste. Recibiste al tipo de Sotheby's. Y, nada más marcharse... ¡comenzaste a hablar solo! ¿No es maravilloso?

—Y, según iban pasando las horas —tomó la palabra Natalia—, tu relato se iba haciendo más y más personal, ibas abriéndote poco a poco, hasta que finalmente... confesaste lo que ya todos sabíamos: que eres un asesino despreciable que no merece el aire que respira.

Álvaro los escuchaba en silencio, haciendo un esfuerzo sobrehumano por mantener la sangre fría, por encontrar una forma de salir de aquello, porque, en el momento en que se rindiera, de eso estaba absolutamente seguro, todo estaría perdido.

Seguían mintiendo, eso podría jurarlo. Por mucho que hubieran preparado burdas trampas para engañarle, él sabía que había oído los susurros de Rebecca, sus pasos, el Bartok Azul sonando en medio de la noche... sí, él lo sabía, y nada de lo que pudieran decirle podría cambiar eso nunca.

—Si las cámaras están grabando —alcanzó a decir, finalmente— entonces están confesando su delito, como yo confesé el mío. Ningún juez aceptará la confesión de un hombre sometido a esta presión, a esta... tortura.

—¡Oh, vamos, Álvaro! Eres un tío inteligente —le replicó Natalia, conteniendo una carcajada. Estaba claro que disfrutaba de aquel momento. ¿Cuántas veces lo habría imaginado en su mente? —. Por supuesto que las cámaras y los micrófonos están apagados, nada de esto se está grabando. ¿Por quién nos tomas? ¿Por unos simples aficionados? Admitiremos lo de la cámara, por supuesto, pero nunca lo de lo inventarnos fantasmas. Faltaría más.

Álvaro la miraba horrorizado mientras hablaba. Paseó su mirada por los rostros de los demás. Estaban todos locos, desesperados por conseguir su venganza. Y él estaba a solas con ellos. Habían desconectado las cámaras. Un escalofrío recorrió entonces su cuerpo. Podían hacerle cualquier cosa y nadie lo sabría jamás.

—Lo que es realmente fascinante —comenzó de nuevo Natalia— es tu invención de Lovelace. Sin duda, una proyección de tu mente inconsciente para descargar tu culpa. Un caso digno de estudio. Pero, ¿por qué él? ¿Por qué de todas las infinitas posibilidades para conjurar a una personalidad concreta elegiste el recuerdo de Julius?

—¡Mi mente no inventó nada! —protestó Álvaro—. ¡Estuvo aquí! ¡Y claro que no es un recuerdo, yo al tipo ese no lo conozco de nada!

Mucho tiempo después, Álvaro Tristán recordaría aquel momento como el más escalofriante de su vida. Sí, justo aquel momento en el que Lord Blackwood, Natalia, Laura y la inspectora Mayoral se miraron entre ellos. Porque en aquellos ojos que se encontraban mutuamente, Álvaro no solo vio odio, rencor y deseos de venganza, sino también y, sobre todo, certeza. Una certeza absoluta y estremecedora de que él estaba loco.

Y nada, ni siquiera la muerte, podría ser jamás tan aterradora como el abismo de la propia locura.

—Julius era el mejor amigo de la infancia de Rebecca —reveló finalmente Lord Blackwood, como si aquello lo explicara todo.

Tristán respiró aliviado. Si ese era el motivo por el que pensaban que estaba loco, su cordura estaba a salvo.

—¿Y cómo iba yo a saber eso? Rebecca nunca me contó nada de cuando era niña.

—También era —continuó el anciano—, el autor de la novela “Nosotros en la lluvia”: Edward Julius Lovelace.

Capítulo 28

—Edward Julius Lovelace era el hijo del jardinero de la Casa Blackwood —comenzó Lord Blackwood, con la mirada perdida en sus propios recuerdos —. En realidad, todos lo llamábamos Edward. Solo Rebecca lo llamaba Julius y él la llamaba a ella Kah. Era un juego, una especie de broma entre ellos.

Su padre había trabajado para mi familia en Oxforshire y yo estuve más que encantado de ofrecerle trabajo en España cuando las cosas en Inglaterra le fueron mal. Su mujer acababa de morir y él quería empezar de nuevo, en otro lugar. Cuando llegó a la casa, Rebecca tenía siete años y Julius nueve.

Desde el principio fueron inseparables.

Desde pequeño, aquel crío quiso ser escritor. Cuando no andaba corriendo detrás de Rebecca en cualquier travesura ideada por ella, estaba escribiendo sus cuentos o con la nariz metida en algún libro. Mi biblioteca siempre estaba abierta para él. ¡Dios, cómo quise a aquel niño! Si hubiera sido de mi propia familia, no podríamos haber sentido más afecto por él.

En los veranos en Ibiza, componía pequeñas obras de teatro que luego interpretaban los dos después de la cena, mientras los adultos, Dolores, el padre de Edward y yo, aplaudíamos encantados. Otras veces me pedían que les contara mis historias de la guerra, o aprovechaba para enseñarles un poco de astronomía.

Así transcurrían las noches en aquella peculiar familia de cinco en que nos habíamos convertido.

Lo enseñé a navegar al mismo tiempo que a mi nieta. Era mucho más prudente y más observador que ella, y siempre fue con ella tan valiente y protector como yo mismo lo habría sido.

Era un chico tremendamente estudioso y trabajador, sacaba unas notas altísimas, siempre fue el primero de su clase. El orgullo de su padre, pero también el de Dolores y, a qué negarlo, el mío.

Igual que para Rebecca, también teníamos grandes planes para él: iría a una buena universidad, yo me encargaría de ello, podría estudiar lo que quisiera,

donde quisiera, jamás pondría ninguna objeción. Todos estábamos convencidos de que llegaría a ser el gran escritor con el que él soñaba en convertirse.

Los años pasaron demasiado rápido.

Edward estaba a punto de elegir universidad, cuando la noticia nos golpeó como un puño de hierro: leucemia. Y de un tipo desgarradoramente agresivo. Los médicos solo le daban unos meses de vida.

Edward aún no había cumplido diecinueve años. Era un muchacho inteligente, bueno y noble que jamás había hecho daño a nadie. ¡Por todos los santos, ni siquiera había comenzado a vivir! Todo aquello era tan injusto que pensábamos que no podríamos soportarlo.

Devastados como estábamos, su padre y yo decidimos no rendirnos. Pedimos una nueva opinión, y otra y otra. Consultamos a los mejores especialistas, acudimos a las mejores clínicas. Finalmente, nos dirigieron a un tratamiento experimental que se estaba desarrollando entonces en Houston. Costaba una pequeña fortuna, pero no me importó. Si hay algo que siempre he tenido claro es que el dinero está para gastarlo en las cosas importantes. Y nada hay más importante que la vida de una persona querida, es la única lección valiosa que la muerte nos enseña.

Así que allí fuimos, con todas nuestras esperanzas puestas en aquellos médicos de cuya existencia no sabíamos nada semanas antes y que ahora veíamos como seres casi de otro mundo, capaces de obrar milagros en la Tierra.

No obstante, desde el primer instante, fueron brutalmente honestos con nosotros. El tipo de leucemia de Julius no tenía cura posible. Ellos solo podían concedernos unos meses más, un año a lo sumo.

¡Unos meses! Desolados, decidimos aceptar. Cuando la batalla es contra la muerte, uno pelea con ella por cada semana, por cada día, por cada hora. Unos meses más con el chico tenían para nosotros un valor inmenso.

Fue entonces cuando Rebecca convenció a Edward para que escribiera su novela.

—Muchos viven ochenta años y cada día de su vida es igual que el anterior. Nunca hacen lo que querían, no ven cumplirse sus sueños. ¡Tú quieres ser un gran escritor y lo serás! ¡Escribe tu novela! ¡Haz que este año cuente, que estos meses cuenten! Cuando te vayas, tu novela estará aquí, con nosotros, y

será como tenerte a ti un poco.

Y así fue. Rebecca estaba entonces preparando sus pruebas para entrar en la Julliard School. Se levantaba a las cinco de la mañana y practicaba hasta las once. Luego se marchaba para acompañar a Julius a sus tratamientos y ayudarle a escribir su historia. Ni una sola vez la vi quejarse, ni lamentarse, ni siquiera llorar.

Cuando después de meses de trabajo leí la novela, supe al instante que era magnífica. También supe que era la historia de amor de Edward y Rebecca, la que habrían vivido si el destino no les hubiera golpeado con aquella fuerza descomunal, capaz de destruirlo todo, excepto el amor que solo se puede sentir a los dieciocho años.

Edward murió una mañana de domingo, mientras el sol entraba a raudales por la ventana de la habitación del hospital. Con Rebecca aferrada a su mano, mientras sus lágrimas rodaban libres por sus mejillas, en silencio.

Fue el último verano antes de que entrara en Julliard. Se marchó a Nueva York con el corazón destrozado, devastada.

Para paliar la pena y no pensar demasiado en la muerte del querido muchacho ni en la ausencia de mi nieta, me dediqué a conseguir que la novela se publicara. No me fue difícil. Tengo amigos importantes en el mundo editorial y cuando se la ofrecí a uno de ellos, tuve una respuesta en cuestión de horas.

Es cierto que ni mi nieta ni yo habíamos esperado el éxito que tuvo desde el principio, pero lo cierto es que tampoco nos sorprendió.

“Nosotros en la lluvia” fue la única historia que Edward J. Lovelace pudo narrar, pero era una verdaderamente hermosa. Y, como dijo Rebecca, es lo único que nos queda de él. Eso y el recuerdo del tiempo que pudimos pasar con aquel chico tímido, con una imaginación desbordante y eternamente enamorado de aquella niña solitaria y atrevida.

Y ahora, maldito mamarracho —continuó, dirigiéndose a Álvaro—, ¿pretendes convencernos de que no sabías quién era Julius Lovelace? ¿El autor de la novela de tu película? ¿Qué pretendes con ello?

Álvaro ni siquiera pudo oír la pregunta de Blackwood. Absorto en sus propios pensamientos, ahora lo comprendía todo. La respuesta a quién era Julius Lovelace había estado todo el tiempo delante de él. Ahora comprendía por qué en un primer momento le había resultado familiar.

Lo había visto decenas de veces, en las viejas fotos de la infancia de Rebecca. Era el niño rubio en segundo plano, el adolescente alto y desgarbado que sonreía a la cámara tímidamente, eclipsado por la mirada brillante, felina y rebosante de confianza de Rebecca.

Justo en la primera página de “Nosotros en la lluvia” se encontraba una misteriosa dedicatoria que él podía recitar de memoria: “Para Kah, por las noches de sal y estrellas asomándonos al vértigo del infinito.”

“Kah”, la última sílaba del nombre de Rebecca, el apelativo secreto con el que solo Julius se dirigía a ella. “Nosotros en la lluvia” había sido escrito por y para Rebecca, pero él jamás lo habría adivinado. Los críticos la habían alabado como una de las historias de amor más bellas jamás escritas, un canto a la vida y a la libertad, una obra maestra de la literatura. Ahora comprendía que, en realidad, se trataba de la historia de amor que Julius y Kah habrían vivido si la muerte no la hubiera interrumpido.

—Está claro lo que intenta —escuchó decir a Laura, fríamente—. Quiere hacerse pasar por loco para evitar la cárcel. ¡Por eso dice que ha visto a Edward!

—¡No, no es cierto! ¡Yo no pretendo nada! Debía ser alguien parecido pasándose por él. ¡Ha estado aquí, tienen que creerme...! ¡Ha estado aquí!

—¡Claro! ¡Eso es lo que quiere, ahora lo entiendo! —exclamó Lord Blackwood—. ¡Está preparando su defensa! Intenta hacernos creer que no está en sus cabales, que no tiene responsabilidad penal... ¡Pero no lo vas a conseguir! ¡Nadie se lo va a creer!

Ignorando los gritos del viejo Blackwood, Tristán se limitó a dejar caer la cabeza entre las piernas, sujetándose la cabeza con las manos. Le aterraba pasar el resto de su vida en la cárcel, pero más aún que su mente hubiera imaginado a Lovelace.

—Un juez se encargará de juzgar eso —sentenció Esperanza Mayoral, mirando su móvil—. Señor Tristán, mis compañeros están a punto de llegar. Espero que me acompañe a comisaría de buen grado, de lo contrario tendré que proceder a ponerle las esposas y no querrá ver esa foto mañana en los periódicos.

—¡No, espere! ¡Todo es verdad, todo lo que he dicho! ¡Tiene que creerme! ¡Ese hombre estuvo aquí...!

De alguna forma, necesitaba encontrar una explicación a lo que había

ocurrido. Su abogado venía en camino, aún podía ganar unos minutos, pero, sobre todo, necesitaba encontrar una respuesta antes de dejar de la casa porque, de alguna extraña manera, sabía que lo que buscaba, una razón para lo que había ocurrido, se encontraba allí. Frenéticamente, comenzó a recordar los acontecimientos de aquella tarde.

Primero, había llegado el experto de la casa de subastas, habían estado revisando juntos el chelo. Había estado hablando sobre él, sobre el instrumento tan extraordinario que era, sobre la anécdota de Napoleón y sobre aquella estúpida leyenda de los espíritus, sobre cómo el Bartok Azul podía traerlos de regreso desde su reino del más allá.

Los espíritus.

“En determinado momento del año, tocado de determinada manera, ante determinadas personas, la música del Stradivarius azul puede traer a los muertos al mundo de los vivos.”

Aquella noche, la Víspera de Todos los Santos. Tocado por alguien capaz de apreciar la rareza del instrumento y la belleza de su música. Ante él.

Recordó aquel momento, cuando el experto había comenzado a tocar, que le había parecido suspendido en el tiempo, con la luz incidiendo sobre el chelo arrancándole sus reflejos azules y el sonido de las notas de Bach alzándose imbatibles en la sala de música.

Solo unos minutos después, Julius Lovelace había llamado a su puerta. Sin cruzarse con Aguirre. Sin que el conserje lo anunciara. Sin desvelar nada sobre sí mismo, excepto su propio nombre.

Había sido el propio Álvaro quien había asumido que era el consultor de la casa de seguros, dándole así la cobertura perfecta para cumplir su propósito.

Ahora podía identificar aquella extraña sensación que lo había invadido porque no era nueva para él, la había percibido dos veces en su vida. La primera, poco después de que casi se ahogara en el mar.

Escasas horas tras la muerte de su abuelo, él vino a visitarle. La segunda, en un avión, a punto de cruzar el Atlántico. Una extraña pasajera, con una herida mortal en la cabeza le había suplicado su ayuda, durante horas. Solo que él sabía que no importaba lo que hiciera o dijera, jamás podría ayudarla porque llevaba años muerta.

El hombre que lo había visitado aquella tarde no era ningún impostor. Tampoco lo había inventado su mente. Julius Lovelace había muerto más de

diez años atrás, con solo diecinueve años.

Pero en la Noche de Halloween, con el Stradivarius obrando su magia, había regresado al mundo de los vivos, convertido en el hombre que no pudo llegar a ser, con un único propósito: vengar la muerte del amor de su vida; que no quedara impune el asesinato de Rebecca Blackwood.

—¡Era un espíritu! —murmuró para sí, finalmente. Vio a su abogado correr hacia él, no se había dado cuenta de que alguien le había abierto la puerta. Pero eso no importaba ya.

—Deja de fingir, Álvaro. ¡No te vas a librar de esta! ¡Eres un actor, todos sabrán que actúas! —masculló Lord Blackwood, mientras el timbre de la puerta sonaba de nuevo y alguien apresuraba a abrir.

—¡Álvaro, no digas nada más! —le gritó Carlos, que rápidamente se había dado cuenta de que algo muy grave estaba ocurriendo.

—Su cliente ha confesado haber asesinado a su esposa, abogado. Lo tenemos grabado, a ver cómo lo saca de esta —le informó la inspectora.

—¿Una grabación sin su consentimiento? ¡Ningún juez la aceptará!

—Oh, vamos, no me subestime. Espere a ver lo que tenemos y prepárese para lo peor —le replicó ella.

Ajeno a lo que ocurría ante él, ignorando las miradas triunfantes de Lord Blackwood, Natalia y Laura y sin atender a las súplicas de su abogado, Álvaro Tristán se limitó a susurrar de nuevo, como si su vida dependiera de ello:

—¡Era un espíritu! ¡Era un maldito espíritu!

Sintió la mirada confundida de Carlos sobre él. Seguramente él también pensaría que estaba actuando, preparando su defensa, pero en aquel momento, aquella era su última preocupación, concentrado como estaba en mantener la fe en su propia cordura.

Porque, en lo más profundo de su alma, Álvaro Tristán sabía perfectamente que todo iría bien, siempre y cuando no dejara de repetir aquellas palabras, una y otra vez, aunque tuviera que hacerlo durante el resto de su vida.

—¡Era un espíritu! ¿Es que no lo ven? ¡Era un espíritu! —continuó, dándose cuenta, con horror, de que los otros ya no le escuchaban.

—¡Era un espíritu! —les susurró a los policías que llegaron instantes después del abogado y que guardaron sus esposas ante el gesto de negación de

la inspectora—. ¡Era un espíritu! —continuó, mientras los hombres de uniforme procedían a escoltarlo, sin necesidad de fuerza, mientras se dirigían a la salida del ático.

Y aquellas palabras, temblorosas y desesperadas, continuaron resonando en la casa, mientras todos iban abandonándola y la puerta se cerraba tras ellos, como el sello de una tumba milenaria destinado a guardar a sus ocupantes durante toda la eternidad.

Nadie pudo verlo ya, pero los pequeños cristales de la araña temblaron tímidamente, chocando entre sí.

No, nadie pudo verlo, pero en algún lugar, al otro lado del espejo, las sombras que lo habitaban comenzaron a danzar entre ellas.

Tampoco nadie pudo escuchar ya los suaves susurros en el aire, ni los callados pasos que acariciaron la alfombra.

Ni percibir el cambio de expresión de la gárgola, cuya sonrisa ya no parecía burlona ni maligna, sino solo un poco más sabia.

Nadie pudo ya contemplar la belleza del extraño reflejo azul del violonchelo, despertando de su breve letargo, ni escuchar las notas de Bach que se alzaban fuertes, oscuras y profundas inundando todos los rincones de la casa.

Y solo Esperanza Mayoral, mientras caminaba ensimismada hacia el ascensor, se volvió extrañada.

Le había parecido escuchar algún acorde perdido del Stradivarius Azul.

Epílogo

Ibiza, verano de 1996

—¡Kah, espera! —le grita el niño, agarrándose con fuerza a las rocas de la colina. Pero ella sigue hacia delante, ya casi ha llegado a la cima.

Eso le da valor para tomar un último impulso y superar el trecho que los separa, intentado siempre no mirar abajo. Cuando por fin llega arriba, se toma unos segundos para recuperar el aliento, mientras la busca con la mirada.

Rebecca está sentada al borde del acantilado, contemplando el paisaje que se abre ante ella y el sol que ya ha comenzado a esconderse lejos, bajo el mar, en el horizonte.

—Tenemos que regresar. Dolores nos regañará si llegamos tarde a la cena —le dice él. Pero ella no le responde, tiene los ojos cerrados, y está concentrada en sentir la brisa marina acariciándole la piel y en escuchar el susurro de los árboles agitando sus ramas.

Se sienta junto a ella y él también ahora se admira de la belleza de la costa, de los miles de tonos escarlata en que el cielo parece haber estallado solo para ellos. Huele a bosque, a mar y a verano.

—Me gustaría ir en ese velero —dice Rebecca rompiendo el silencio y señalando a una majestuosa goleta que, desde la altura a la que ellos están, parece una miniatura, de esas que se guardan en una botella de cristal como si se hubieran reducido por arte de algún maléfico encantamiento.

—Algún día iremos —le dice el niño—. Cuando seamos mayores.

Y a pesar de que solo es un niño de diez años, hay algo en su voz, un tono de fe y confianza en el futuro, que reviste sus palabras de una autoridad indiscutible y que hace que ella se vuelva hacia él.

—Cuéntame otra vez todo lo que haremos cuando seamos mayores —le pide ella.

Julius cruza las piernas y comienza a garabatear algo en el suelo con un

trocito de rama.

En realidad, ya han tenido esa misma conversación cientos de veces aquel año, en Madrid, cada noche, cuando se quedan solos un rato a espaldas de los adultos. Por algún motivo, a Rebecca le encanta hablar de todo lo que harán cuando crezcan y a él le gusta todo lo que le gusta a ella. Así que comienza a hablar, se le dan bien las palabras, las historias y los idiomas.

—Cuando seamos mayores, nos compraremos un gran velero y nos iremos juntos a navegar por todo el mundo.

—Daremos la vuelta al mundo —puntualiza ella, dejando claro que ese matiz es muy importante.

—Sí —continúa él, sonriendo—. Primero pasaremos por todas las costas europeas y después iremos a la India. Después a China y sobre todo pararemos en Japón. —No hacía mucho, el niño había descubierto una serie de novelas sobre unos marineros holandeses en el siglo XVII que llegaban a Japón y estaba fascinado con el país del sol naciente.

—¡Le pediremos al abuelo que nos enseñe a comer con palillos y comeremos pescado crudo! —dice Rebecca, divertida, y él no puede evitar contagiarse de su buen humor, aunque no le convence demasiado eso de comer pescado sin cocinar.

—Y yo seré escritor, escribiré historias llenas de aventuras, de viajes, de lugares lejanos y de —se calla antes de pronunciar la palabra que tiene en mente, pero finalmente, la deja libre, aunque ruborizándose un poco — amor.

Mira a Rebecca de reojo, preocupado por que ella se haya dado cuenta de su azoramiento, pero la niña ha vuelto a mirar al horizonte y su pensamiento parece muy lejos de allí. Decide continuar, pero quiere recuperar su atención.

—Y tú serás una chelista famosa y tendrás millones de admiradores y tocarás en los mejores teatros del mundo. Tocarás en Londres, París, Nueva York, Tokio...

—¡Y en Venecia! —le interrumpe ella. Ese mismo año, durante las vacaciones de Semana Santa, el abuelo los había llevado a Venecia y, Rebecca se había dejado entusiasmar por la belleza de la ciudad y su aura de misterio. Incluso allí, en Ibiza, jugaban a que estaban en “La Serenísima”, imaginando que corrían por canales, puentes y palacios imposibles.

—Sí —le responde él, recordando también las azules aguas del Adriático en la bruma—. Tocarás en La Fenice, el teatro más bonito del mundo en la

ciudad más bonita del mundo.

Rebecca se recuesta sobre la hierba, observando el cielo. El sol casi se ha puesto por completo y las primeras estrellas ya brillan sobre ellos. El niño se tumba a su lado.

—Lo de ser chelista está bien —acaba diciendo ella—. Pero solo durante un tiempo, para contentar al abuelo y a Dolores.

—¡Y a Madame Joly!

—Y a Madame Joly —concede la niña, al tiempo que los dos estallan en una risa inocente, recordando a la estricta profesora francesa que no les deja pasar ninguna travesura—. Pero no quiero estar toda la vida dando conciertos. O no podremos viajar por todo el mundo. —Y se vuelve hacia él, buscando sus limpios ojos azules.

—Entonces —le responde él, rectificando su relato—, tocarás un tiempo, en los mejores teatros del mundo, y luego nos iremos juntos en nuestro velero para visitar todos los reinos del planeta.

Guardan silencio unos segundos, imaginando aquella vida que les aguardaba a solo unos años, una promesa de fortaleza y libertad.

—Pero, ¿es todo verdad, no es cierto? —susurra la niña, muy seria—. No me estás engañando. Nos iremos juntos, muy lejos de aquí, ¿verdad?

Julius contempla aquellos ojos grises, tan infinitos como el propio mar. Los dos saben que los mayores mienten a menudo. Dicen cosas que no piensan, hacen promesas que no cumplen.

Pero eso jamás les ocurrirá a ellos.

—Siempre estaremos juntos, Kah —le responde él finalmente, sintiendo cómo sus mejillas se encienden al contestarle—. Pase lo que pase, yo siempre estaré contigo.

A pesar del calor de la sonrisa de la niña al oír su respuesta, Julius siente frío de repente. La oscuridad ya ha caído sobre ellos casi sin que se den cuenta y la temperatura ya ha comenzado a descender.

Poniéndose en pie, alarga su mano a Rebecca para comenzar el camino de regreso a casa. Y así, caminando juntos, sintiendo el cálido contacto de sus manos, los niños se adentran en la noche, dando la espalda al mar, bajo la inmensidad del firmamento cuajado de estrellas.

FIN

Nota de la autora

Custodiados en una vitrina que suele pasar desapercibida para la mayoría de los visitantes, se encuentran cuatro de los objetos más fascinantes que atesora el Palacio Real de Madrid. Se trata de los famosos Stradivarius Palatinos: dos violines, una viola y un chelo que el maestro italiano creó para el rey Felipe V.

La gente suele detenerse unos segundos ante ellos para luego continuar su visita, dejándose embaucar por el lujo de las alfombras, tapices y pinturas que decoran las demás salas. Los cuatro Stradivari, sin embargo, permanecen allí, impasibles, ajenos al paso del tiempo y a las miradas curiosas, como magníficos guardianes del secreto de su maestro.

Esta historia surgió un poco allí. Pero también en Italia, al descubrir a los grandes luthiers cremoneses del siglo XVIII y a sus grandes rivales de la época, los maestros venecianos.

Yo quería escribir una historia sobre estas soberbias obras de arte, pero una que hablara sobre su belleza, su perfección y su magia. Y sobre el poder que su música puede ejercer sobre el alma humana. Y así surgió el Bartok Azul.

El Stradivarius de Rebecca Blackwood se basa, no obstante, en dos instrumentos que ya existen: el chelo Duport y el violín Red Mendhelson.

Los violonchelos Stradivarius eran tan raros y valiosos ya en tiempos del maestro que, gracias a eso, tenemos la historia de la mayoría de ellos perfectamente documentada desde sus orígenes, con algunas pequeñas lagunas, fruto de períodos de guerras y crisis económicas.

Al igual que el Bartok Azul, el Duport fue encargado a Antoni Stradivari por un médico de gran prestigio, solo que no vienés, sino francés: el médico de cámara de Luis XIV, el Rey Sol. Y, como en la anécdota que tanto le gustaba a Rebecca, el Duport tiene unas muescas a ambos lados de su faja lateral, atribuidas a las poco delicadas espuelas del Pequeño Cabo.

El “Red Mendhelson” es otro instrumento fascinante. Actualmente lo posee

la virtuosa Elisabeth Pitcairn. Fue su abuelo quien se lo regaló al cumplir dieciséis años, adquiriéndolo en una subasta en Christie's. Su nombre se debe a que posee una rara y sutil pátina rojiza, cuya naturaleza, a día de hoy, nadie ha podido explicar.

En la actualidad, se conservan sesenta y tres chelos de Stradivarius catalogados como tal. El Bartok Azul sería el número sesenta y cuatro.

El secreto de la fórmula que usó Stradivari para alcanzar la perfección en sus instrumentos sigue siendo, a día de hoy, un gran misterio. Pero la fuerza de su música, llegando a nosotros a través de cientos de años de distancia es, sin duda alguna, una forma de magia. Una magia antigua, arrebatadora y poderosa.

Muchas gracias por haberme acompañado a lo largo de estas páginas.

Ojalá nos volvamos a encontrar muy pronto en otra aventura.

Agradecimientos

En primer lugar, quiero darle las gracias a mi amigo y antiguo compañero de estudios Jorge Carlos Alonso, por toda su ayuda en temas de navegación, vocabulario náutico, meteorología y todo lo relacionado con el mundo del mar y los navegantes. Cada vez que acudía a él, Jorge no dejaba de sorprenderme, no solo por todo lo que sabía sobre cualquier tema del que le preguntara, por difícil o pintoresco que fuera, sino por su increíble amabilidad, paciencia y buen humor. Sin Jorge toda esta parte tan importante en la historia no habría podido tener lugar, así que, si esta novela ha llegado a buen puerto es, en gran medida, gracia a él.

A mi querida Chus Cano, por ser la primera en darme una opinión tan positiva y alentadora sobre la historia de Rebecca y por animarme siempre con todos los proyectos que he compartido con ella. Chus, siempre tan fuerte, trabajadora y emprendedora es todo un referente para mí, así que su apoyo con esta novela y el cariño con que la ha recibido ha significado mucho para mí.

A Lara Alonso, autora del fantástico blog literario “Cazadora de historias”. Los autores tenemos una suerte inmensa al poder contar con una profesional como Lara, que además de saber mucho de literatura, tendencias y mercado, siempre tiene una palabra de aliento y una sonrisa para todos nosotros. Su opinión siempre generosa y su entusiasmo con mis historias son uno de los motivos que me han animado escribir esta novela.

A todos los amigos del Círculo Holmes, por su generosidad con mi primera novela, “El secreto de la caja de sándalo” y por el enorme cariño y la amabilidad con que siempre nos tratan a Antonio y a mí. Por animarme a escribir una nueva historia, por compartir conmigo la locura por el genio del 221B de Baker Street y porque para nosotros siempre es Londres en 1895.

A mi marido, Antonio. Sin él, ni este libro ni ningún otro de los que he escrito habrían visto la luz. Pero es que, en este caso, además, me ha ayudado solventando todas mis dudas sobre informática, los hackers y métodos de acceso a contraseñas prohibidas. Por ser el primero en escuchar mis historias cuando aún no son solo más que un conjunto de vagas ideas y, aún así,

entusiasmarse con ellas y defenderlas ante mis envites de desánimo.

Y, sobre todo, quiero daros las gracias a vosotros, los lectores, porque sin vosotros todo esto no tendría ningún sentido. Cuando las palabras están aún en la mente del escritor, la historia es solo suya, cuando pasan a papel es ya vuestra, para siempre.

Sobre la autora

Ana Trigo es escritora y tasadora de arte y antigüedades. Es licenciada en Historia del Arte y Humanidades y Graduada en Derecho. Le apasionan el estudio de la Egiptología, las historias de Sherlock Holmes (es una orgullosa miembro del Círculo Holmes España), las viejas películas en blanco y negro y los libros antiguos.

Su primera novela, “[El secreto de la caja de sándalo](#)” ha sido publicada por MX Publishing, la editorial más prestigiosa especializada en libros de Sherlock Holmes, siendo la primera autora española que consigue publicar con este sello.

CONTACTO

Facebook: [Ana Trigo](#)

Twitter: [@Amtrigo](#)

Instagram: [amtrigo](#)

Web: [www.anatrigo.es](#)